

INSTITUTO DE EDUCACIÓN SUPERIOR PEDAGÓGICO PRIVADO “SAN JOSÉ”

Creado por D.S. N° 08-84-ED



TESIS

**“ANÁLISIS DE LA FE EN LOS ESCRITOS DE SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA Y SU
INFLUENCIA EN LA VIDA DE LOS FIELES CATÓLICOS DE HOY”**

PRESENTADO POR EL GRADUANDO

JESÚS EMMANUEL COLQUEPISCO CHUMPITAZ

PARA OPTAR EL TÍTULO DE PROFESOR DE EDUCACIÓN RELIGIOSA

CAÑETE – PERÚ

2016

APROBACIÓN

La tesis titulada “**ANÁLISIS DE LA FE EN LOS ESCRITOS DE SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA Y SU INFLUENCIA EN LA VIDA DE LOS FIELES CATÓLICOS DE HOY**”, presentada por **JESÚS EMMANUEL COLQUEPISCO CHUMPITAZ** en cumplimiento con los requisitos para optar el título en Educación Religiosa, fue aprobada por el asesor y defendida el de de 2016 ante el Tribunal integrado por:

Secretario

Informante

Presidente

AGRADECIMIENTO

A Dios, que me dio este precioso don de la vida,

Mis padres, que siempre me han apoyado en este camino al que el Señor me ha llamado,

Mis formadores del Seminario, en especial al Pbro. Arnaldo Alvarado, quien me ha asesorado en la elaboración de esta tesis,

Mi profesor de Patrología, Pbro. Juan Antonio Gil Tamayo, que despertó en mí el interés de profundizar en San Ignacio de Antioquía,

Y al Santo de quien hablan estas páginas, por su legado doctrinal y ejemplo que dejó a la Iglesia universal.

Contenido

INTRODUCCIÓN	9
INDICE DE ABREVIATURAS	11
CAPÍTULO I: PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	13
1.1 Formulación del Problema	14
1.1.1 Problema General.....	14
1.1.2 Problemas específicos	14
1.2 Objetivos	14
1.2.1 Objetivo General	14
1.2.2 Objetivos específicos.....	15
1.3 Justificación e importancia del Estudio.....	15
CAPÍTULO II: MARCO TEÓRICO CONCEPTUAL	17
2.1 Antecedentes del Problema	17
2.1.1 Trabajos de investigación.....	17
2.1.2 Bibliográficos	21
2.2 Base Teórica Científica	24
2.2.1. “Situación Del Cristianismo A Finales Del S.I Y Comienzos Del S.II”	24
2.2.2. “Vida De San Ignacio De Antioquía”	36
2.2.3. “Las Cartas De San Ignacio De Antioquía”	42
2.2.4. “La Fe En Los Escritos Y Vida De San Ignacio De Antioquía”	52
2.2.5. “El Testimonio De San Ignacio De Antioquía Hoy”	60
2.3 Definición de Términos Básicos	64
CAPÍTULO III: METODOLOGÍA	69
3.1 Tipo de Investigación	69
3.2 Método	69
3.3 Diseño	69
3.4 Población.....	70
3.5 Definición de las variables	70
3.5.1. Variable independiente.....	70
3.5.2. Variable dependiente.....	71

3.6	Técnicas de Recolección de Datos	71
3.7	Instrumento de Recopilación de Datos.....	71
CAPÍTULO IV: RESULTADOS DE LA INVESTIGACIÓN		73
4.1	Resultados de la Investigación	73
CONCLUSIONES		75
SUGERENCIAS PASTORALES		77
BIBLIOGRAFÍA.....		79
ANEXOS.....		83
	Encuesta realizada a los fieles	85
	Mapas de Referencia	87
	Cartas de San Ignacio de Antioquía	89

INTRODUCCIÓN

Eusebio de Cesarea, el reconocido historiador judío de la antigüedad judeo - cristiana, hacia el siglo IV hablando de la naciente comunidad cristiana menciona a un tal Ignacio de Antioquía y lo califica como *“el hombre más célebre para muchos todavía hasta hoy, segundo en obtener la sucesión de Pedro en el episcopado de Antioquía y que la Tradición refiere que éste fue trasladado de Siria a la ciudad de Roma para ser pasto de las fieras, en testimonio de Cristo”*. (Historia Eclesiástica III, 36).

Ignacio (S. I - II), obispo de Antioquía, mártir, testigo y amigo ardiente de Jesús, condenado a ser devorado por las fieras en Roma, fue un varón apostólico y escritor sin igual. Con un matiz tan personal, Ignacio tuvo la feliz idea de escribir cartas a las iglesias cercanas y sus pastores; su voz no ha dejado de resonar a lo largo de los siglos. A la Iglesia universal nos ha dejado un ilustre testimonio de fe sellado con su sangre y su palabra. Sus cartas son de una importancia excepcional; vivas y elocuentes palabras de un varón lleno de fe y de amor a Cristo y a la Iglesia.

El presente trabajo nació de un personal interés en la Vida y Cartas de San Ignacio, en el Curso - Seminario de Interpretación de Textos Patrísticos, durante los años del Bachillerato en Teología. Pretendo presentar a este hombre santo que, viviendo su fe cabalmente, no temió dar su vida en nombre de Cristo. A todos nos ha dejado una gran enseñanza: el significado y valor de la fe cristiana es de tal importancia que trasciende las coordenadas histórico – temporales hasta dar

la vida por ella. La fe de Ignacio en Aquel que le dio la vida, colma toda su ser y hace que también él entregue su vida por Cristo.

El martirio es una prueba de fe. Sin embargo, es una prueba cuya respuesta se forja a lo largo de los años y depende de la profundidad en que haya arraigado la fe en la propia vida, no es una simple decisión de momento. Hoy, muchos cristianos viven una fe a su manera, otros la practican de vez en cuando, ¿cómo responderían estas personas cuando les llegue el momento crucial del martirio?

Solo una persona con un amplio conocimiento y sólida experiencia de su fe puede salir victorioso en este momento. Esto se deja traslucir en los escritos y vida de San Ignacio de Antioquía. Su fe en Cristo le dio sentido a su vida hasta llegar a entregarla.

Espero que con el presente trabajo, fundamentado en el testimonio de San Ignacio, valoremos más nuestra fe cristiana y nos mantengamos – como dice el Apóstol- “*firmes en la Fe*” (1 Cor 16:13).

En el Primer Capítulo se describe el planteamiento, descripción y formulación del problema, asimismo los objetivos tanto generales como específicos, justificación e importancia del estudio

En el Segundo Capítulo se define el marco teórico – conceptual, que comprende los antecedentes del problema, la extensa base teórica que es el corazón de la tesis y definiciones de términos básicos.

En el Tercer Capítulo se describe la metodología, que incluye el tipo de investigación y el método. Se incluye una encuesta breve que sirve de punto de partida y ayuda a enriquecer la investigación.

Finalmente en el último apartado, señalaré las conclusiones e ideas fundamentales que se pueden extraer de este estudio. Espero que esta investigación, responda de algún modo a aquella recomendación de Benedicto XVI en su homilía sobre los Padres de la Iglesia: “el «realismo» de Ignacio es una invitación para los fieles de ayer y de hoy, es una invitación para todos nosotros a lograr una síntesis progresiva entre «configuración con Cristo» (unión con Él, vida en Él) y «entrega a su Iglesia».

INDICE DE ABREVIATURAS

AdE	Carta de San Ignacio a los Efesios
AdM	Carta de San Ignacio a los Magnesios
AdT	Carta de San Ignacio a los Tralianos
AdR	Carta de San Ignacio a los Romanos
AdF	Carta de San Ignacio a los Filadelfios
AdS	Carta de San Ignacio a los Esmirniotas
AdP	Carta de San Ignacio a Policarpo
HE	Historia Eclesiástica, Eusebio de Cesarea
RCT	Revista Catalana de Teología
PAP	Padres Apostólicos, Juan José Ayán
PA I	Patrología I, Johannes Quasten
MAP	Manual de Patrología, Hubertus Drobner
Pat	Patrología, Domingo Ramos Lissón
CPI	Catequesis sobre los Padres de la Iglesia, Benedicto XVI
FeR	Fides et Ratio, Juan Pablo II
TF	Teología Fundamental, César Izquierdo
CCE	Catecismo de la Iglesia Católica

CAPÍTULO I: PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Descripción del Problema

En la actualidad, en este siglo XXI que vivimos, nuestra sociedad se encuentra en constante cambio. Valores fundamentales como la verdad, la vida, la fe, se encuentran constantemente atacados por ideologías o líneas de pensamiento que buscan quitarles importancia en la vida de la sociedad. El secularismo, el materialismo, el consumismo, el hedonismo, etc., dañan estos valores fundamentales del ser humano.

A la vez, la paz mundial sigue siendo una tarea pendiente, las guerras entre naciones, las luchas de grupos fanáticos-ideológicos, la persecución religiosa, hacen que nuestra civilización crezca entre evidentes muestras de odio y venganza a escalas masivas.

Esta situación afecta también a los fieles de la Iglesia Católica del S.XXI. La Fe católica se ve enfrentada por estas ideologías y persecuciones en ciertos países. Hay un ataque evidente al fiel cristiano y a su fe. Hoy se sigue dando la persecución religiosa y ante ello no falta

también el ejemplo de firmeza y vivo testimonio de fe que siguen mostrando –como san Ignacio de Antioquía- muchos cristianos contemporáneos nuestros.

Muchos viven una fe a su manera, otros la practican de vez en cuando. Nos encontramos con una gran mayoría de fieles que son cristianos solo de nombre, pues el obrar y pensar de acuerdo a su fe se ha debilitado en sus vidas. Cómo responderían estas personas cuando les llegue el momento crucial del martirio. Solo una persona con un firme y amplio conocimiento de su fe puede salir victoriosa en este momento.

Ante esta problemática se ha realizado este trabajo de investigación titulado “La fe en Cristo en los escritos y vida de san Ignacio de Antioquía y la influencia de su testimonio de fe para los fieles del S. XXI”, con el fin de que a partir de este ejemplo nuestros fieles contemporáneos conozcan y vivan mejor su fe.

1.1 Formulación del Problema

1.1.1 Problema General

¿De qué manera la fe presente en los escritos de san Ignacio de Antioquía influye en la vida de los fieles católicos de hoy?

1.1.2 Problemas específicos

¿Cómo influye la fe en el testimonio de vida de los fieles católicos de hoy?

¿Conocen los fieles los Escritos y Vida de San Ignacio de Antioquía?

¿Cómo puede ser ejemplo de fe San Ignacio para los fieles católicos de hoy?

1.2 Objetivos

1.2.1 Objetivo General

Determinar de qué manera la fe de San Ignacio influye en la vida de los fieles católicos de hoy.

1.2.2 Objetivos específicos

- Conocer el significado del valor de la fe y el testimonio de san Ignacio para los fieles católicos de hoy.
- Precisar los datos biográficos y saber qué dicen las cartas de San Ignacio de Antioquía acerca de su fe en Cristo.
- Valorar la importancia de la fe y vida de san Ignacio en la vida de los fieles católicos de hoy.

1.3 Justificación e importancia del Estudio

Ya que son muchos los que desconocen a San Ignacio este trabajo trata de presentar al santo como ejemplo de fiel creyente para nuestros tiempos.

Además, trata de responder a una cuestión muy importante como es la de mostrar el alcance de la fe en nuestra vida, esto a la luz de los escritos y vida de San Ignacio; y la respuesta de fe que uno puede dar a Dios.

Es importante porque nos ayudará a tomar conciencia de lo que significa ser cristiano y las consecuencias que trae consigo tan alta dignidad. Conllevará a valorar nuestra propia fe como pilar firme frente a las distintas ideologías que corrompen y destruyen a la sociedad y al hombre de hoy.

CAPÍTULO II: MARCO TEÓRICO CONCEPTUAL

2.1 Antecedentes del Problema

2.1.1 Trabajos de investigación

- El gran historiador de la Edad Antigua, Eusebio de Cesarea (S.IV - V), en su famosa obra *Historia Eclesiástica*¹ dedica un capítulo para hablar sobre este Padre y su ejemplo e influencia en la primitiva comunidad cristiana:

“... A la vez adquirirían notoriedad Papías, obispo también de la iglesia de Hierápolis, e Ignacio, el hombre más celebre para muchos todavía hasta hoy, segundo en obtener la sucesión de Pedro en el episcopado de Antioquía...

Al ser conducido a través de Asia, bajo la vigilancia cuidadosísima de los guardianes, iba dando ánimos con sus charlas y exhortaciones a las iglesias de cada ciudad donde hacían parada. En primer lugar los exhortaba a que sobre

¹ HE, Libro III 36 2. 4.

todo se guardasen de las herejías, que precisamente por entonces comenzaban a pulular, y los excitaba a aferrarse sólidamente a la tradición de los apóstoles, que, por estar ya él a punto de sufrir martirio, creía necesario poner por escrito en gracia a la seguridad”.

También el historiador recoge una exhortación que Policarpo a sus fieles acerca del ejemplo y las cartas de San Ignacio:

“Y Policarpo hace mención también de esto mismo en la carta que se dice de él, dirigida a los Filipenses, cuando dice textualmente: “Os exhorto, pues, a todos vosotros, a obedecer y a ejercitar toda paciencia, la que visteis con vuestros ojos no solamente en los bienaventurados Ignacio, Rufo y Zósimo, sino también en otros de los vuestros, y en el mismo Pablo y en los demás apóstoles, persuadidos de que todos éstos no corrieron en vano, sino en la fe y en la justicia, y de que están ya en el lugar que les es debido, junto al Señor, con el cual padecieron... Las cartas de Ignacio que él envió y todas las otras que teníamos con nosotros, os la enviamos, como nos lo habéis pedido; van adjuntas a la presente carta. De ellas podréis sacar gran provecho, ya que están llenas de fe, de paciencia y de toda edificación concerniente a nuestro Señor”²

- Josep Rius – Camps en un estudio sobre la recepción y autenticidad de las cartas de Ignacio publicado en la Revista Catalana de Teología³ (1997) propone una solución convincente a la cuestión de la autenticidad de las cartas de San Ignacio:

“El texto de Ignacio ha llegado hasta nosotros en tres recensiones muy dispares: larga, media y corta. La recensión larga comprende trece cartas, de las cuales siete se encuentran también en la recensión media, pero con un texto notablemente más conciso. La recensión media contiene solo siete cartas. Finalmente la recensión corta comprende únicamente tres, con un texto mucho más breve que el de la recensión media.

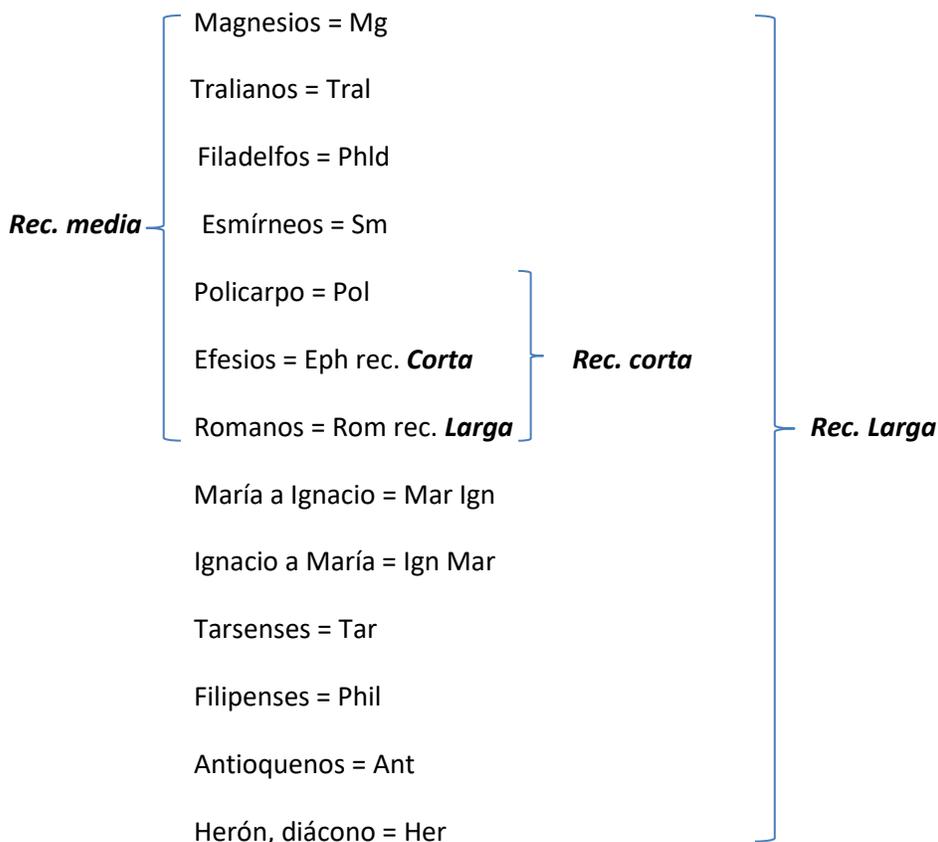
Por lo que hace a su transmisión, mientras que las recensiones larga y corta nos han sido transmitidas en compilaciones independientes, la recensión media solo nos ha sido conservada por una compilación mixta, formada a base de las siete

² HE, Libro III 36 3. 8.

³ RCT 1997

cartas de la recensión media y de las seis restantes de la recensión larga que no aparecen en la media”.

Por tanto, según las tres recensiones, conviene enumerar las diversas cartas con sus correspondientes siglas:



Cada sucesiva edición de las diversas recensiones y versiones de las Cartas de San Ignacio de Antioquía ha provocado un fin de reacciones favorables o contrarias a la autenticidad de las Cartas ignacianas.

*Como resultado de esa larguísima polémica a lo largo de más de cuatro siglos se ha llegado a la aceptación como *textus receptus* (texto recibido) de la llamada recensión*

*media o eusebiana, que consta de siete cartas redactadas en un texto intermedio entre el de la recensión larga (interpolado) y el de la corta (epitomado).*⁴

- Roberto Gonzales Raeta publica en Monte Grande (Argentina, 2008) en dos fascículos la monografía *Los Padres de la Iglesia: Ignacio de Antioquía* (Fascículo I y II) acerca de la vida y cartas de San Ignacio de Antioquía, en ella se ofrece un resumen de la vida y obra del Santo muy completo. Se encuentra también en edición digital⁵.
- Un estudioso de los Padres de la Iglesia, como es Daniel Ruíz Bueno, en su libro - manual *Los Padres de la Iglesia*, publicado en editorial Biblioteca de Autores Católicos (Madrid, 2002) habla acerca del insigne obispo antioqueno y el valor del legado importantísimo de sus cartas:

“Mas esta voz venerable que, con timbre tan personal íntimo e inconfundible, no ha dejado de resonar a lo largo de los siglos, se hubiera perdido en el mero y general estruendo de la catarata de sangre de tantos millares de testigos de Jesús, si Ignacio de Antioquía no hubiera tenido, camino de su martirio, la ocasión, única y feliz, de escribir las siete maravillosas cartas, trasunto de su alma, “martirio” también ellas, testimonio vivo de tan arrebatado amor a Jesucristo, de religiosidad tan íntima y profunda, de densidad de pensamiento teológico tan lúcido en los albores mismos del cristianismo”

- El Papa Benedicto XVI, en su Catequesis sobre los Padres de la Iglesia del día miércoles 14 de marzo de 2007, destacaba la peculiaridad e intensidad de la fe cristológica del Padre Antioqueno con las siguientes palabras:

Ningún Padre de la Iglesia expresó con la intensidad de san Ignacio el deseo de unión con Cristo y de vida en él. (...) El realismo de san Ignacio invita a los fieles de ayer y de hoy, nos invita a todos a una síntesis progresiva entre configuración con Cristo (unión con él, vida en él) y entrega a su Iglesia.

⁴ En Internet: Rius – Camps, Joseph (1997), “Las Cartas Auténticas de Ignacio, el Obispo de Siria”. Revista Catalana de Teología 2: 31 – 149. Accesible en:

<http://www.raco.cat/index.php/RevistaTeologia/article/viewFile/65831/99503>

⁵ <http://www.autorescatolicos.org/misc13/robertoigonzalesraetaPI0009.pdf>

2.1.2 Bibliográficos

- En el libro de Grandmaison, *Jesucristo* (Barcelona, Editorial Litúrgica Española, 1932) el autor destaca la calidad teológica y testimonial de San Ignacio, incluyendo a nuestro personaje en el capítulo de “Testigos de Jesús en la historia” y describiéndole del siguiente modo: “(...) Lo que nos hace venerable esta voz no es sólo la antigüedad, sino el tono personal, transido, apasionado, que la distingue entre todas... Testigo irreprochable, este ardiente amigo de Cristo fue, al mismo tiempo, el más antiguo teólogo, después de Pablo y Juan, de la Iglesia Católica ...”
- San Juan Pablo II en su *Carta a los participantes en el Congreso internacional de Teología Fundamental a 125 años de la “Dei Filius”* expone sobre el tema de la fe en Dios en la Teología Fundamental: La Teología Fundamental como disciplina Teológica da luz sobre lo que es la revelación, la credibilidad y el acto de fe. El acto de fe halla en este saber teológico – científico una base racional. Así San Juan Pablo II lo recuerda:

“... La teología Fundamental debe mostrar la íntima compatibilidad entre la fe y su exigencia fundamental de ser explicitada mediante una razón capaz de dar su asentimiento en plena libertad. Así la fe sabrá mostrar “plenamente el camino a una razón que busca fundarse en la razón, ciertamente no puede prescindir de ella; al mismo tiempo, la razón necesita fortalecerse mediante la fe, para descubrir horizontes a los que no podría llegar por sí misma”.

- César Izquierdo, en su manual *Teología Fundamental*, (Pamplona 3era Ed. pp 278 – 279) explica el tema de la Fe en Dios, creer en Dios, absoluta e incondicionalmente: Buscar lo sobrenatural está inscrito en lo íntimo del corazón humano. El hombre busca lo infinito, lo perfecto y tras esa búsqueda (racional) encuentra a Dios. En Él halla la verdad y fundamento de su existencia.

“La fe en Dios es el elemento esencial de las religiones, las cuales dependen, de una u otra forma, de la creación, a partir de la cual se accede al conocimiento del Ser Supremo. Para que el hombre, que es religioso por naturaleza, llegue a tener una vida religiosa y auténtica fe en Dios necesita reafirmar con un segundo acto su dependencia de Dios (“re-ligare”). (...) Así la fe es una realidad humana que se halla presente en la vida de los hombres, y gracias a la cual los hombres pueden vivir humanamente. Creer, en general, es necesario para vivir.”

- Diversos documentos del Magisterio de la Iglesia hablan también de la fe en Cristo: Esa entrega de la existencia y aceptación racional del creyente no se entendería si no hubiera una verdad “fuerte” y lógica. Esta verdad está expresada en contenidos fundamentales como son los siguientes, expuestos por la Iglesia:

“Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza mediante la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas” (Dei Verbum, 6)

“Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. En Él lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta” (Dei Verbum, 2)

“En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en misterio del Verbo encarnado (...) manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación.” (Gaudium et Spes, 22)

En Cristo, Dios se da a conocer como Padre y Salvador. La revelación del amor de Dios en Cristo es ya salvadora, su verdad es verdad salvífica

- El Catecismo de la Iglesia Católica al hablar acerca de qué es la fe, cuál es su significado expone en los siguientes números, 150 y 151:

“La fe es ante todo una adhesión personal del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado. En cuanto adhesión personal a Dios y asentimiento a la verdad que él ha revelado, la fe cristiana difiere de la fe en una persona humana. Es justo y bueno confiarse totalmente a Dios y creer absolutamente lo que él dice. Sería vano y errado poner una fe semejante en una criatura” (CCE 150)

“Para el cristiano, creer en Dios es inseparablemente creer en aquel que él ha enviado, “su hijo amado”, en quien ha puesto toda su complacencia. Dios nos ha dicho que le escuchemos (Mc 9,7). El Señor mismo dice a sus discípulos “Creed en Dios, creed también en mí” (Jn 14,1). Podemos creer en Jesucristo porque es Dios, el Verbo hecho carne.” (CCE 151)

- Daniel Ruíz Bueno, en su libro - manual *Los Padres de la Iglesia*, publicado en editorial Biblioteca de Autores Católicos (Madrid, 2002) destaca el tema del eco vivo de los Padres de la Iglesia hoy (pp 12 - 13):

“Algo tienen, pues, que decir también al cristiano del siglo XX estos humildes escritos de finales del I y comienzos del II siglo de la Iglesia. Y tal vez lo más importante nos puedan decir es que la vida de la misma Iglesia –y, por ende, la de

cada cristiano, miembro vivo de la Iglesia- es una vida interior, aquella vida dentro de nosotros donde está el reino de Dios ...”.

“Sumergirse en estos viejos y venerables textos cristianos es casi, apropiándonos una fuerte metáfora del autor de la carta sobre los mártires de Lyon, volver al seno de nuestra Madre la Iglesia para renacer con nueva fuerza y nueva juventud del espíritu a vivir una fe, una doctrina, una moral siempre vieja y siempre joven, como el rostro mismo de la que los mismos mártires llaman tan bellamente la Virgen Madre.”

- Benedicto XVI, en su homilía en la Solemnidad de todos los Santos en el año 2006, toca el tema del luminoso ejemplo de los santos. El testimonio y ejemplo de San Ignacio de Antioquía no puede quedar en el pasado; al contrario goza de actualidad, su doctrina, su testimonio de vida son aliciente en nosotros para seguir a Cristo. Esto lo describe muy bien Benedicto XVI en una homilía suya en la Solemnidad de Todos los santos:

(...) Al contemplar el luminoso ejemplo de los santos, se suscita en nosotros el gran deseo de ser como ellos, felices por vivir cerca de Dios, en su luz, en la gran familia de los amigos de Dios. (...) Ser santo significa vivir cerca de Dios, vivir en su familia. Las biografías de los santos presentan hombres y mujeres que, dóciles a los designios divinos, han afrontado a veces pruebas y sufrimientos indescriptibles, persecuciones y martirio. Han perseverado en su entrega, han pasado por la gran tribulación —se lee en el Apocalipsis— y han lavado y blanqueado sus vestiduras con la sangre del Cordero (Ap 7, 14). Sus nombres están escritos en el libro de la vida (cf. Ap 20, 12); su morada eterna es el Paraíso. El ejemplo de los santos es para nosotros un estímulo a seguir el mismo camino, a experimentar la alegría de quien se fía de Dios, porque la única verdadera causa de tristeza e infelicidad para el hombre es vivir lejos de él.

- Documentos del Concilio Vaticano II, como la Constitución Pastoral Lumen Gentium y el decreto Ad Gentes, ayudan a comprender la radicalidad del ser testigo de Cristo como lo fue San Ignacio de Antioquía se entiende a partir de la concepción profética del bautizado: *Todo fiel cristiano, al estar bautizado se configura con Cristo profeta y ejerce esta función profética difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad y ofreciendo a Dios el sacrificio de alabanza, que es fruto de los labios que confiesan su nombre (LG 12).*

El cristiano, como seguidor de Cristo y fiel discípulo suyo, da testimonio de su Señor obedeciéndole según el mandato apostólico: “Seréis mis testigos” (Hch 1, 8). El

Catecismo lo explica detenidamente en el n° 2472: El deber de los cristianos de tomar parte en la vida de la Iglesia, los impulsa a actuar como testigos del Evangelio y de las obligaciones que de él se derivan. Este testimonio es transmisión de la fe en palabras y obras. El testimonio es un acto de justicia que establece o da a conocer la verdad (cf Mt 18, 16): *Todos [...] los fieles cristianos, dondequiera que vivan, están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de su palabra al hombre nuevo de que se revistieron por el bautismo y la fuerza del Espíritu Santo que les ha fortalecido con la confirmación* (AG 11).

- Josemaría Escrivá de Balaguer en su libro *Es Cristo que Pasa* destaca la importancia del valor que cada cristiano debe dar a su fe. San Ignacio, al ser cristiano era enemigo del Imperio. Padebió la hostilidad de los enemigos de la fe que el profesaba, sin embargo nunca desfalleció en vivir su fe y en animar a los demás a vivirla. Esta realidad, aunque no en el mismo escenario de la persecución (en algunos lugares sí), se vuelve a repetir en la actualidad. Hoy vemos que en muchos países y ámbitos de la vida social se quiere negar al Señor o relegar la fe a la esfera privada. Existe una campaña muy agresiva y bien organizada que pretende eliminar todo signo cristiano de la vida pública. Precisamente en estas circunstancias se hace más necesario el anuncio explícito del Evangelio. Ante esta situación hace falta fieles católicos que valoren y profundicen en su fe, y tengan la valentía de anunciarla sin miedos ni reparos, como lo exhorta San Josemaría:

“Hace falta cristianos verdaderos, hombres y mujeres íntegros capaces de afrontar con espíritu abierto las situaciones que la vida les depare, de servir a sus conciudadanos y de contribuir a la solución de los grandes problemas de la humanidad, de llevar el testimonio de Cristo donde se encuentren más tarde, en la sociedad”.

A nosotros, los cristianos, nos corresponde anunciar en estos días, a ese mundo del que somos y en el que vivimos, el mensaje antiguo y nuevo del Evangelio.

2.2 Base Teórica Científica

2.2.1. “SITUACIÓN DEL CRISTIANISMO A FINALES DEL S.I Y COMIENZOS DEL S.II”

1. Los inicios de la Iglesia en los primeros años después de la Ascensión

Los Hechos de los Apóstoles, obra de San Lucas, es la principal fuente para reconstruir la historia de la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén después de la muerte de Jesucristo. El autor nos relata sucesos importantes como son el acontecimiento de Pentecostés, la elección de Matías, la Predicación de Pedro, las conversiones en masa y la intensidad de vida apostólica de la primera comunidad cristiana⁶.

El jefe indiscutible que sobresale en todos los sucesos de esta primera comunidad es Pedro, líder y cabeza de la comunidad seguidora de Cristo después de su muerte. Él fue quien propuso la idea de sustituir, en lugar del traidor Judas, a uno de los discípulos más fieles de Jesús, como lo fue en efecto Matías⁷. En estas circunstancias, a los diez días después de la Ascensión de Jesús, bajó sobre los doce el Espíritu Santo (Pentecostés), según lo prometido, y les comunicó aquel cúmulo de gracias que los convirtió en los predicadores más tenaces del Evangelio.

El primer efecto del descenso del Espíritu Santo fue, que por la predicación de Pedro se convirtieron unas tres mil personas⁸ de las que se hallaban entonces en Jerusalén, procedentes de todos los confines de la tierra. A estas conversiones siguieron pronto otras, con lo cual aumentaba rápidamente el número de fieles.

La vida de la joven Iglesia era un ideal de perfección: «La multitud de los creyentes poseían un solo corazón y una sola alma»⁹. Los necesitados encontraban una ayuda tan eficaz, que pudo escribirse: «tenían todas las cosas en común»¹⁰.

La distribución de los donativos y toda la dirección de la comunidad estaba a cargo de los doce. Por esto, viendo ellos que tantas ocupaciones apartaban su atención de la predicación del Evangelio, procedieron a la elección de siete diáconos, que debían tomar la dirección de todos estos ejercicios de caridad y ser propiamente los colaboradores de los Apóstoles¹¹. Los Doce Apóstoles auxiliados por los diáconos gobernaron la comunidad de Jerusalén. En conjunto con los presbíteros, constituyeron la más antigua jerarquía eclesiástica.

⁶ Hch caps. 1 - 5

⁷ Hch 1, 15

⁸ Hch. 2, 41

⁹ Hch 4, 32

¹⁰ Hch 2, 44

¹¹ Hch 6, 1

Pronto aumentó la hostilidad y el descontento de los judíos. Poco a poco los seguidores de Cristo aumentaban y se unían al grupo de los apóstoles. La curación del cojo de nacimiento en la puerta especiosa del templo¹² obrada por Juan y Pedro, fue la chispa que desató el incendio. A la cabeza de los descontentos estaba el Sanedrín y en él los saduceos que lo manejaban.

Este hecho será el comienzo de una dura persecución y acoso de parte de los jefes del Sanedrín hacia los cristianos.

2. La tensión entre cristianos y judíos

A los ojos de las autoridades del Imperio los cristianos no eran un grupo diferente del judaísmo durante los primeros años de su expansión misionera, seguían observando la ley mosaica y asistían al templo; sin embargo, excitaron bien pronto los celos de los escribas y fariseos, como se ve en el milagro obrado por Pedro y Juan al cojo de nacimiento en la puerta especiosa del templo.

Sucedrán hechos que distinguirán netamente a los cristianos de los judíos, sucesos que vienen también relatados en el libro de los Hechos de los Apóstoles¹³: El encarcelamiento y prohibición de anunciar en nombre de Jesucristo a Pedro y Juan, conversiones que provocan el rompimiento con los judíos y sus reuniones en las sinagogas, el encarcelamiento de los Doce Apóstoles y el juicio y martirio del diácono Esteban.

Como ya se ha dicho el primer suceso e inicio de los recelos de los judíos con los cristianos fue el milagro hecho al cojo de nacimiento por el cual fueron apresados Pedro y Juan, quienes después de un particular proceso a cargo del Sanedrín, fueron dejarlos en libertad, encarecidos, sin embargo, que no continuaran predicando aquellas nuevas doctrinas. A tan injusta orden respondieron los Apóstoles con aquellas valientes palabras: *“No podemos callar lo que hemos visto y oído”*.¹⁴

No obstante la prohibición del Sanedrín, los Apóstoles continuaron con su predicación en nombre de Jesús, y con ello aumentan las conversiones y se repiten los milagros. Por tal motivo, el Sanedrín ordena la prisión de los Doce Apóstoles, que sin embargo son liberados por un Ángel. Apresados nuevamente, son reprendidos por su desacato. Pedro, en nombre de todos, responde: *“Es necesario obedecer a Dios antes que*

¹² Hch 3, 1s

¹³ Hch caps. 4 - 8

¹⁴ Hch 4, 20

a los hombres”¹⁵, les encara el crimen cometido contra Jesús y nuevamente proclama su resurrección y divinidad. A fin de intimidarlos, se ordena azotar a los Doce antes de ponerlos en libertad, reiterándoles la prohibición de predicar la doctrina de Jesús. Aquellos azotes fueron el mejor estímulo de su celo. “*Gozosos salieron de la presencia del Sanedrín... por haber sido juzgados dignos de padecer por el nombre de Jesús*”.¹⁶

Bien pronto se llegó a un conflicto más sangriento, que podemos considerar como la primera persecución de los cristianos por parte de los dirigentes judíos (36 dC). En efecto, uno de los siete diáconos, san Esteban, se destacó por su intensa predicación y, llevado por el celo de la gloria de Dios, predicaba un nuevo Evangelio; sostenía que Cristo era el Mesías, superior a Moisés, que el Templo era un elemento accidental del culto, y que la ley era algo transitorio que había sido reemplazado por la doctrina de Cristo. Esto desencadenó el furor de los judíos, y, efectivamente, no pudiendo contenerse, se lanzaron tumultuariamente sobre Esteban, lo arrebataron a las afueras de la población y lo apedrearon como blasfemo.¹⁷

La muerte de Esteban fue la señal de una persecución general, con que los fariseos y doctores judíos querían acabar con el Cristianismo naciente. Probablemente sucedió esto el año 36, aprovechando el relevo del gobernador Pilatos.

Sin embargo, la persecución judía fue providencial, pues por efecto de ella casi toda la comunidad cristiana de Jerusalén hubo de dispersarse y se dirigió a otras regiones de Judea y Samaria, donde llevó la buena nueva.

3. El cristianismo y los gentiles

A. El contexto cultural de los pueblos paganos

Gradualmente (a finales de la primera mitad del S.I dC) el cristianismo por su fuerza evangelizadora, y fruto de la persecución judía, fue expandiéndose también a los pueblos de la gentilidad. Geográficamente ante todo se propagó en Jerusalén y Palestina. Luego siguió por Siria (Antioquía), Chipre, toda el Asia Menor, Península Helénica, Macedonia, Iberia, Italia, Cartago y Numidia.

¹⁵ Hch 5,29

¹⁶ Hch 5, 41

¹⁷ Hch caps. 7 - 8

Pronto el cristianismo penetró en las diversas clases sociales: *Entre la gente sencilla*, que era indudablemente la que predominaba entre los primeros cristianos. *Entre los nobles y gente ilustrada*, de los cuales tenemos noticia de muchos cristianos pertenecientes a las clases elevadas. Los Apologetas pertenecían a los elementos ilustrados de su tiempo. Entrado ya el siglo II, aumentaron cada vez más las personas nobles e ilustradas entre los cristianos. *En la corte*. San Pablo, en la epístola a los filipenses escribe: «Os saludan... los de la casa del César» (4, 22), y en la dirigida a los romanos habla de los cristianos de la casa de Narciso y Aristóbulo, que son conocidos cortesanos del tiempo (16, 10). Los Acilios y los Flavios del tiempo de Domiciano eran varones consulares. Más tarde abundaron cada vez más. *En el ejército*. En un principio se abstuvieron los cristianos de participar en el ejército; pero desde fines del siglo II los soldados cristianos fueron muy numerosos. Así son frecuentes los martirios de soldados, como Nereo y Aquiles, Marcelo, Mauricio, etc.

En cuanto al ámbito de la Filosofía, surgieron escuelas y sistemas que suplantaron la vida religiosa por un pensar ético – filosófico. A las grandes especulaciones de los filósofos griegos, Pitágoras, Sócrates, Platón y Aristóteles, habían sucedido unos sistemas de carácter práctico:

- El *Epicureísmo*, fundado por Epicuro, según el cual el hombre sólo debe aspirar a buscar el placer y huir del dolor.
- El *Estoicismo*, fundado por Zenón, profesaba una especie de panteísmo y la mayor impasibilidad frente al dolor o al placer, que ha venido a ser proverbial. Por otra parte, atribuían la evolución del mundo al hado inexorable y negaban la inmortalidad del alma. Esta doctrina fue profesada por los romanos más eminentes, como Séneca, Epicteto, Marco Aurelio.

En el aspecto de la Religión, poco antes de la Era Cristiana se instauró el culto de Roma y del Emperador, que se convirtió en la forma oficial de la religión del Imperio. También, además de los dioses de Grecia asumidos todos por el imperio, fueron tomando incremento los *cultos y misterios orientales*. Así, aparecieron Isis, Osiris y Serapis, provenientes del Egipto; Cibeles, Mitra, dios de la luz, que llegó a alcanzar tal auge, que parecía iba a suplantarse a los demás. El resultado de todo esto fue el movimiento llamado sincretista, es decir, la tendencia a fusionar varios de dichos cultos, de la cual participó el culto oficial del Emperador y sobre todo los movimientos neopaganos representados por el neoplatonismo y neopitagorismo.

Por último, en el aspecto Moral, cabe decir que el estado moral de la sociedad romana era muy bajo. Tácito, Séneca y Juvenal nos describen con colores no menos negros que san Pablo la corrupción de la Sociedad de su tiempo.

- *Los esclavos;* y la manera cómo éstos eran tratados, constituye una de las lacras del mundo romano. El esclavo era considerado como una cosa, de la que el dueño podía disponer a su antojo.

- *El lujo* que, principalmente en la clase alta, se manifestaba en la molición de los baños, las termas y otros establecimientos públicos que para un cristiano podía convertirse en ocasión de pecado.

- *Los banquetes,* en los que se comía hasta hartarse y luego volver a comer.

- *Las diversiones;* la magnificencia de sus estadios y anfiteatros nos dan una idea de los juegos que constituían el gran vicio de los romanos libres, que fomentaban los emperadores con sus formidables recursos en juegos y que duraban muchos días e incluso meses. El espectáculo de la lucha sangrienta entre hombres era lo que más divertía al pueblo. Con bárbara fruición se asistía a la lucha de un pelotón de hombres, los cuales muchas veces eran cristianos inocentes, contra un número considerable de leones, tigres y otras fieras salvajes.

B. La evangelización de los pueblos gentiles

Después de la persecución judía del año 36, la comunidad cristiana de Jerusalén se dispersó por otras regiones donde fue llevando el Evangelio de Cristo. Sólo los Apóstoles se mantuvieron en Jerusalén o Palestina.

Uno de los fugitivos fue el diácono Felipe, quien se dirigió primero a Samaría y comenzó a predicar allí el Evangelio. El fruto fue notable. Hasta un tal Simón, que había ejercido allí sus artes mágicas, se hizo bautizar¹⁸. Entonces, pues, teniendo noticia del fruto que se hacía, se trasladaron allá los Apóstoles Pedro y Juan; impusieron las manos a los nuevos cristianos e hicieron bajar sobre ellos el Espíritu Santo, hasta el punto que el mago Simón se admiró y quiso comprar con dinero esta facultad¹⁹. Sin embargo, la respuesta de Pedro no se hizo esperar.

El mismo diácono Felipe dio bien pronto un segundo paso en la evangelización de los pueblos no judíos. Iniciada la comunidad de Samaria, mientras se trasladaba a Gaza, se encontró en el camino con el eunuco de la reina de Candace de Etiopía, probablemente prosélito del judaísmo. El resultado fue que creyó en Jesús y fue al punto

¹⁸ Hch 8, 13

¹⁹ Hch 8, 18

bautizado²⁰. Después de esta conversión, siguió Felipe evangelizando las cristiandades del norte de Gaza hasta Cesarea de Palestina.

Por entonces surgirá, para bien de la Iglesia naciente y de la evangelización de los pueblos gentiles, el gran apóstol de los viajes misioneros, San Pablo. De él ya se tenía noticia hacia el año 33 ó 34, cuando Esteban combate el formalismo farisaico, Saulo es uno de los defensores de la Ley. Participa en los hechos que culminan con la muerte de Esteban.²¹

Su fanatismo lo lleva a promover la persecución en Jerusalén y a pedir autorización al príncipe de los sacerdotes para trasladarse él mismo a Damasco, donde había un importante núcleo de cristianos, para apresarlos y traerlos a Jerusalén.²² Sin embargo, Cuando se acercaba a Damasco, una luz deslumbrante lo sobrecoge y lo ceca. Desorientado y confuso, oye una voz que le dice *“Saulo, Saulo, ¿Por qué me persigues? Preguntando a la voz quien era, le responde Yo soy Jesús, a quien tú persigues”*²³: sucede la conversión del perseguidor de los cristianos (36 – 37 dC).

Después de años de preparación y misiones en Antioquía y Chipre, Pablo junto a Bernabé y otros colaboradores suyos, realizará tres viajes misioneros en los que evangelizará diversos pueblos de ambiente netamente gentil. Así en su Primer Viaje apostólico (45 – 49) recorre las Chipre y las comunidades de Asia Menor: Antioquía de Pisidia, Listra, Iconio, Derbe y Perge. En su segundo Viaje (50 - 53) volverá a visitar las comunidades de Tarso, Derbe, Listra, Iconocio, incursionará en Troas, Filipos, Macedonia, Atenas, Corinto y Éfeso para llegar a Jerusalén. Finalmente en su Tercer Viaje apostólico, Pablo vuelve a visitar las comunidades ya consolidadas de las regiones del Asia Menor, Grecia y Macedonia. Finalmente regresa a Jerusalén para luego sufrir la prisión y el cautiverio hacia Roma y ser ajusticiado probablemente en el año 67.

De San Pedro, sabemos que luego de afianzar la iglesia de Antioquía se dirigió a Roma, donde evangelizó también las comunidades cristianas cercanas a la capital imperial hasta ser ajusticiado hacia el año 67 en el circo de Nerón, en el monte Vaticano.

Sobre San Juan se sabe que, después de su primera actividad, en que nos lo presentan los Hechos al lado de Pedro, según una antigua tradición, perseveró en Jerusalén velando por la Santísima Virgen hasta la muerte de ésta. Sobre la fecha en que

²⁰ Hch 8,27

²¹ Hch 7, 59

²² Hch 9, 2

²³ Hch 9, 4-5

esto ocurrió, no sabemos nada. Otra tradición, transmitida por san Ireneo²⁴ y otros, atestiguan que san Juan pasó la última parte de su vida en Éfeso y allí ejerció su apostolado y organizó iglesias, como único superviviente del Colegio apostólico. Sabemos que finalmente fue desterrado a la Isla de Patmos hacia el último decenio del S.I, donde escribe el Apocalipsis, y finalmente fallece cerca del 100.

Respecto a Santiago el Menor, obispo de Jerusalén, Flavio Josefo²⁵ atestigua que el año 62, por envidia del príncipe de los sacerdotes Anás II, fue arrojado del pináculo del templo y apedreado.

De los demás Apóstoles fuera de lo poco que nos refieren los Hechos, apenas tenemos noticia alguna que ofrezca garantía de seguridad. **Eusebio refiere** que san Andrés predicó el Evangelio en el Asia Menor y luego en Escitia hoy Rusia san Bartolomé en Arabia; san Felipe, en Frigia; san Matías en Etiopía; san Judas Tadeo en Siria, Arabia y Mesopotamia²⁶. Además, conforme a la misma tradición san Mateo predicó primero a los judíos y hacia el año 50 escribió el Evangelio en arameo más tarde evangelizó a otros pueblos, y para ello compuso el mismo Evangelio en griego. San Bernabé, después de su actividad en Antioquía y en otras regiones al lado de Pablo, trabajó en Chipre e incluso parece que recorrió Italia hasta Milán. De Sto. Tomás es conocida la tradición que supone que predicó el Evangelio en la India. Efectivamente, en el libro apócrifo «Hechos de Santo Tomás» (del siglo III) se afirma que predicó el Evangelio en el norte de la India.

4. Fundación de la Iglesia de Antioquía

Cristianos que huían de la persecución desatada tras la muerte de Esteban, atravesaron Judea y Samaria y llegaron a la costa de Fenicia. Desde allí, a través de la costa, se dirigieron a Chipre y, más hacia el norte, hasta Antioquía de Siria, predicando la Buena Nueva entre los numerosos judíos que formaban diversas colonias. Destacada fue la actividad que desarrollaron en Antioquía.²⁷

Existe una tradición sólidamente fundada, que supone que san Pedro fue obispo de Antioquía. San Pablo²⁸, Eusebio²⁹ y otros la atestiguan. En cuanto a la fecha, es

²⁴ San Ireneo, *Adversus Haereses*. 3, 3 – 4: “Pero también la Iglesia de Éfeso, por haberla fundado Pablo y porque en ella vivió Juan hasta los tiempos de Trajano, es un testigo veraz de la tradición de los apóstoles”

²⁵ Antiquitates 20, 9, 1

²⁶ HE III, 1

²⁷ Hch 11, 19

²⁸ Gal 2, 11

completamente imposible determinarla. Tal vez, estuvo en Antioquía hacia el año 36 ó 37, cuando salió de Jerusalén y visitó diversas ciudades (Hch 9, 32). En esta suposición, la Iglesia de Antioquía habría sido fundada por los cristianos fugitivos de Jerusalén, pero confirmada y sólidamente establecida hacia el año 36-37 por san Pedro. Poco después trabajaron en la misma san Bernabé y san Pablo, ampliando las conversiones.

Esta situación se consolidó con la llegada de Bernabé, enviado a Antioquía por parte de los Apóstoles y cristianos de Jerusalén, cuando tomaron conocimiento del desarrollo de la comunidad cristiana mixta en Antioquía. Se quería afianzar la obra allí realizada, por ello Bernabé se dirigió entonces a Tarso, donde se encontraba Saulo, quien sería conocido como Pablo, el Apóstol de los gentiles. Juntos trabajaron algún tiempo en la ciudad antioquena, convirtiéndose ésta en la cuna de la cristiandad proveniente del paganismo y donde se cuenta que por primera vez a los seguidores de Jesucristo se les llamó *cristianos*³⁰.

Ignacio debió de nacer poco antes de mediado el siglo I; a juzgar por el tono de su carta a Policarpo (como ya veremos en el Capítulo III), era mayor que éste. Siendo el segundo en la sede antioquena, su episcopado no pudo comenzar más tarde del año 100, como lo confirma Eusebio de Cesarea³¹.

5. Los Padres Apostólicos

A finales del S. I y comienzos del S. II surgieron escritores cristianos, que hoy conocemos como Padres Apostólicos, cuyas enseñanzas pueden considerarse como bastante directo de la predicación de los Apóstoles, a los cuales conocieron personalmente o a través de las instrucciones de sus discípulos.

En la Iglesia primitiva se desconocía enteramente la expresión "Padres Apostólicos." Fue introducida por los eruditos del siglo XVII. J. B. Cotelier agrupa bajo este nombre³² a cinco escritores eclesiásticos: Bernabé, Clemente de Roma, Ignacio de Antioquía, Policarpo de Esmirna y Hermas. Posteriormente se amplió este número hasta siete, al incluir a Papías de Hierápolis y al desconocido autor de la Carta a Diogneto. En

²⁹ HE III 36, 1-3: "Ignacio, el hombre más célebre para muchos todavía hasta hoy, segundo en obtener la sucesión de Pedro en el episcopado de Antioquía".

³⁰ Hch 11, 26

³¹ HE III 22

³² Patres aevi apostolici 2 vols., 1672

tiempos más recientes se añadió la Didaché. Es obvio que esta clasificación no indica un grupo de escritos homogéneos.

Los escritos de los Padres Apostólicos son de carácter pastoral. Por su contenido y estilo están estrechamente relacionados con los escritos del Nuevo Testamento, en particular con las Epístolas. Se les puede considerar, por consiguiente, como eslabones entre la época de la revelación y la de la tradición y como testigos de gran importancia para la fe cristiana. Los Padres Apostólicos pertenecen a regiones muy distintas del Imperio romano: Asia Menor, Siria, Roma. Escriben obedeciendo a circunstancias particulares. Presentan, sin embargo, un conjunto uniforme de ideas, que nos proporciona una imagen clara de la doctrina cristiana a finales del siglo I.

Nota típica de todos estos escritos es su carácter escatológico. La segunda venida de Cristo es considerada como inminente. Por otra parte, el recuerdo de la persona de Cristo sigue siendo cosa viva, debido a las relaciones directas de estos autores con los Apóstoles. De aquí que los escritos de los Padres Apostólicos acusen una profunda nostalgia de Cristo, el Salvador que ya se fue y que es ansiosamente esperado. A menudo este deseo de Cristo reviste una forma mística, como en San Ignacio de Antioquía.

6. La Iglesia y el Imperio Romano

A los ojos de las autoridades del Imperio los cristianos no eran un grupo diferente del judaísmo durante los primeros años de expansión misionera. Vivían al amparo de los privilegios que gozaban los judíos como miembros de un *religio licita*. Tan solo a raíz de la persecución de Nerón en el año 64 las autoridades imperiales empiezan a considerar a los cristianos como miembros de un grupo destabilizador, diferenciado de alguna manera de los judíos.³³

Los sucesos que se vivieron en Palestina en la segunda mitad del siglo I tuvieron consecuencias decisivas para judíos y cristianos. Después de la muerte del Rey Herodes Agripa I en el año 44, Palestina pasó de nuevo a ser provincia romana. Las revueltas se sucedieron constantemente y en el 66 desembocaron en una guerra abierta. Nerón envió a Vespasiano y sus legiones. Durante el avance, en el año 68, murió Nerón y tras él, los emperadores Galba, Otón y Vitelio. Finalmente Vespasiano accedió al trono y encargó a su hijo Tito que continuara la campaña judía. En el año 70, después de varios meses de asedio, Jerusalén fue conquistada y el templo destruido³⁴. Hacia finales del siglo I, la

³³ Chapa, Juan (2001): *Introducción a los escritos de San Juan*, Pamplona, España: EUNSA, Cap I p 27 – 28.

³⁴ Chapa, Juan (2001): *Introducción a los escritos de San Juan*, Pamplona, España: EUNSA, Cap I p 29.

posición de los cristianos como un grupo diferenciado también a los ojos es ya una realidad.

Los cristianos se separan definitivamente del judaísmo en la rebelión judaica (años 66-70) que termina con la destrucción del Templo. No participan, mostrando una postura pacífica, de acuerdo a la esperanza de una inminente parusía y la doctrina de cumplir los deberes frente a la autoridad política de acuerdo a una estricta obligación de conciencia³⁵

Como se ha dicho, a partir del año 64 los cristianos entrarán en conflicto con el imperio, sufriendo lo que en la Historia de la Iglesia conocemos como las persecuciones.

La primera de ellas es la de Nerón (64 - 68): El incendio del 64 destruye 7 de los 14 distritos de Roma. Nerón es su autor intelectual. El rumor de que él es el autor lo lleva a buscar en la nueva secta de los cristianos los culpables de tal tragedia. Probablemente algunos judíos cercanos al emperador lo incitan a ello. Esta persecución queda circunscrita a Roma; las penas son atroces (crucifixión, fieras, antorchas vivientes, etc.). Mártires de esta persecución fueron los apóstoles Pedro y Pablo. Como grave consecuencia se tuvo la negativa imagen pública de los cristianos. El historiador romano Tácito nos da detalles sobre esta persecución de Nerón en su obra de los Anales (Annalium ab excessu divi Augusti libri, «Libros de anales desde la muerte del divino Augusto»):

(2) Mas ni con los remedios humanos ni con las larguezas del príncipe o con los cultos expiatorios perdía fuerza la creencia infamante de que el incendio había sido ordenado (quin iussum incendium crederetur). En consecuencia, para acabar con los rumores, Nerón presentó como culpables y sometió a los más rebuscados tormentos a los que el vulgo llamaba cristianos, aborrecidos por sus ignominias (quos per flagitia invisos vulgus Chrestianos appellabat). (3) Aquel de quien tomaban nombre, Cristo, había sido ejecutado en el reinado de Tiberio por el procurador Poncio Pilato (auctor nominis eius Christus Tiberio imperitante per procuratorem Pontium Pilatum supplicio adfectus erat); la execrable superstición (exitiabilis superstitio), momentáneamente reprimida, irrumpía de nuevo no sólo por Judea, origen del mal, sino también por la Ciudad, lugar en el que de todas partes confluyen y donde se celebran toda clase de actividades y vergüenzas. (4) El caso fue que se empezó por detener a los que confesaban abiertamente su fe, y luego, por denuncia de aquéllos, a una ingente multitud

³⁵ Mt 20, 15-2; Rom 13, 1; 1 Pdr 2, 17

*(ingens multitudo), y resultaron convictos no tanto de la acusación del incendio cuanto de odio al género humano (odio humani generis). Pero a su suplicio se unió el escarnio, de manera que perecían desgarrados por los perros tras haberlos hecho cubrirse con pieles de fieras, o bien clavados en cruces (crucibus adfixi), al caer el día, eran quemados de manera que sirvieran como iluminación durante la noche. (5) Nerón había ofrecido sus jardines (hortos suos) para tal espectáculo, y daba festivos circenses (circense ludicrum edebat) mezclado con la plebe, con atuendo de auriga o subido en el carro. Por ello, aunque fueran culpables y merecieran los máximos castigos, provocaban la compasión (miseratio oriebatur), ante la idea de que perecían no por el bien público, sino por satisfacer la crueldad de uno solo*³⁶.

Posteriormente los cristianos sufrieron la persecución de Domiciano (81-96). Los emperadores Galba, Vespasiano y Tito dejaron en paz a los cristianos. En cambio, Domiciano renovó la persecución. Pero ni sobre su extensión, ni sobre el número de víctimas hay datos exactos. Eusebio de Cesarea en su Historia Eclesiástica recoge un testimonio de Tertuliano para hacernos idea de la persecución de Domiciano, llamándolo al mismo *portio Neronis in crudelitate (parte de Nerón en su crueldad)*³⁷. Consta asimismo, que al principio no persiguió a los cristianos; pero más tarde Domiciano se empeñó en ser adorado personalmente como dios, y probablemente el negarse los cristianos a hacerlo fue causa de que los persiguiera.

Las víctimas más notables fueron: el consular Acilius Glabrión, Flavio Clemente, también consular y primo hermano del Emperador, su esposa Flavia Domitila, y otros. Otra segunda Flavia Domitila parece atestiguada en la catacumba de este nombre. También sufrió en esta persecución san Juan Evangelista (Tertul., De praescr. 36, 3).

Finalmente, a comienzos del S. II tendrá lugar la persecución de Trajano (98-117). La posición que tomó Trajano frente a los cristianos queda bien clara en el asunto de Plinio el Joven, gobernador de Bitinia. La respuesta que dio el Emperador a su pregunta sobre el modo de tratar a los que eran acusados de cristianos, marca la nueva línea de conducta: «conquirendi non sunt; si deferantur et arguantur, puniendi (no han de ser buscados; pero si son acusados y perseveraban, debían ser castigados)»³⁸

Hubo varios mártires ilustres: san Clemente Romano, san Simeón de Jerusalén, anciano de 120 años, san Ignacio de Antioquía, de quien trataremos más adelante, célebre

³⁶ Tácito, Anales 15,44, 2-5

³⁷ HE III 20;7

³⁸ Plinio, Epist., 10, 96, 97

por su martirio y por las cartas escritas al ser conducido a Roma; además, los Stos. Nereo y Aquiles.

San Ignacio de Antioquía dejó documentos muy interesantes. De lo substancial de su martirio nos informan sus propias cartas, ciertamente auténticas.

2.2.2. “VIDA DE SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA”

1. Heraldo de las enseñanzas de los Apóstoles

Acerca de la fecha en que nació San Ignacio de Antioquía no se tiene un dato preciso; sin embargo se deduce del comentario de Eusebio de Cesarea en su *Historia Eclesiástica* (Libro III, 22), que lo coloca como segundo obispo de Antioquía, la posibilidad de haber nacido poco antes de la primera mitad del siglo I. Ruíz Bueno en su libro de los *Padres apostólicos y apologistas*³⁹ señala como fecha de nacimiento de San Ignacio el año 35, postura acorde a los datos brindados por Eusebio.

Muy probablemente nació en la misma Antioquía, ciudad de Asia Menor, en Siria, al norte de Jerusalén, tercera en importancia en el Imperio Romano (después de Roma y Alejandría) y con una de las comunidades cristianas más florecientes, importantes e influyentes. Es en esta ciudad donde los seguidores de Cristo comenzaron a llamarse “cristianos”⁴⁰, y desde donde emprende San Pablo sus viajes misioneros.

Se ignora todo sobre su familia. Acerca de su infancia se construyó la leyenda de que San Ignacio fuera aquel niño afortunado que tomó Jesús en sus brazos y puso en medio de los apóstoles, cuando discutían sobre quién era el primero, para decirles: “El que recibe a uno de estos pequeños en mi Nombre, me recibe a mí,…” (Evangelio según San Marcos - 9, 36). La leyenda fue propagada por Simeón Metafrastes, hagiógrafo griego del siglo X⁴¹.

³⁹ Ruíz Bueno, Daniel (2002), *Padres Apostólicos y Apologistas*, Madrid, España: BAC, p. 311.

⁴⁰ Hch 11, 26

⁴¹ “A este Theophoros (Ignacio) dicen por cierto que, siendo todavía niño, Cristo le impuso, viviendo aún sobre la tierra, sus manos inmaculadas. Y, mirando a la muchedumbre, dijo: “Si alguno no se humillase como este niño, no entrará en el reino de los cielos, y el que recibiere a alguno de estos niños en mi nombre, a mí me recibe”; con lo que significaba el Señor de antemano que tal había de ser, andando el tiempo, Ignacio, y manifestaba sabiamente cuál había de ser su enseñanza apostólica” Cfr. Funk – Diekam, *Martyrium per Sim. Metaphrasten conscriptum*, II, 383.

Respecto al momento y circunstancias en que entró a formar parte de la Iglesia antioquena desconocemos el dato exacto. Sin embargo, de acuerdo a los relatos de los Hechos de los Apóstoles y su muy probable nacimiento cerca del 30 ó 40 d.C, es válida la afirmación de que San Ignacio vivió en tiempos de los Apóstoles Pedro, Pablo y Bernabé; y muy probablemente escuchó de viva voz de estos santos varones el anuncio del Evangelio.

El primer dato cierto que la tradición consigna sobre San Ignacio es su sucesión en la cátedra episcopal de Antioquía, si bien vacila en el orden de esa sucesión. Padres y autores cristianos confirman que estuvo como obispo de la sede antioquena. Orígenes⁴² (S. III) le hace segundo obispo de Antioquía, es decir, primero después de San Pedro. Eusebio afirma (*Historia Eclesiástica* III, 22), y en definitiva, hay que atenerse a su testimonio, que San Ignacio sucedió a Evodio, primer obispo, propiamente tal, de Antioquía, y en su *Crónica* fija el tiempo de su episcopado entre el año primero de Vespasiano (70 d. C.) y el décimo de Trajano (107 d. C.). San Juan Crisóstomo asienta que San Ignacio fue consagrado obispo de manos de los apóstoles Pedro y Pablo, y de ahí deduce las varias y altísimas virtudes de que hubo de estar adornado; las *Constituciones Apostólicas*, sin embargo, señalan que Evodio fue ordenado por San Pedro e Ignacio por San Pablo⁴³.

¿Trató efectivamente San Ignacio con los apóstoles? San Juan Crisóstomo lo afirma categóricamente:

*Ignacio, en primer lugar, convivió noblemente con los apóstoles y gozó de aquellas como fuentes del Espíritu. Ahora bien, ¿qué tal es razón que fuera quien con ellos convivía y a todas horas los trataba y tuvo parte en sus públicos y secretos pensamientos y fue, finalmente, tenido por digno de tan alta dignidad?*⁴⁴.

Sin embargo, ante el entusiasmo y oratoria del Crisóstomo está el trabajo de Eusebio de Cesarea (S. IV) quien recibió y consignó los diversos testimonios acerca de Ignacio en su *Historia Eclesiástica*, y al cual, como se ha dicho más arriba, conviene

⁴² Orígenes, *In Lucam*, hom. 6 (PG): “Bellamente se escribe en una de las cartas de un mártir (quiero decir, de Ignacio, que fue segundo obispo de Antioquía, después del bienaventurado Pedro, y que en la persecución luchó con las fieras en Roma)...”

⁴³ *Const. Ap.* VII, 46: “Acerca de los obispos que en vida nuestra fueron ordenados, os indicaremos que fueron éstos: De Jerusalén, el primero, Santiago hermano del Señor; muerto éste, el segundo fue Simeón, hijo de Cleofás, al que sucedió Judas, hijo de Jacob; de Cesarea de Palestina, el primero fue Zaqueo, el antiguo publicano al que sucedió Cornelio, y a éste, Teófilo; de Antioquía, Evodio fue ordenado por mí Pedro, e Ignacio por Pablo.

⁴⁴ *Panegírico* de San Juan Crisóstomo en honor a Ignacio. (J. – P. Migne, *Patrologiae Cursus completus. Series Graeca*).

adherirse. El silencio de Eusebio sobre la apostolicidad de Ignacio es significativo, pues afirmando categóricamente (HE, III, 36,1)⁴⁵ que Policarpo fue discípulo de los apóstoles, nada semejante dice ni de Papías ni del mismo Ignacio (HE, III, 36, 2)⁴⁶ a quien tanto admira.

Como dice Ruíz Bueno, *San Ignacio pudo percibir un eco de estas voces (de Pedro, Pablo y Bernabé), resonancias inmediatas del Espíritu, y ver con sus ojos de adolescente a los que con los suyos vieron al Señor y eran ahora testigos y ministros de su palabra, de su vida y de su gloria*⁴⁷. Vivió en tiempos de la misión apostólica, fue contemporáneo a los apóstoles y, si bien, quizás no conoció en persona a los mismos apóstoles, gozó de la calidez y fuerza de ese primer Evangelio predicado por los primeros discípulos del Señor y del cual él mismo se hizo ministro y transmisor en la comunidad de Antioquía.

2. Condenado al Martirio

Por aquellos años, a inicios del siglo II, permanecía en la práctica legal del imperio romano el *institutum neronianum*, disposición hostil hacia los cristianos heredada desde Nerón, en la que los llamados cristianos no tenían derecho como religión a la existencia, *non licet esse christianos*. Su aplicación dependía sólo de las circunstancias. Una acusación nacida del rencor particular, un tumulto popular que hiciera blanco de sus iras a los cristianos, bastaba para llevarlos al anfiteatro a ser una pira o alimento para las fieras.

La situación en Antioquía no debió ser distinta a la de Bitinia en el 111, cuando Plinio el Joven es enviado por su protector Trajano para gobernar aquella provincia, y allí se encuentra con el conflicto, casi de conciencia, que le plantea el caso de los cristianos. De hecho, Plinio inicia su intervención en el asunto castigando el mero nombre de cristiano: *A los que fueron delatados – le escribe a Trajano- los interrogué si eran cristianos; si confesaban que sí, los sometía a nuevo interrogatorio con amenaza de suplicio. A los que aun así perseveraron, los mandé ejecutar*. La respuesta que dio el Emperador a su pregunta sobre el modo de tratar a los que eran acusados de cristianos,

⁴⁵ “Brillaba por este tiempo en Asia Policarpo, discípulo de los apóstoles, al que habían confiado el episcopado de la iglesia de Esmirna los testigos oculares y ministros del Señor”.

⁴⁶ “A la vez adquirían notoriedad Papías, obispo también de la iglesia de Hierápolis, e Ignacio, el hombre más célebre para muchos todavía hasta hoy, segundo en obtener la sucesión de Pedro en el episcopado de Antioquía”.

⁴⁷ Ruíz Bueno, Daniel (2002), *Padres Apostólicos y Apologistas*, Madrid, España: BAC, p. 311.

marca la línea de conducta: *conquirendi non sunt; si deferantur et arguantur, puniendi* (no han de ser buscados; pero si son acusados y perseveraban, debían ser castigados)⁴⁸.

Considerando que Trajano comenzó su mandato en el 98 hasta el 117, podemos deducir de la respuesta que dio a Plinio la postura que tomó el emperador sobre los cristianos incluso antes de la consulta de Plinio. Por tanto, así o de modo semejante, las cosas en Antioquía, pudo bastar una delación contra el cabeza de la comunidad antioquena que lo entregase al celo del gobernador de Siria.

Cualquiera que fuere la ocasión, el hecho es que San Ignacio fue condenado, por el legado imperial de Siria, a ser devorado por las fieras en Roma, tal como lo confirma también Eusebio en su *Historia Eclesiástica*⁴⁹.

Al ser conducido a través de Asia, bajo la vigilancia cuidadosísima de los guardianes, iba dando ánimos con sus charlas y exhortaciones a las iglesias de cada ciudad donde hacían parada. En primer lugar los exhortaba a que sobre todo se guardasen de las herejías, que precisamente por entonces comenzaban a pulular, y los excitaba a aferrarse sólidamente a la tradición de los apóstoles, que, por estar ya él a punto de sufrir martirio, creía necesario poner por escrito en gracia a la seguridad⁵⁰. Así camino a su martirio escribió siete cartas dirigidas a las comunidades de Roma, Magnesia, Trales, Filadelfia, Esmirna, Éfeso y a Policarpo.

Custodiado por un pelotón de soldados -“*diez leopardos*” los denomina Ignacio en su carta a los Romanos- es conducido a Seleucia, puerto de Antioquía, y allí se embarca con rumbo a las costas de Cilicia o Panfilia, para proseguir desde allí el viaje por tierra. Que el viaje hasta la importante estación de Esmirna se hizo juntamente por mar y por tierra se deduce claramente de lo que San Ignacio dice a los romanos desde la propia Esmirna:

*Desde Siria hasta Roma vengo combatiendo con las fieras, por tierra y por mar, atado día y noche a diez leopardos, es decir, a un pelotón de soldados, que se vuelven peores con los mismos beneficios que se les hacen. Sin embargo, en sus malos tratamientos aprendo yo a ser mejor discípulo aunque no por eso me tengo por justificado*⁵¹.

⁴⁸ Plinio, Epist., 10, 96, 97

⁴⁹ HE III 36, 3: “una tradición refiere que éste fue trasladado de Siria a la ciudad de Roma para ser pasto de las fieras, en testimonio de Cristo.

⁵⁰ Cfr. Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica* III 36, 4

⁵¹ Rom. V,1

En Cilicia pudo juntársele un diácono de aquella comarca, de quien hace un agradecido elogio, escribiendo a los filadelfios⁵², por los servicios que le presta *en la Palabra de Dios*. Sorprende la “libertad” que gozó Ignacio bajo el dominio de los diez soldados para poder exhortar o increpar a sus hermanos en la fe, como lo hizo en Filadelfia apelando a la unión con el obispo.

Llegado el convoy a Esmirna, ciudad situada en la costa occidental del país y populoso puerto de mar y paso de algunas rutas comerciales, Ignacio fue recibido por Policarpo, el discípulo de Juan, y por toda la comunidad esmirniota, no como un pasajero (al cual todo cristiano recibía con verdadera caridad) sino como a embajador de Jesucristo que seguía los pasos de su Señor en el morir. Ignacio se quedará por largos días en Esmirna, pudiendo así gozar también de su estancia delegaciones enviadas desde las comunidades de Éfeso, Magnesia y otras que, con sus obispos a la cabeza, acudieron a saludarle, atenderle y venerarle. Aprovechando su estancia en Esmirna, Ignacio escribe sus cuatro primeras cartas dirigidas a las comunidades de Éfeso, Magnesia, Trales y Roma; Eusebio de Cesarea recoge este último dato dejando por escrito lo siguiente:

(5)Y así fue que, hallándose en Esmirna, donde estaba Policarpo, escribió una carta a la Iglesia de Éfeso, haciendo mención de Onésimo, su pastor; otra, a la de Magnesia, la que está sobre Meandro, mencionando igualmente al obispo Damas, y otra a la de Trales, cuyo jefe era por entonces, dice, Polibio. (6)Además de éstas, escribió también a la iglesia de Roma una carta en que va exponiendo su súplica de que no intercedan por él, no sea que le priven del martirio, su anhelada esperanza...⁵³.

Las otras tres de las siete cartas: a los filadelfios, a los esmirnitas y al propia Policarpo, las dictará en la próxima parada de Alejandría Troas.

Acabada la estancia en Esmirna, la delegación se dirigió hacia Alejandría Troas, territorio situado en la esquina noroccidental del territorio asiático, frente a las costas greco-macedonias. Su capital era el importante puerto de Tróade, Troas o Alejandría Troas que, en el siglo I, era un lugar de tránsito entre Asia y Europa. El pasaje entre los dos continentes se realizaba en un trayecto por mar de 230 km que hacía escala en la isla de Samotracia. La travesía terminaba en Neápolis de Macedonia, puerto de la vecina Filipos desde donde el camino hacia Roma era casi directo. En Troas San Ignacio escribirá tres nuevas cartas: a los filadelfios, a los esmirnitas y personalmente a Policarpo. Estas cartas, aparte los de los motivos de edificación, avisos y agradecimiento de las otras, tiene el particular de encargar se felicite en su nombre a la Iglesia de

⁵² AdF, XI,1

⁵³ HE III 36, 5 - 6

Antioquía por la feliz nueva, que Ignacio acaba de recibir por mensajeros de Siria que se le unen en Troas, de haber renacido allí la paz tras la tormenta de la persecución.

De Filipos siguió el convoy de mártires a través de Macedonia, por la famosa *Via Egnatia*, hasta alcanzar otra vez el mar en el puerto de Dirraquio, en la Iliria griega. Atravesando el mar Jónico y entrados en el Adriático, lo natural era que fondearan en Brindis, y de allí, por la *Via Appia*, se dirigieron derechamente a Roma., pero el *Martyrium* obliga a la expedición a contornear a Italia por el sur y, después de un frustrado intento de desembarco en Puzzuoli, llega al puerto de los romanos, a la boca del Tíber u *Ostia Tiberina*.

3. Mártir por su fe en Cristo

Eusebio data su martirio en el año décimo del reinado de Trajano (98-117), es decir, en el año 107. Y por tradición sabemos que fue en el Anfiteatro Flavio, también llamado Coliseo Romano.

“Se calculó probablemente el viaje de Ignacio –escribe Allard- de modo que se le hiciera llegar a Roma antes del fin de las fiestas que se celebraban, con pompa inaudita hasta entonces, el triunfo del vencedor de los dacios. Si la guerra dáctica terminó en 106, en estas fiestas, que duraron ciento veintitrés días, hubieron de llenar el año 107. Diez mil gladiadores perecieron en ellas para diversión del pueblo romano y doce mil fieras fueron muertas. Mas antes de matarlas se les arrojó, según la costumbre, algunos condenados. De esta suerte, el 18 de diciembre, murieron los dos compañeros de Ignacio, Zósimo y Rufo. Dos días después le llegó el turno al obispo de Antioquía. El 20 de diciembre (fecha que traen las mejores Actas) alcanzó la gracia tan ardientemente deseada: molido por los dientes de las fieras, se convirtió en pan de Dios. Era durante las venationes con que se celebraban las Saturnalia⁵⁴.

Por su parte, el *Martyrium Colbertinum* nos dice acerca de la muerte de San Ignacio:

Era el día aquel, ése que los latinos llaman el tercio décimo antes de las calendas de enero (20 de diciembre). La concurrencia era copiosa, como es costumbre en esas fechas, y el santo fue expuesto a las fieras carniceras. Echado a ellas, se cumplió al momento por gracia de Dios el deseo del mártir Ignacio. Sólo

⁵⁴ *Hist. Des persécutions pendant les deux premiers siècles* (París 1911) 208s.

quedaron las partes más duras, que fueron recogidas por los hermanos y llevadas como reliquias a Antioquía donde descansan en una cápsula, tesoro inestimable.⁵⁵

El regreso de los restos de Ignacio hasta su ciudad era recordado siglos después por Juan Crisóstomo, que clamaba junto a su sepulcro:

*Una vez que en Roma alcanzó el cielo, volvió a nosotros coronado. Si ellos recogieron su sangre, vosotros honráis sus reliquias. Y si ellos le vieron vencer, vosotros le tenéis aquí para siempre. Y con ello se vio la generosidad de Dios, que quiso conceder de una vez un mártir a dos ciudades*⁵⁶

2.2.3. “LAS CARTAS DE SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA”

1. El eco de las cartas ignacianas

Como ya se ha visto en el capítulo anterior, San Ignacio, testigo y amigo ardiente de Jesús, dio un gran ejemplo de fiel seguidor de Cristo camino hacia el martirio. Sin embargo, este varón apostólico no sólo dejó un gran ejemplo de fe con su vida entregada, sino que también su voz venerable quedará perpetuada y resonará a lo largo de los siglos en las cartas que escribió camino a su martirio a las comunidades cristianas conocedoras de su trayecto a Roma.

“Mas esta voz venerable de San Ignacio –comenta Ruíz Bueno- que, con timbre tan personal, íntimo e inconfundible, no ha dejado de resonar a lo largo de los siglos, se hubiera perdido en el mero y general estruendo de la catarata de sangre de tantos millares de testigos de Jesús, si Ignacio de Antioquía no hubiera tenido, camino de su martirio, la ocasión, única y feliz, de escribir las siete maravillosas cartas, trasunto de su alma, martirio también ellas, testimonio vivo de tan arrebatado amor a Jesucristo, de religiosidad tan íntima y profunda, de densidad de pensamiento teológico tan lúcido en los albores mismos del cristianismo, de originalidad literaria tan única y señera que alcanzan categoría de documento único dentro de los más variados campos de la historia de la Iglesia primitiva”.⁵⁷

⁵⁵ Martirio colbertino 6.4.

⁵⁶ Panegírico de San Juan Crisóstomo en honor a Ignacio. (J. – P. Migne, Patrologiae Cursus completus. Series Graeca).

⁵⁷ Ruíz Bueno, Daniel (2002), *Padres Apostólicos y Apologistas*, Madrid, BAC, p. 308.

Las cartas que nos dejó Ignacio como patrimonio común de la iglesia son: la «Carta a los efesios» (Ad Eph.), la «Carta a los magnesios», (Ad Magn.), la «Carta a los tralianos» (Ad Tral.), la «Carta a los romanos» (Ad Rom.), la «Carta a los filadelfianos» (Ad Phil.), la «Carta a los esmirnitas» (Ad Smyrn.) y, por último, la «Carta a Policarpo» (Ad Pol.), un escrito personal dirigido a Policarpo de Esmirna, obispo de dicha ciudad.

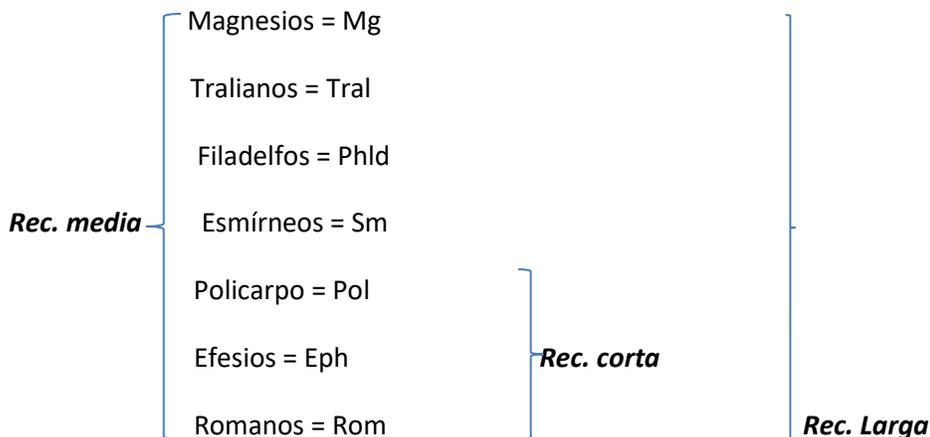
Todas estas cartas, las escribió San Ignacio camino hacia su martirio en el año 107.

2. La cuestión ignaciana

Se conoce como *cuestión ignaciana* a la controversia surgida a partir de las diversas reacciones favorables o contrarias a la autenticidad de las Cartas de San Ignacio de Antioquía. Como resultado de esa larguísima polémica a lo largo de más de cuatro siglos se ha llegado a la aceptación, como *textus receptus*, de la llamada *recensión media* o *eusebiana*, que consta de siete cartas redactadas.

El texto de Ignacio ha llegado hasta nosotros en tres recensiones muy dispares: *larga*, *media* y *corta*. La *recensión larga* comprende trece cartas, de las cuales siete se encuentran también en la *recensión media*, pero con un texto notablemente más conciso. La *recensión media* contiene solo siete cartas. Finalmente la *recensión corta* comprende únicamente tres, con un texto mucho más breve que el de la *recensión media*.⁵⁸

Un esquema de estas tres recensiones sería el siguiente:



⁵⁸ Rius – Camps, Josep (1977), *Las Cartas Auténticas de Ignacio, el Obispo de Siria*, Revista Catalana de Teologia 2, Facultad de Teología de Barcelona, p 31

María a Ignacio = Mar Ign

Ignacio a María = Ign Mar

Tarsenses = Tar

Filipenses = Phil

Antioquenos = Ant

Herón, diácono = Her

En la antigüedad cristiana se leían, se citaban y comentaban las cartas de Ignacio, sin embargo no había un Corpus definido del conjunto.

En la Edad Media corrió como válida una colección de cuatro cartas ignacianas desconocidas de la antigüedad: la primera, de Ignacio al apóstol San Juan, para expresarle su gran deseo de ver a la Santísima Virgen; la segunda, del mismo al mismo, para darle cuenta de su proyecto de viaje a Jerusalén para contemplar a la Virgen y a Santiago, hermano del Señor; la tercera, de Ignacio a María, para pedirle una palabra de consuelo y aliento; la cuarta, de María a Ignacio, para decirle que se atenga a la enseñanza de San Juan y anunciarle su próxima visita. Sorprendentemente logró ser aceptada y leída.⁵⁹ Conocida desde el siglo XII, pasó en el XIII por ser una traducción del griego y fue editada por primera vez en 1495, entrando así como el *Primer Corpus Ignatianum* impreso. Sin embargo, este Corpus no entra a formar parte de las tres recensiones arriba mencionadas.

- a) *Recensión Larga*: A finales del siglo XV, en 1498, Lefébre de Étamples (*Faber Stapulensis*) publicó en su texto latino, tomado probablemente del código 412 de la Biblioteca cívica de Troyes, una colección más extensa de Cartas de San Ignacio con este título: *Ignatii undecim epistolae* (París 1498). En 1577, Valentín Hartung, por sobrenombre Frid, publicaba en Dilinga el texto griego de ellas, tomado del código monacense gr. 394, más una carta de María de Cassobola a Ignacio y de éste a ella. Esta sería la llamada colección de la *recensión larga*, no sólo porque comprende mayor número de cartas (13) que las señaladas por Eusebio, sino porque presenta también textos más extensos de las mismas siete cartas eusebianas. Hasta la aparición del estudio crítico de Usher, esta recensión

⁵⁹ Ruíz Bueno, Daniel (2002), *Padres Apostólicos y Apologistas*, Madrid, España: BAC, p. 371.

fue considerada como auténtica y ejerció un influjo considerable en las controversias dogmáticas y en la legislación eclesiástica.

Las trece cartas que conforman esta recensión son las siguientes: *Carta de María de Casobolos a Ignacio*, *Carta de Ignacio a María de Casobolos*, *Carta a los tralianos*, *Carta a los magnesios*, *Carta a los tarsenses*, *Carta a los filipenses*, *Carta a los filadelfios*, *Carta a los esmirniotas*, *Carta a Policarpo*, *Carta a los antioquenos*, *Carta Herón*, *Carta a los efesios* y *Carta a los romanos*.

- b) *Recensión Media*: James Usher, arzobispo de Armagh (Irlanda), a raíz del cotejo de la *rec. larga* con citas de Ignacio contenidas en autores anteriores intuye que debe existir en alguna biblioteca inglesa una recensión más breve, acorde con las citas de Eusebio y Teodoreto. Es así que en 1644 publicaba una versión latina del siglo XIII, por él descubierta, con el título *Polycarpi et Ignatii epistolae* (Oxford 1644).⁶⁰ Esta versión contenía sólo seis de las cartas citadas por Eusebio y su texto coincidía con el dado por los testimonios antiguos. Usher, sin embargo, descarta que la *Carta a Policarpo* sea auténtica, considerándola así espuria. De este modo Usher conformaría la llamada *recensión media*.

Sin embargo, la situación no era aún satisfactoria, porque las cartas de Usher eran una traducción latina que podía haber sufrido modificaciones y no había ningún original griego con el que cotejarlas. Este punto quedó subsanado dos años después. En 1646, Isaac Voss (Vossius) publicó a partir del “Codex Mediceus Laurentianus” una versión griega de las seis cartas asiáticas de Ignacio. El códice laurentiniano estaba, sin embargo, incompleto y faltaba la «Carta a los romanos». Esta última tardó unas décadas en aparecer y fue localizada en 1689 por Ruinart en un códice colbertino, el Parisinus Graecus 1451, conservado hoy en la Biblioteca Nacional de París. Dicho manuscrito contenía un relato sobre el martirio de Ignacio e, insertada en él, estaba la «Carta a los romanos».

La recensión media quedó entonces conformada por las siete cartas eusebianas, tomando como base el estudio de Usher, que ahora se conocían en una versión griega y otra latina, coincidentes en lo esencial.

- c) *Recensión Corta*: A mediados del siglo XIX, se encendió nuevamente la discusión con ocasión del hallazgo de una *recensio brevissima* que comprendía sólo, en versión siríaca, tres cartas de San Ignacio: a Policarpo, a los efesios y a

⁶⁰ Rius – Camps, Josep (1977), *Las Cartas Auténticas de Ignacio, el Obispo de Siria*, Revista Catalana de Teologia 2, Barcelona, España: Facultad de Teología de Barcelona, p 33.

los romanos. El postulador de esta nueva recesión fue Cureton, que publicó en 1846 la versión siríaca de las tres dichas epístolas y las declaraba únicas genuinas. El inconveniente de este corpus era que las cartas tenían matices poco ortodoxos a la doctrina conocida de Ignacio.

Esta teoría curetoniana, sin embargo, quedó definitivamente abandonada tras los concienzudos trabajos de Zahn, Lightfoot, Harnack y Funk, quienes fundamentaron razonablemente la autenticidad de las siete Cartas de Ignacio.

3. Las siete cartas de Ignacio de Antioquía

Como ya hemos visto, actualmente se tienen por auténticas las siete cartas de la *recensión media* (que a su vez se fundamenta en la lista de Eusebio), las cuales han llegado hasta nuestros días. Estas son: la «Carta a los efesios» (Ad Eph.), la «Carta a los magnesios», (Ad Magn.), la «Carta a los tralianos» (Ad Tral.), la «Carta a los romanos» (Ad Rom.), la «Carta a los filadelfianos» (Ad Phil.), la «Carta a los esmirnitas» (Ad Smyrn.) y, por último, la «Carta a Policarpo» (Ad Pol.), un escrito personal dirigido a Policarpo de Esmirna, obispo de dicha ciudad. Las cartas dirigidas a Éfeso, Magnesia, Tralia y los Romanos fueron escritas en Esmirna; Las cartas dirigidas a Policarpo, a los de Filadelfia y Esmirna fueron enviadas desde Troas.

Ignacio, camino hacia su martirio (año 107), tuvo la feliz idea de escribir cartas a las distintas comunidades cristianas como ningún otro mártir lo hizo. En estos textos se siente la frescura de la fe de aquella generación que había conocido a los apóstoles y, a la vez, el amor ardiente del que cree en Cristo y se entrega a Él. En ellas, Ignacio, *Theóphoros* (portador de Dios), deja su testamento espiritual, tratando sabia y eruditamente de Cristo, de la constitución de la Iglesia y de la vida cristiana, lo cual representa un legado de gran importancia doctrinal, así como también una fuente de conocimiento sobre la vida interna de la primitiva Iglesia. Estas cartas están escritas en momentos de gran intensidad interior, reflejando la actitud espiritual de un hombre que ha aceptado ya plenamente la muerte por Cristo y sólo anhela el momento de ir a unirse definitivamente con Él, el deseo de “alcanzar a Cristo” se expresa en ellas con vigor inigualable.

A continuación, enumero las cartas de San Ignacio, con una breve descripción de cada una de ellas y los temas doctrinales que abarcan; y en la parte final, como anexo del capítulo, las siete cartas íntegras de San Ignacio.

3.1. Carta a los efesios

Esta primera carta, la más extensa, fue redactada durante la estancia que tuvo San Ignacio en Esmirna. En este intervalo de tiempo, Ignacio fue visitado por delegaciones venidas desde Éfeso, Magnesia y otras de Asia Menor. En esta ocasión, muy probablemente pudo informarse de la situación por la que pasaba la Iglesia de Éfeso, comunidad que estaba dividida y la autoridad del obispo cuestionada.

Esta carta de Ignacio constituye un llamamiento a la unidad, entendida en este caso como unidad en torno al obispo y al colegio de presbíteros⁶¹. Además de dar a conocer la jerarquía eclesial primitiva y considerar al obispo como centro de la unidad, Ignacio añade al carácter disciplinar de sus recomendaciones una interpretación espiritual del episcopado⁶².

Sin embargo, no sólo la unidad de los efesios preocupaba a Ignacio, sino también la presencia de doctrinas heterodoxas, ante las que alertaba y alentaba a mantenerse firmes⁶³. A aquellos que pretendían confundir a la comunidad, Ignacio los llama “*perros rabiosos que muerden a traición*” (Ad Eph. 7, 1).

En esta carta, también, Ignacio les recuerda a los efesios su iniciación en la fe gracias a la evangelización de Pablo⁶⁴. Y, finalmente, una interpretación de la Fe y la Caridad como principio y fin de la vida.⁶⁵

3.2. Carta a los magnesios

La carta a los magnesios es la segunda dentro del orden citado por Eusebio⁶⁶. Fue redactada en Esmirna, durante la visita de la delegación de los magnesios con su obispo Damas a la cabeza y algunos presbíteros que acudieron acompañándole. La comunidad de Magnesia estaba inmersa en un conflicto similar al de los efesios. Por una parte, el obispo Damas era muy joven y aunque,

⁶¹ “os conviene correr a una con la voluntad del obispo” (AdE IV, 1)

⁶² “...es necesario considerar al obispo como al Señor mismo” (AdE VI,1)

⁶³ “He sabido que han pasado algunos que querían sembrar mala doctrina” (AdE IX, 1)

⁶⁴ “Yo sé quién soy y a quiénes escribo... compañeros en divina iniciación, de Pablo, el que fue santificado” (AdE XII 1 - 2)

⁶⁵ “... con Jesucristo aquella fe y caridad son principio y término de la vida” (AdE XIV 1 - 2)

⁶⁶ HE III, 36.

según Ignacio, los presbíteros no se aprovechaban de esa circunstancia⁶⁷, otros prescindían de él⁶⁸ y se reunían por su cuenta. Ante ello Ignacio exhorta a los magnesianos para que hagan todo “*en concordia de Dios, presidiendo el obispo*”⁶⁹. En definitiva les aconseja a no hacer nada sin la aprobación y beneplácito del obispo.

Además de exhortar a la unidad, Ignacio previene a los magnesianos contra doctrinas judaizantes, extrapolando tal vez su experiencia al frente de la Iglesia antioquina. Ignacio es duro en el fondo y en la forma. Trata al judaísmo de “*viejos cuentos que no sirven para nada*”⁷⁰, “*mala levadura, anticuada y agria*”⁷¹. Estos términos referentes al modo de vida judío se entienden en el marco de contraposición a la vida de fe en Cristo, diciendo: “*Es absurdo hablar de Jesucristo y vivir al modo judío*”⁷², pues para el cristiano Jesucristo, es su verdadera esperanza.

3.3. Carta a los Tralianos

Es la tercera en el orden dado por Eusebio y, al igual que las anteriores, fue redactada también en Esmirna. Los problemas de la Iglesia de Trales eran ligeramente distintos. Aunque no faltan en la carta exhortaciones a la unidad, no parece que hubiese, como ocurría en Éfeso o Magnesia, un desafío concreto a la autoridad. La comunidad parecía tranquila pero debía cuidarse, sin embargo, de las “*hierbas extrañas*” o “*herejías*”⁷³.

Si en las otras comunidades las controversias suscitadas venían de la confrontación con los judíos, en esta carta dirigida a la comunidad de Trales advierte acerca del *veneno mortal*⁷⁴ que es el docetismo, doctrina que niega que Jesucristo, hombre - Dios, haya podido sufrir el suplicio de la pasión y cruz, sino

⁶⁷ “... Mas también a vosotros os conviene no abusar de la poca edad de vuestro obispo, sino, mirando en él la virtud de Dios Padre, tributarle toda reverencia. Así he sabido que vuestros santos ancianos no tratan burlar su juvenil condición...” (AdM III, 1)

⁶⁸ “... Hay algunos que dan, sí, al obispo su nombre de inspector; pero luego lo hacen todo a sus espaldas” (AdM IV, 1)

⁶⁹ AdM. VI, 1

⁷⁰ AdM. VIII, 1.

⁷¹ AdM. X, 2

⁷² AdM. X, 3

⁷³ AdT. VI, 1

⁷⁴ AdT. VI, 2

quien sufrió fue sólo una apariencia suya (*dokéin*). Para refutar esta doctrina Ignacio refuerza la humanidad e historicidad de Jesús, dejando una segura regla de fe contra los docetas:

*Tapaos, pues, los oídos cuando alguien venga a hablaros fuera de Jesucristo, que desciende del linaje de David y es hijo de María; que nació verdaderamente y comió y gebió; fue verdaderamente perseguido bajo Poncio Pilato, fue verdaderamente crucificado y murió a la vista de los moradores del cielo, de la tierra y del infierno. El cual, además, resucitó verdaderamente de entre los muertos...*⁷⁵

3.4. Carta a los Romanos

Esta carta está redactada también en Esmirna y con una fecha exacta: *nueve días antes de las calendas de septiembre*⁷⁶ (24 de agosto), la única dirigida a una comunidad no asiática y la única, también, que no contiene referencias a la unidad ni previene contra las herejías. Ignacio estaba preocupado ante la posibilidad de que la Iglesia de Roma moviese sus influencias para librarle de las fieras, es por ello que por medio de ésta suplica a los de la Iglesia de Roma, primera en la caridad, que no le impidan sufrir en nombre de Cristo y ganar la corona del martirio.

El tema principal de esta carta es su inminente martirio, el cual ansía y describe místicamente como medio de alcanzar a Jesucristo. Su deseo era morir, no porque la muerte fuese en sí algo deseable, sino porque consideraba que, a través de ella, había de alcanzar, por imitación, a Cristo:

Permitidme imitar la pasión de mi Dios” (Ad Rom. VI, 3). Estaba dispuesto a soportarlo todo: “Fuego y cruz, manadas de fieras, quebrantamientos de huesos, descoyuntamiento de miembros, trituramiento del cuerpo, atroces torturas del diablo vengan sobre mí con tal de alcanzar a Jesucristo (Ad Rom. V, 1).

Ese alcanzar a Cristo lo expresaba como un ardiente anhelo místico: *“Busco a Aquel que murió por nosotros, quiero a Aquel que resucitó por*

⁷⁵ AdT IX 1 - 2

⁷⁶ AdR X, 3

nosotros... dejadme alcanzar la luz pura”⁷⁷; “...un agua viva habla dentro de mí y me dice: *Ven al Padre*”⁷⁸. Más que un final, la muerte representaba para él una transformación radical y positiva: “*Trigo soy de Dios, molido por los dientes de las fieras, y convertido en pan puro de Cristo*” (Ad Rom. IV, 1). “*Para mí, mejor es morir en Jesucristo que ser rey de los términos de la tierra*”⁷⁹

Se deja traslucir en esta carta que el motivo y fin de su martirio, el cual tanto ansía, es Cristo, a quien quiere imitar por su muerte.

Otro tema, aunque mencionado brevemente, es que Ignacio reconoce la primacía de la Iglesia de Roma y de su obispo⁸⁰. Finalmente, Ignacio ruega para que llegue a la meta y no desfallezca en el intento.

3.5. Carta a los Filadelfios

Ignacio había pasado por Filadelfia durante el viaje que, por tierra y por mar⁸¹, le había llevado hasta Esmirna. Lo ocurrido en esa localidad se conoce únicamente por la carta que luego les dirigió desde Tróade, donde se encuentra, y en la que aborda, como hiciese antes con los efesios, magnesios y tralianos, los problemas de la comunidad. La diferencia radica esta vez en que Ignacio conoció la situación de primera mano y en que él, a su vez, era conocido por los filadelfios: “...no se podrá decir que fui gravoso a nadie...” (Ad Phil. 6, 3). La Carta a los filadelfios denota, como las otras, problemas de unidad y doctrina: “*Huid de la división y de las malas doctrinas*”⁸².

Ignacio llama, también, a la unidad en la Eucaristía, *porque una sola es la carne de nuestro Señor Jesucristo y un solo cáliz para unirnos con su sangre; un solo altar, así como no hay más que un solo obispo, juntamente con el colegio de ancianos y con los diáconos*⁸³.

⁷⁷ AdE VI, 1

⁷⁸ AdR VII, 2

⁷⁹ AdR VI, 1

⁸⁰ “A la Iglesia de Roma... que preside en la capital del territorio de los romanos; digna ella de Dios, digna de todo decoro, digna de toda bienaventuranza, digna de alabanza, digna de alcanzar cuanto desee, digna de toda santidad; y puesta al a cabeza de la caridad, seguidora que es de la ley de Cristo y adornada con el nombre de Dios...”, AdR. Intr.

⁸¹ Ad Rom. V, 1

⁸² Ad Phil. II, 1

⁸³ Ad Phil. IV, 1

Ante los judaizantes, Ignacio manifiesta que “*su archivo es Jesucristo*”⁸⁴ y la superioridad del Evangelio frente al Antiguo Testamento⁸⁵.

3.6. Carta a los Esmirniotas

La *Carta a los esmirniotas*, penúltima de Ignacio, revela que, en esta comunidad, también circulaban doctrinas próximas al docetismo. Al igual que en la *Carta a los tralianos*, Ignacio demuestra en una sintética profesión de fe⁸⁶ que la realidad del sufrimiento, muerte y resurrección de Cristo no eran para él asuntos teóricos sino algo vivo e inmediato por el cual entregaba su propia vida: “*Pues si todo es apariencia..., ¿para qué me entrego a la muerte?*” (Ad Smyrn. IV, 2).

En ella también se repiten los consejos de obediencia a la jerarquía, destacando que las celebraciones litúrgicas tienen su razón de ser debido a la presencia del obispo en cada comunidad:

Allí donde aparezca el obispo, allí debe estar el pueblo; tal como allí donde está Jesús, allí está la iglesia católica. No es legítimo, aparte del obispo, ni bautizar ni celebrar una fiesta de amor; pero todo lo que él aprueba, esto es agradable también a Dios; que todo lo que hagáis sea seguro y válido. (AdS VIII, 2).

En esta última cita utiliza por primera vez en la literatura cristiana el adjetivo “católico” aplicado a la iglesia universal, la Iglesia de Cristo.

3.7. Carta a Policarpo

La *Carta a Policarpo* es el único de los escritos de Ignacio que está dirigido a una persona y no a una comunidad. Impresionado por el joven obispo, Ignacio le escribió desde Tróade una carta de exhortación, aconsejándole a vivir la caridad, la unión a Cristo, a ser prudente y firme ante las herejías. Finalmente

⁸⁴ Ad Phil. VIII, 2

⁸⁵ Ad Phil. IX

⁸⁶ “*Él es verdaderamente del linaje de David según la carne, pero Hijo de Dios por la voluntad y poder divinos, verdaderamente nacido de una virgen y bautizado por Juan para que se cumpliera en Él toda justicia, verdaderamente clavado en cruz en la carne por amor a nosotros bajo Poncio Pilato y Herodes el Tetrarca (del cual somos fruto, esto es, su más bienaventurada pasión); para que Él pueda alzar un estandarte para todas las edades por medio de su resurrección, para sus santos y sus fieles, tanto si son judíos como gentiles, en el cuerpo único de su Iglesia*”, AdS I

pide a Policarpo que envíe cartas a las otras comunidades cristianas en su nombre.

2.2.4. “LA FE EN LOS ESCRITOS Y VIDA DE SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA”

Es preciso comenzar diciendo que en sus cartas san Ignacio de Antioquía no hace ni busca elaborar un discurso teórico-doctrinal sobre lo que es la Fe. Como la mayoría de los primeros Padres apostólicos, no pretende dar definiciones dogmáticas, sino confesar y dar testimonio de aquello que ha recibido como herencia de los testigos del Señor y sus apóstoles.

A Ignacio se lo conoce como el *Doctor de la unidad*, que habla de la unidad con Cristo, de la Iglesia Católica en su doctrina, la liturgia y sus distintas comunidades. *Ningún Padre de la Iglesia expresó con la intensidad de San Ignacio el deseo de unión con Cristo y vida en Él*⁸⁷. Ignacio repetirá a menudo en sus cartas que el fundamento y arquetipo de esta unidad es Dios. Gracias a su fe, en Cristo, en Dios, elabora su pensamiento sobre la unidad con Él.

Con este trabajo intento profundizar en un aspecto que da fundamento al reflexionar y vivir de San Ignacio: su fe en Cristo. Como se enuncian en el título, el tema en concreto no es la virtud de la *Fe* en sí misma, sino la *Fe en Cristo*, objeto (de unión que anhela ardientemente) y fundamento de la vida y doctrina de Ignacio de Antioquía.

La fe en Cristo, entonces, aparece en sus distintas cartas de un modo muy dispar y, a la vez, arraigada profundamente en su vida, como una realidad muy rica y sublime que le lleva a entregar la misma.

Trataremos acerca de la *Fe en Cristo*, que une y da sentido a la vida y doctrina de San Ignacio. Tres son los aspectos que se encuentran dentro de ella: *Fe cristológica*, que se fundamenta en el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo; *Fe como tesoro incorruptible a custodiar*, de la cual Ignacio hace una incipiente apologética ante los judaizantes y docetistas; *Fe en Cristo inseparablemente unida a la caridad*, que juntas forman un binomio indisoluble en la vida y pensar de todo cristiano; y *Fe en Cristo orientada hacia el sacrificio*, como lo hizo en su martirio.

⁸⁷ Benedicto XVI (2007), *Audiencia general del miércoles 14 de marzo de 2007*, Ciudad del Vaticano. Disponible en internet en: www.vatican.va

1. La Fe en Cristo en las cartas de San Ignacio

Como ya se ha dicho, Ignacio no buscaba dar definiciones dogmáticas acerca de lo que es la Fe; sin embargo, se deja entrever en sus cartas que el objeto de su fe es Cristo. Cree en Él, y a Él busca unirse. En los siguientes subtítulos se profundizará en ello.

a) *Fe en el misterio de Jesucristo*

Para San Ignacio la *fe en Cristo* implica en primer lugar -haciendo un recorrido en sus cartas- tener un firme *conocimiento del contenido del Misterio de Cristo*, es decir conocer a Cristo, Hijo de Dios hecho hombre. Se trata, por tanto de una fe eminentemente cristológica: fe en Jesucristo, el Hijo de Dios, en su verdadera humanidad y divinidad; y, especialmente, en su misterio Pascual (*Fides quae*).

Es por ello que ante la presencia de posibles errores y herejías, provenientes del docetismo y de los judaizantes, se entiende la dura reacción de San Ignacio para combatirlos y alejar el peligro, instando a seguir a los destinatarios de sus cartas a permanecer fielmente en el legado doctrinal heredado de los apóstoles.

De ahí que San Ignacio afirme constantemente que es verdaderamente cristiano quien cree en Jesucristo, verdadero Dios y hombre, que padeció, murió y resucitó por nosotros y nos consiguió una nueva Vida. Y esto viene confirmado en el hecho de que en la mayoría de sus cartas San Ignacio presenta pequeñas síntesis (símbolos) de una fe cristológica sólida, clara y sencilla; fundamento vital del cristiano:

Un médico hay, sin embargo, que es carnal a par que espiritual, engendrado y no engendrado, en la carne hecho Dios, hijo de María e hijo de Dios, primero pasible y luego impasible Jesucristo nuestro Señor.⁸⁸

Porque nuestro Dios, Jesús el Cristo, fue concebido en la matriz de María según la dispensación de Dios de la simiente de David, pero también del Espíritu Santo; y nació y fue bautizado para que por su pasión pudiera purificar el agua.⁸⁹

⁸⁸ AdE VII, 2

⁸⁹ AdE VIII

Hay un solo Dios que se manifestó a través de Jesucristo su Hijo, que es su Verbo que procede del silencio, el cual en todas las cosas agradó a Aquel que le había enviado.⁹⁰

Que tengáis plena certidumbre del nacimiento, de la pasión y resurrección del Señor, acontecida bajo el gobierno de Poncio Pilato: cosas todas cumplidas de verdad y firmemente por Jesucristo, esperanza nuestra, de la que no permita Dios que ninguno de vosotros se aparte.⁹¹

Jesucristo, que era de la raza de David,, que era el Hijo de María, que verdaderamente nació y comió y bebió y fue ciertamente perseguido bajo Poncio Pilato, fue verdaderamente crucificado y murió a la vista de los que hay en el cielo y los que hay en la tierra y los que hay debajo de la tierra; el cual, además, verdaderamente resucitó de los muertos, habiéndolo resucitado el Padre, el cual, de la misma manera nos levantará a nosotros los que hemos creído en Él.⁹²

Porque Él sufrió todas estas cosas por nosotros [para que pudiéramos ser salvos]; y sufrió verdaderamente, del mismo modo que resucitó verdaderamente; no como algunos que no son creyentes dicen que sufrió en apariencia, y que ellos mismos son mera apariencia. Y según sus opiniones así les sucederá, porque son sin cuerpo y como los demonios. Porque sé y creo que Él estaba en la carne incluso después de la resurrección; y cuando Él se presentó a Pedro y su compañía, les dijo: Poned las manos sobre mí y palpadme, y ved que no soy un demonio sin cuerpo. Y al punto ellos le tocaron, y creyeron, habiéndose unido a su carne y su sangre. Por lo cual ellos despreciaron la muerte, es más, fueron hallados superiores a la muerte. Y después de su resurrección Él comió y bebió con ellos como uno que está en la carne, aunque espiritualmente estaba unido con el Padre.⁹³

Por otro lado, como deja entrever Ignacio en sus cartas, se puede decir que a partir del Misterio Pascual y en él, el cristiano haya el origen de su fe, fe en Cristo (Hijo

⁹⁰ AdM VIII

⁹¹ AdMXI

⁹² AdT IX

⁹³ AdS II - III

de Dios muerto y resucitado) que engendra una nueva vida, santa, orientada a una nueva esperanza⁹⁴:

*... por medio de su muerte –misterio que algunos niegan- obtuvimos nosotros la fe.*⁹⁵

*Pero, para mí, mi escritura fundacional es Jesucristo, la carta inviolable de su cruz, y su muerte y resurrección, y la fe que de Él nos viene; en la cual, por vuestra oración, deseo ser justificado.*⁹⁶

*Mi espíritu es cual un desecho por razón de la cruz, que es una piedra de tropiezo para los que no creen; pero para nosotros salvación y vida eterna.*⁹⁷

Finalmente, podemos decir que está fe cristológica de San Ignacio, que lleva a considerar la Pasión y muerte de Cristo, como el misterio central del cristiano, es la que penetra íntimamente el alma del santo y la que le lleva a imitar a su Señor.

b) *Fe en Cristo, como tesoro incorruptible a custodiar*

San Ignacio asume este legado de fe cristológica como responsabilidad propia; como pastor que es por su ministerio episcopal advierte la importancia vital para el cristiano el creer firmemente en Cristo y el grave peligro si se desvirtúa en error o herejía. Tener, por tanto, la fe verdadera en Cristo, asegura la comunión y la salvación propia. Es importante custodiar esta Fe en Cristo, pues quien no la guarda se pierde.

Así, expresa que “*la contienda de la fe*”⁹⁸ no le permite estar callado. Y advierte que:

*hay algunos propensos a engaño malicioso sobre el Nombre y lo propagan (...), a esos tenéis que evitarlos como si fueran fieras, porque son perros rabiosos*⁹⁹, dando a conocer el peligro que acarrea seguir el error o la herejía: “*No os llevéis a engaño, hermanos míos. Si alguno sigue a un cismático, no hereda el reino de*

⁹⁴ Aquí resuenan las palabras del Apóstol: “*Pues si hemos sido injertados en él con la semejanza de su muerte, también lo seremos con la de su resurrección*” (Rom 6,4); y “*Y si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación, vana nuestra fe*” (1Cor 15, 12)

⁹⁵ AdM IX

⁹⁶ AdF VIII

⁹⁷ AdE XVIII

⁹⁸ AdE III

⁹⁹ AdE IV

*Dios (1Cor 6,9). El que camina en sentir ajeno a la Iglesia, ése no puede tener parte en la pasión del Señor.*¹⁰⁰

Aquellos, pues, que engañan (y los que son engañados) merecerán el castigo divino:

*Los que corrompen la fe no van a heredar el reino de Dios (...), irán al fuego que nunca se apaga, y lo mismo irán los que los escuchan y hacen caso de él*¹⁰¹. Y, también, “*Los herejes entretejen a Jesucristo con sus propias especulaciones, presentándose como dignos de todo crédito, cuando son en realidad como quienes brindan un veneno mortífero diluido en vino con miel. El incauto que gustosamente se la toma, bebe en funesto placer su propia muerte.*”¹⁰²

Así se entiende, por tanto, el celo de pastor del santo obispo y de su radicalidad de permanecer en la fe y a mor a Cristo hasta llegar al martirio. De ahí que, ante las insidias de los sembradores del error interpele a permanecer firmes en la fe y a obrar según ella:

*Es apropiado que no sólo seamos llamados cristianos, sino que lo seamos.*¹⁰³

*La fe no puede hacer cosas de la infidelidad, ni la infidelidad las cosas de la fe.*¹⁰⁴

*Cuando os congregáis con frecuencia, los poderes de Satanás son abatidos; y sus asechanzas acaban en nada frente a la concordia de vuestra fe.*¹⁰⁵

c) *Fe en Cristo, inseparablemente unida a la caridad*

En la mayoría de sus cartas San Ignacio presenta a la fe unida al amor (cáritas); ambas se consolidan como un binomio inseparable en la vida de los cristianos; y expresan el camino hacia la íntima unión con Cristo y la comunión (unidad) eclesial. Por la fe en Cristo se inicia una nueva vida, la vida del amor, que consiste en vivir según y como

¹⁰⁰ AdF III, 3

¹⁰¹ AdF XVI

¹⁰² AdT VI, 2.

¹⁰³ AdM IV

¹⁰⁴ AdE VIII

¹⁰⁵ AdE XIII

Cristo, Vida de amor a Dios y a los hermanos, y que tiene como fin la unión perfecta con Cristo.

Fe y amor desvelan el misterio divino y conducen hacia Jesucristo: La fe, cristológica, sería el inicio en una nueva vida (Vida de amor a Cristo y a los hermanos) cuyo fin es el Amor. El inicio en la fe y la vida de fe –para San Ignacio- no son otra cosa que caminar en la Vida del amor:

*Ninguna de estas cosas está escondida de vuestra vista si sois perfectos en vuestra fe y amor hacia Jesucristo, porque ellas son el comienzo y fin de la vida, la fe es el comienzo y el amor el fin*¹⁰⁶.

*El amor es el camino que lleva a Dios. Así pues, todos sois compañeros en el camino, llevando a vuestro Dios y vuestro santuario, vuestro Cristo y vuestras cosas santas (...), no pongáis vuestro amor en nada que sea según la vida de los hombres, sino sólo en Dios.*¹⁰⁷

Fe y amor forman un binomio unitario inseparable en la vida de todo cristiano y hallan su fundamento en el mismo Cristo: La unión entre fe y amor, para San Ignacio, es tan real y perfecta que la compara e identifica con la unión del Cuerpo y la Sangre del Señor, o con la del cuerpo y el espíritu:

*Ruego que pueda haber en ellas (las iglesias) unión de la carne y del espíritu que es de Jesucristo, nuestra vida siempre segura: unión de fe y de amor.*¹⁰⁸

*Cubridlos de la fe que es la carne del Señor y el amor que es la sangre de Jesucristo.*¹⁰⁹

Esta última frase, escrita en la carta a los Tralianos, señala muy claramente lo que es para san Ignacio la fe y el amor (y su íntima unión) definidas a partir de la Revelación del misterio salvífico en Jesucristo: *La fe*, creer en la verdad de Jesucristo: Segunda Persona de la Santísima Trinidad, Hijo del Padre, verdadero hombre, que nació de la Virgen, padeció y murió verdaderamente; y resucitó lleno de gloria en su humanidad. Y el *Amor*, que se manifiesta luminosamente en el acto voluntario de Cristo en favor de nuestra Redención. Su sangre derramada es expresión tangible de su donación

¹⁰⁶ AdE XIV

¹⁰⁷ AdE IX

¹⁰⁸ AdM I

¹⁰⁹ AdT VIII

infinita al Padre pro hominibus. Sufre y muere por el bien del género humano, por su Salvación. Esto es el Amor, donación absoluta en favor del que se ama.

d) *Fe en Cristo orientada al sacrificio*

De esta concepción de *fe - amor* se comprende las ansias del martirio que tenía el santo, medio para seguir fielmente el ejemplo de Jesucristo y de unirse a Él. Fe que le lleva a entregarse por amor a Cristo:

Aun cuando estoy en cadenas por amor del Nombre, no he sido hecho perfecto todavía en Jesucristo¹¹⁰.

Mis cadenas, que llevo por amor a Jesucristo, os exhortan suplicando que yo pueda llegar a Dios.¹¹¹

A Aquél busco, que murió en lugar nuestro; a Aquél deseo, que se levantó de nuevo por amor a nosotros (...), permitidme recibir la luz pura, permitidme ser imitador de la pasión de mi Dios.¹¹²

Por bebida deseo su sangre, que es amor incorruptible.¹¹³

2. La Fe en Cristo en la Vida de San Ignacio

Sobre la vida de San Ignacio, tenemos dos fuentes: *El martirio de San Ignacio de Antioquía¹¹⁴* y el *Panegírico en honor de San Ignacio* de San Juan Crisóstomo. El primero, que relata principalmente su martirio adolece de cierta disparidad cronológica inicial, en cuanto que el proceso del juicio comienza en la misma Antioquía (algo inconcebible que el mismo emperador vaya a juzgar al reo), sin embargo recoge expresiones fidedignas a las cartas escritas por Ignacio y personajes que aparecen también en ellas. La segunda fuente, de San Juan Crisóstomo, peca de vaguedad y adornos retóricos en describir al personaje. El Crisóstomo era también de Antioquía y, forzosamente o no, debió conocer las cartas de San Ignacio, sin embargo en su panegírico

¹¹⁰ AdE III

¹¹¹ AdT XII

¹¹² AdR VI

¹¹³ AdR VII

¹¹⁴ Ruinart (1689): *Martyrium colbertinum*, París.

poco o casi nada cita los pasajes del obispo mártir. Todo ello quizás por la retórica que exalta a San Ignacio, dando a conocer más sus virtudes que la hazaña misma. A pesar de estas limitaciones, ambas fuentes y las cartas del mismo Ignacio nos dan a conocer de la profunda convicción de Fe que le llevo al martirio. De San Ignacio, pues, podemos decir lo siguiente:

Hombre de fe: Él se llamaba a sí mismo *Theophorós* (Portador de Dios), o también *llevado por Dios*, que lo podemos interpretar como conducido, inspirado por Dios. Su *capitán y sus archivos* será Jesucristo; su evangelio vivo y vivido el mismo Jesucristo, a quien confiará su vida.

Varón apostólico, heredero del testamento doctrinal de Pedro, Pablo y Juan, no se ahorró ningún esfuerzo para poder escribir y alentar a las demás comunidades cristianas. Él, que iba a dar firme testimonio de fe entregando su vida, alentaba a los demás a vivir la propia fe.

Doctor de la unidad en la fe y el amor; constantemente exhortara a vivir la unidad de fe y amor con Cristo y con las demás comunidades cristianas, aconsejando así el esfuerzo por la propia santidad y por la comunión eclesial.

Hombre de la esperanza, personificada en Jesucristo, verdadero Mesías para los judíos; y Salvador nuestro que murió verdaderamente y esperanza de nuestra resurrección.

Hombre de gran corazón y de profunda vida interior. Agradece emocionado la finura de la fraternidad de los primeros cristianos, que —apenas conocen su cautiverio— se prodigan con él, le proporcionan lo necesario para el viaje, se ofrecen a acompañarle y a compartir su suerte. Corren a confortarle desde las ciudades vecinas, pero son ellos quienes tornan removidos y contagiados del amor a Dios. Gracias a su intensa vida interior, San Ignacio intenta hacer el mayor bien posible en los lugares por donde pasa, abriendo a los demás el tesoro de los dones que el Espíritu Santo le ha concedido.

Santo místico, cuya alma se ve indescriptiblemente arrebatada por Cristo, y a quien parece estar más unido que al mundo mismo.

Obispo mártir, que no busca el agrado de los hombres sino el de Dios. Y el agrado no es una opinión sino la afirmación de la verdad. Su santidad y el martirio son inseparables de la Verdad. La mejor de las ocasiones para alcanzar a Dios, la santidad, es morir por él, ser santo mártir es la recta confesión de la Verdad sobre Dios. Su martirio se convierte, por

tanto en confesión de su fe y santidad alcanzada. Y por el contrario, si su fe hubiera sido débil no hubiera alcanzado la corona del martirio.

En sus cartas y su vida se refleja la santidad del obispo, que dejará una huella imborrable en los cristianos de su época y en la Iglesia para siempre: la de un santo que, como tantos otros en su época, con una fe profunda va alegre al martirio, a encontrarse con su Dios.

2.2.5. “EL TESTIMONIO DE SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA HOY”

En la actualidad, la paz religiosa sigue siendo una tarea pendiente, las guerras, las luchas de grupos fanáticos-ideológicos, el secularismo, la persecución religiosa en ciertos lugares del mundo, etc. hacen que la situación en algunas partes de la Iglesia tenga cierta similitud a la de los años de San Ignacio de Antioquía.

En el presente capítulo se tratará de destacar la importancia del vivo testimonio de fe que nos dejó el santo obispo antioqueno y que aún muestran muchos cristianos contemporáneos nuestros.

El martirio es el mayor testimonio de fe y una gran prueba, no una decisión de momento. Muchos viven una fe a su manera, otros la practican de vez en cuando, cómo responderían estas personas cuando les llegue el momento crucial del martirio. Solo una persona con un firme y conocimiento sólido de su fe puede salir victoriosa en este momento. Esto se deja traslucir en los escritos y vida de San Ignacio de Antioquía. Su fe en Cristo le dio sentido a su vida hasta llegar a entregarla.

En los siguientes apartados se abarcarán los temas que fundamenten la importancia del testimonio de San Ignacio para nosotros, fieles católicos del S. XXI.

1. El eco vivo de los Padres en la Iglesia

Podría parecer que el conocimiento de la vida y obra de San Ignacio de Antioquía, y de los demás Padres de la Iglesia, quedan desfasados y anticuados para un fiel contemporáneo porque son “otros tiempos” y otras circunstancias; sin embargo, habría que recordar que la Iglesia y la fe sigue siendo la misma, y los problemas que pueda afrontar también no son totalmente nuevos. La doctrina sigue siendo la misma y los primeros que la enseñaron fueron los Padres de la Iglesia, de ahí que siempre su voz goce

de actualidad y autoridad. Aún podemos sacarle provecho a las cartas de nuestro santo mártir profundizando en su enseñanza.

Los Padres son testigos privilegiados de la Tradición: son exponentes de la pureza de los orígenes, reflejan los primeros pasos del ordenamiento eclesial tanto en las profesiones de fe, como en la disciplina canónica y litúrgica y en la praxis catequética. Una Tradición que manifiesta su unidad dentro de la pluralidad, en la que se descubre la fidelidad a lo fundamental y la libertad ante lo accesorio y mudable.

La riqueza cultural, espiritual y apostólica de sus escritos los hace grandes maestros de la Iglesia de ayer y de hoy: formados en la cultura clásica, le imprimieron el sello cristiano; sus escritos reflejan y estimula la vitalidad y el fervor misionero de las comunidades primitivas; como pastores, siguen siendo aleccionadoras sus instrucciones y sus actuaciones, encaminadas todas a la centralidad de Cristo⁹⁰.

Ruíz Bueno, por su parte, da fundamento a esta actualidad de los Padres de la Iglesia:

Algo tienen, pues, que decir también al cristiano del siglo XX estos humildes escritos de finales del I y comienzos del II siglo de la Iglesia. Y tal vez lo más importante nos puedan decir es que la vida de la misma Iglesia –y, por ende, la de cada cristiano, miembro vivo de la Iglesia- es una vida interior, aquella vida dentro de nosotros donde está el reino de Dios. Sumergirse en estos viejos y venerables textos cristianos es casi, apropiándonos una fuerte metáfora del autor de la carta sobre los mártires de Lyon, volver al seno de nuestra Madre la Iglesia para renacer con nueva fuerza y nueva juventud del espíritu a vivir una fe, una doctrina, una moral siempre vieja y siempre joven, como el rostro mismo de la que los mismos mártires llaman tan bellamente la Virgen Madre¹¹⁵

La enseñanza de San Ignacio, por tanto sigue siendo actual, muy rica y profunda: su cristología ilustrativamente clara en cuanto a la humanidad y divinidad de Cristo, su concepción de la Iglesia como “católica” (universal), la importancia y dignidad del obispo y de la jerarquía eclesiástica, su visión del ministerio episcopal en el cual hallan valor los sacramentos, el obispo como maestro responsable de sus fieles, su misticismo acerca de la fe en Cristo como ser en Cristo, la imitación e inhabitación en Cristo.

⁹⁰ Moreno-Martínez, J.L. (2000). "Los Padres de la Iglesia en los documentos sobre la formación sacerdotal". En Reinhardt, E. (Dir.), *Tempus Implendi Promissa: homenaje al Prof. Dr. Domingo Ramos-Lissón*, (pp. 845-864). Pamplona, España: Eunsa. Disponible en: <http://dadun.unav.edu/handle/10171/20886>

¹¹⁵ Ruíz Bueno, Daniel (2002), *Padres Apostólicos y Apologistas*, Madrid, España: BAC, pp. 12 – 13.

Por todo ello, San Ignacio sigue siendo actual y su vida y doctrina también.

2. El luminoso ejemplo de un Santo de la Iglesia Primitiva

El testimonio y ejemplo de San Ignacio de Antioquía no puede quedar en el pasado; su doctrina, su testimonio de vida son aliciente en nosotros para seguir a Cristo: Obispo preocupado por la fe de sus fieles y la de las demás comunidades, escritor de recta doctrina y con una personalidad sin igual, cristiano que llevado al martirio alienta a los demás a vivir su fe sin temor a la muerte, mártir y fiel seguidor de su Señor, imitándolo hasta dar la vida por él, y un sinfín de virtudes que podríamos sacar del tesoro de la vida y doctrina de este santo obispo, patrimonio para la Iglesia de ayer, hoy y siempre.

Esto lo describe muy bien Benedicto XVI en una homilía suya en la Solemnidad de Todos los santos:

Al contemplar el luminoso ejemplo de los santos, se suscita en nosotros el gran deseo de ser como ellos, felices por vivir cerca de Dios, en su luz, en la gran familia de los amigos de Dios. (...) Ser santo significa vivir cerca de Dios, vivir en su familia. Las biografías de los santos presentan hombres y mujeres que, dóciles a los designios divinos, han afrontado a veces pruebas y sufrimientos indescriptibles, persecuciones y martirio. Han perseverado en su entrega, han pasado por la gran tribulación —se lee en el Apocalipsis— y han lavado y blanqueado sus vestiduras con la sangre del Cordero (Ap 7, 14). Sus nombres están escritos en el libro de la vida (cf. Ap 20, 12); su morada eterna es el Paraíso. El ejemplo de los santos es para nosotros un estímulo a seguir el mismo camino, a experimentar la alegría de quien se fía de Dios, porque la única verdadera causa de tristeza e infelicidad para el hombre es vivir lejos de él.¹¹⁶

3. Ignacio mártir, fiel testigo de Cristo

El Creer en Cristo, imitarlo, el testimonio martirial que nos ha dejado Ignacio es el mejor servicio prestado a los hermanos y a la sociedad, en cuanto que se testimonia en favor de la verdad con el valor de la vida. De este modo, su entrega imponía una determinada lectura política e impresionaba a quien contemplaba el espectáculo martirial,

¹¹⁶ Benedicto XVI (2006), *Homilía en la Solemnidad de todos los Santos*, Ciudad del Vaticano. Disponible en: www.vatican.va

ya que nadie puede permanecer indiferente ante el modo de afrontar la muerte. El cristiano ante el perseguidor y en la persecución no es un combatiente de la resistencia, que muere matando o con una arma en la mano; el combate del mártir marca una de las más radicales distancias del cristianismo del paganismo; el cristiano es un mártir no es un revolucionario; el mártir no ofrece resistencia porque, viviendo bajo la promesa de Cristo resucitado, está cierto que el Resucitado retornará y se establecerá un nuevo eón, una vida nueva que conlleva la más hondas de las transformaciones realizadas por la mano de Dios y no por el poder de los hombres.

El mártir, en efecto, es el testigo más auténtico de la verdad sobre la existencia. Él sabe que ha hallado en el encuentro con Jesucristo la verdad sobre su vida y nada ni nadie podrá arrebatarle jamás esta certeza. Ni el sufrimiento ni la muerte violenta lo harán apartar de la adhesión a la verdad que ha descubierto en su encuentro con Cristo. Por eso el testimonio de los mártires atrae, es aceptado, escuchado y seguido hasta en nuestros días. Ésta es la razón por la cual nos fiamos de su palabra: se percibe en ellos la evidencia de un amor que no tiene necesidad de largas argumentaciones para convencer, desde el momento en que habla a cada uno de lo que él ya percibe en su interior como verdadero y buscado desde tanto tiempo. En definitiva, el mártir suscita en nosotros una gran confianza, porque dice lo que nosotros ya sentimos y hace evidente lo que también quisiéramos tener la fuerza de expresar.¹¹⁷

4. Ser testigo de Cristo ante una cultura secularizada y hostil a la fe

San Ignacio, al ser cristiano era enemigo del Imperio. Padebió la hostilidad de los enemigos de la fe que el profesaba, sin embargo nunca desfalleció en vivir su fe y en animar a los demás a vivirla.

Esta realidad, aunque no en el mismo escenario de la persecución (en algunos lugares sí), se vuelve a repetir en la actualidad. Hoy vemos que en muchos países y ámbitos de la vida social se quiere negar al Señor o relegar la fe a la esfera privada. Existe una campaña muy agresiva y bien organizada que pretende eliminar todo signo cristiano de la vida pública. Precisamente en estas circunstancias se hace más necesario el anuncio explícito del Evangelio.

Ante esta situación hace falta fieles católicos que valoren y profundicen en su fe, y tengan la valentía de anunciarla sin miedos ni reparos, como lo exhorta San Josemaría:

¹¹⁷ Juan Pablo II (1998): *Fides et Ratio*, Lima, Perú: Ed. San Pablo. núm 32.

Hace falta cristianos verdaderos, hombres y mujeres íntegros capaces de afrontar con espíritu abierto las situaciones que la vida les depare, de servir a sus conciudadanos y de contribuir a la solución de los grandes problemas de la humanidad, de llevar el testimonio de Cristo donde se encuentren más tarde, en la sociedad¹¹⁸.

A nosotros, los cristianos, nos corresponde anunciar en estos días, a ese mundo del que somos y en el que vivimos, el mensaje antiguo y nuevo del Evangelio¹¹⁹.

2.3 Definición de Términos Básicos

➤ *Fe*

Una definición clásica de lo que es la fe es la de la Constitución Dogmática Dei Filius: “La Fe es una virtud sobrenatural mediante la cual, impulsados y ayudados por la gracia de Dios, creemos que son verdaderas las cosas divinamente reveladas por ÉL, no por la verdad intrínseca de las cosas conocidas con la luz natural de la razón, sino por la autoridad del mismo Dios que se revela, que no puede ni engañarse ni engañarnos” (D. 3008)

➤ *Experiencia de fe*

“La fe en cuanto acto de la entera persona, con todas sus facultades y fuerzas, hace posible y da lugar a la experiencia de fe que es una percepción a través de la vida de la realidad creída, de la relación única suya, por una forma plena de su estar en el mundo, con todas las consecuencias que se hecho conlleva. La experiencia cristiana se caracteriza, precisamente, por ser experiencia bajo el régimen de la fe, lo cual significa que la experiencia no va separada del asentimiento, ni puede confundirse con una vacía exaltación subjetiva.” César Izquierdo, Teología Fundamental, 2002, p. 284).

➤ *Patrología*

¹¹⁸ Escrivá de Balaguer, Josemaría (2001), *Es Cristo que Pasa*, Madrid, Rialp, núm 28

¹¹⁹ Escrivá de Balaguer, Josemaría (2001), *Es Cristo que Pasa*, Madrid, Rialp, núm 132

La Patrología es aquella parte de la historia de la literatura cristiana que trata de los autores de la antigüedad que escribieron sobre temas de Teología. Comprende tanto a los escritores ortodoxos como a los heterodoxos, aun cuando se ocupe preferentemente de los que representan la doctrina eclesiástica tradicional, es decir, de los llamados Padres y Doctores de la Iglesia.

Este término, derivado de “padre”, apareció por primera vez en la obra póstuma del teólogo protestante alemán J. Gerhard (+ 1637). Se trata de un término que surgió en un contexto apologético e indica la “búsqueda en los Padres de la Iglesia de testimonios en favor de las creencias discutidas por los reformadores y como respuesta a la llamada de la antigüedad por parte de los mismos reformadores. (Johannes Quasten, Patrología, 1962, p. 50).

➤ Padres Apostólicos

“Se llaman Padres Apostólicos los escritores cristianos del siglo I o principios del II, cuyas enseñanzas pueden considerarse como eco bastante directo de la predicación de los Apóstoles, a quienes conocieron personalmente o a través de las instrucciones de sus discípulos. En la Iglesia primitiva se desconocía enteramente la expresión “Padres Apostólicos”. Fue introducida por los eruditos del S. XVII. J.B. Cotelier agrupa bajo este nombre a cinco escritores: Bernabé, Clemente de Roma, Ignacio de Antioquía, Policarpo de Esmirna y Hermas.” (Johannes Quasten, Patrología, 1962, p. 50).

➤ Cartas Pastorales

Forma literaria que se incluye en la literatura post-apostólica, que nació en el lapso comprendido entre el año 90 y 160 DC. Esas nuevas formas respiran aún por completo el espíritu del cristianismo temprano ya que fueron compuestas por discípulos de los apóstoles o por autores próximos al tiempo apostólico ... “Los autores tratan de exponer con palabras sencillas a los fieles el significado de la salvación aparecida en Cristo y de confortarlos con la esperanza de la parusía del Señor. Exigen obedecer a los pastores de

las comunidades y ponen en guardia respecto de herejías y de cismas.” (Hubertus Drobner, Manual de Patrología, 1999, p. 68)

A veces estas cartas muestran un notable conocimiento de retórica o también altas tonalidades líricas.

➤ Martirio

Santo Tomás de Aquino en su Suma Teológica, en la Secunda secundae, en la quaestio 124, art 4 y 5 define lo que es el mártir y el martirio:

“... Mártir significa testigo de la fe cristiana, (...) Por tanto, pertenece al martirio el que el hombre dé testimonio de su fe, demostrando con sus obras que desprecia al mundo presente y visible a cambio de los bienes futuros e invisibles.”

“Como hemos visto, “mártires” es lo mismo que “testigos”, es decir, en cuanto con sus padecimientos corporales dan testimonio de la verdad hasta la muerte; no de cualquier verdad, sino de la verdad que se ajusta a la piedad (Tit 1,1), que se nos manifiesta por Cristo. De ahí que los mártires de Cristo son como testigos de su verdad. Pero se trata de la verdad de la fe, que es, por tanto la causa de todo martirio. Pero a la verdad de la fe pertenece no sólo la creencia del corazón, sino también la confesión externa, la cual se manifiesta no sólo con palabras por las que se confiesa la fe, sino también con obras por las que se demuestra la posesión de esa fe, conforme al texto de Sant 2, 18: Yo, por mis obras, te mostraré la fe... Y bajo este aspecto pueden ser causa del martirio”

➤ Testigo

1 Persona que está presente en un acto o en una acción, especialmente la que habla en un juicio para explicar los hechos que ha presenciado.

2 Persona o cosa que demuestra o atestigua la verdad o la existencia de algo.

Diccionario Manual de la Lengua Española Vox. © 2007 Larousse Editorial, S.L

El cristiano es testigo de su fe, con sus palabras y obras da a conocer la verdad que guía su vida, que es la persona de Cristo.

➤ Testimonio

1 Declaración en que se afirma o asegura alguna cosa

2 Prueba, justificación y comprobación de la certeza o existencia de una cosa:

Declaración de la verdad de un hecho que realiza una persona que ha sido testigo del mismo

El cristiano da testimonio de la verdad, de Cristo, su Dios y Señor, pues Él es el Camino, la Verdad y la Vida, que le ayuda a entender su vida y la existencia de todo lo creado: «Dar testimonio de la verdad» significa dar valor a Dios y su voluntad frente a los intereses del mundo y sus poderes. Dios es la medida del ser. En este sentido, la verdad es el verdadero «Rey» que da a todas las cosas su luz y su grandeza. Podemos decir también que dar testimonio de la verdad significa hacer legible la creación y accesible su verdad a partir de Dios, de la Razón creadora, para que dicha verdad pueda ser la medida y el criterio de orientación en el mundo del hombre; y que se haga presente también a los grandes y poderosos el poder de la verdad, el derecho común, el derecho de la verdad. (BENEDICTO XVI (2011), "Jesús de Nazaret. Desde la entrada en Jerusalén hasta la resurrección", Libreria Editrice Vaticana, Ediciones Encuentro)

➤ Mártir – testigo de cristo

También San Juan Pablo II, en su Carta Encíclica FIDES ET RATIO, define lo que es el mártir con una visión filosófica - cristiana contemplando la verdad (Cristo) y lo que hace el hombre por salvaguardarla y dar testimonio de ella:

“El mártir, en efecto, es el testigo más auténtico de la verdad sobre la existencia. Él sabe que ha hallado en el encuentro con Jesucristo la verdad sobre su vida y nada ni nadie podrá arrebatárle jamás esta certeza. Ni el sufrimiento ni la muerte violenta lo harán apartar de la adhesión a la verdad que ha descubierto en su encuentro con Cristo. Por eso

el testimonio de los mártires atrae, es aceptado, escuchado y seguido hasta en nuestros días. Ésta es la razón por la cual nos fiamos de su palabra: se percibe en ellos la evidencia de un amor que no tiene necesidad de largas argumentaciones para convencer, desde el momento en que habla a cada uno de lo que él ya percibe en su interior como verdadero y buscado desde tanto tiempo. En definitiva, el mártir suscita en nosotros una gran confianza, porque dice lo que nosotros ya sentimos y hace evidente lo que también quisiéramos tener la fuerza de expresar”. (Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, 1998, n° 32)

➤ Mártir – testimonio de fe

CCE 2473: El martirio es el supremo testimonio de la verdad de la fe; designa un testimonio que llega hasta la muerte. El mártir da testimonio de Cristo, muerto y resucitado, al cual está unido por la caridad. Da testimonio de la verdad de la fe y de la doctrina cristiana. Soporta la muerte mediante un acto de fortaleza. “Dejadme ser pasto de las fieras. Por ellas me será dado llegar a Dios” (San Ignacio de Antioquía, *Epistula ad Romanos*, 4, 1).

CAPÍTULO III: METODOLOGÍA

3.1 Tipo de Investigación

La investigación realizada es de enfoque *cualitativo*, basada en la recolección de datos no estandarizados (numéricos). Sigue un proceso de indagación documentaria y está orientado a descubrir un nuevo punto de análisis e interpretación acerca la vida y escritos del personaje que trata este trabajo de investigación, y que servirá a los fieles.

3.2 Método

El método que se empleó durante el proceso de investigación es el método cualitativo, mediante la recolección, descripción y análisis de datos.

3.3 Diseño

Siguiendo a Sampieri, Fernández y Baptista, el diseño de investigación que mejor se adecúa al problema y objetivos del trabajo es el *Diseño Narrativo* en el que se narra la vida de San Ignacio de Antioquía y analiza lo que es para él, en su vida y cartas pastorales, *Creer en Cristo*.

En los diseños narrativos el investigador recolecta datos sobre las historias de vida y experiencias de ciertas personas para describirlas y analizarlas. Resultan de interés los individuos en sí mismos y su entorno, incluyendo, desde luego, a otras personas.(...) El investigador analiza diversas cuestiones: la historia de vida, pasaje o acontecimiento(s) en sí; el ambiente (tiempo y lugar) en el cual vivió la persona o grupo, o sucedieron los hechos; las interacciones, la secuencia de eventos y los resultados. En este proceso, el investigador reconstruye la historia del individuo o la cadena de sucesos (casi siempre de manera cronológica: de los primeros hechos a los últimos), posteriormente la narra bajo su óptica y describe (sobre la base de la evidencia disponible) e identifica categorías y temas emergentes en los datos narrativo.¹²⁰

3.4 Población

Autores citados en la investigación y para conocer la situación en nuestra realidad hemos asumido 50 personas de diversas edades, encuestados entre marzo agosto y septiembre de 2016

3.5 Definición de las variables

3.5.1. Variable independiente

La fe en los escritos de san Ignacio de Antioquía: La fe es ante todo una adhesión personal del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado. En cuanto adhesión personal a Dios y asentimiento a la verdad que él ha revelado, la fe cristiana difiere de la fe en una persona humana. Es justo y bueno confiarse totalmente a Dios y creer absolutamente lo que él dice. Sería vano y errado poner una fe semejante en una criatura” (CCE 150). Para el cristiano, creer en Dios es creer en aquel que él ha enviado, Jesucristo, “su hijo amado”, en quien ha puesto toda su complacencia.

¹²⁰ R. Hernández Sampieri, C. Fernández Collado y P. Baptista Lucio (2010): Metodología de la Investigación, pp. 504 – 506, 5° Ed, McGraw-Hill, México.

La fe en cuanto acto de la entera persona, con todas sus facultades y fuerzas, hace posible y da lugar a la experiencia de fe, que puede manifestarse en diversos grados como lo hizo San Ignacio en sus escritos y su Vida.

3.5.2. Variable dependiente

La influencia en los fieles de hoy: Al contemplar el luminoso ejemplo de los santos, se suscita en nosotros el gran deseo de ser como ellos; hombres y mujeres que, dóciles a los designios divinos, han afrontado a veces pruebas y sufrimientos indescriptibles, persecuciones y martirio. El ejemplo de los santos es para nosotros un estímulo a seguir el mismo camino.

3.6 Técnicas de Recolección de Datos

Observación

De todo lo que se considera pertinente al tema, explorando los contextos, aspectos y documentación referida al tema.

Biografías e historias de vida

Fuentes de gran riqueza, en la que se ahonda en la persona, sus sentimientos, su pensamiento, el contexto y experiencias.

Documentos

Fuentes escritas que pueden ser trabajos de investigación referidos al personaje/tema o escritos personales del mismo autor al que se refiere la investigación.

Encuesta

Preguntas breves en forma escrita y oral que fueron aplicadas por el autor de la investigación.

3.7 Instrumento de Recopilación de Datos

El mismo investigador que, mediante las técnicas arriba mencionadas, recoge los datos, profundiza en los contenidos, los analiza y genera respuestas.

CAPÍTULO IV: RESULTADOS DE LA INVESTIGACIÓN

4.1 Resultados de la Investigación

El presente trabajo de investigación, sencillo en datos estadísticos (pues no es su principal fin hacer un muestreo estadístico), se fue realizando a base de una exhaustiva documentación biográfica, análisis del material bibliográfico-documentario y una breve encuesta.

En la breve encuesta habían preguntas básicas, como por ejemplo: ¿Conoces a San Ignacio de Antioquía?, ¿Sabes hasta qué punto se comprometió con su fe?, ¿Quisieras conocerlo?

Bastaba hacer la primera pregunta como para terminar la encuesta; sin embargo los encuestados me respondían ellos mismos -a modo de pregunta- la tercera interrogante: “¿quién es? *Quisiera conocerlo*”.

Este sencillo cuestionario sirvió de inicio para tomarme en serio la tarea de profundizar en la vida y doctrina de San Ignacio, ambas unidas e identificadas en su Fe, y volverlo a presentar a nuestros fieles de hoy.

El ejemplo de los santos aún despierta el interés de todo creyente: en ellos hay un ejemplo de fe y vida cristiana; y si es un mártir es un claro Testigo de la entrega total de la fe.

Más aún, en la exhaustiva investigación de todo el material bibliográfico del que disponía, he podido encontrar una riqueza doctrinal íntimamente unida a la vida de San Ignacio. Recopilando textos, analizando y desarrollando el tema de la Fe en sus cartas, puedo decir que Ignacio sigue siendo actual y de gran importancia. Es un tesoro que vale la pena volver a mostrarlo a nuestros fieles.

Con el presente trabajo de investigación he conseguido el propósito de mostrar lo que era para San Ignacio *creer en Cristo* (el valor y significado de su Fe cristiana) y hacer de él un ejemplo cercano a cualquier fiel de nuestro tiempo. Volver a rescatar su doctrina y el ejemplo de su vida.

CONCLUSIONES

- 1. La fe de San Ignacio de Antioquía, expuesta en las cartas y en su vida, es eminentemente *crisológica*.**

San Ignacio tiene como centro de su vida el misterio de Cristo, en el que cree firmemente y del cual habla en sus cartas. En ellas predica ardientemente a Cristo, Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero, que padeció, murió y resucitó. A este Cristo pretende alcanzar imitándolo en la muerte y conseguir la vida eterna.

- 2. Para San Ignacio, la fe y el amor están inseparablemente unidas.**

Fe y amor forman un binomio unitario inseparable en la vida de todo cristiano y hallan su fundamento en el mismo Cristo. Quien cree en Cristo busca estar unido a Él por el amor y esto lo expresó muy bien San Ignacio con su vida y doctrina.

- 3. Ignacio es un fiel custodio de la Fe y firme defensor de la integridad de ésta**

Varón apostólico, expone su Fe en Cristo a las otras comunidades por medio de sus cartas, advierte acerca de los peligros de aquellos que *como perros rabiosos* inducen al error o la herejía y les exhorta a mantenerse firme en la que han recibido

4. La fe de San Ignacio está orientada al martirio

Como fiel seguidor de Cristo ansía prontamente alcanzar a su Maestro por medio del suplicio del martirio. Sus cartas demuestran esta firme convicción de su fe. Tiene una fe tan firme y arraigada que le lleva a imitar a su Señor sin temer el escenario de la muerte. Si no hubiera tenido una fe sólida, hubiera decaído y desertado al martirio.

5. Ignacio expresa por primera vez en la literatura cristiana primitiva la riqueza y profundidad mística a la que el hombre de fe puede llegar.

Sobre todo en la *Cara a los Romanos*, el santo obispo deja ver los deseos más íntimos de su alma creyente y amante de Dios. Palabras como las contenidas en la carta a los Romanos no tienen par en la literatura universal; se escriben de la abundancia del corazón en uno de aquellos momentos únicos que no se repiten en la del fiel.

6. El testimonio doctrinal y martirial de San Ignacio goza de actualidad y despierta el interés de cualquier fiel.

Nadie puede quedar indiferente al modo de enfrentar la muerte como lo hizo Ignacio, ni tampoco permanecer impasible ante la profundidad del pensamiento y sentimientos expresados en las cartas de Ignacio. Su Vida y doctrina siguen siendo un baluarte para un fiel contemporáneo.

7. La consideración de la doctrina y martirio de San Ignacio ayuda al fiel católico de hoy a valorar su propia fe y fortalecerla.

Al contemplar el luminoso ejemplo de este Santo mártir, se suscita en nosotros el gran deseo de ser como él, felices por vivir cerca de Dios y poseerlo, incluso experimentando la persecución y la muerte. Su ejemplo es para nosotros un estímulo a seguir el mismo camino, a vivir la fe con un renovado y continuo esfuerzo, a experimentar la alegría de quien se fía de Dios.

SUGERENCIAS PASTORALES

1. En la Catequesis, clases y prédica, cuando se hable de la importancia de la Fe en la vida de los creyentes, poner como ejemplo a San Ignacio de Antioquía.
2. Enseñar a los fieles a valorar su fe como un tesoro que no se debe corromper ni perder. Las Cartas de San Ignacio explican perfectamente sobre cómo hay que conservar y defender nuestra Fe en Cristo.
3. Explicar a los fieles lo que es el martirio y hacerles comprender que es la mayor expresión de fe y amor que puede demostrar un cristiano
4. Volver a descubrir a los Padres Apostólicos y sus enseñanzas. Dar importancia a la lectura de los textos patrísticos. Aún tienen mucho que enseñarnos.
5. Difundir el ejemplo de San Ignacio, como ejemplo de unión entre doctrina y vida.

BIBLIOGRAFÍA

Alves De Sousa, Pío G. (1986): *Jesucristo, centro de la Escritura y tradición. Un principio hermenéutico en Ignacio de Antioquía. Biblia y hermenéutica: VII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra / edición dirigida por José María Casciaro [et al.]*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1986, pp. 625-635. Recuperado en <http://dadun.unav.edu/bitstream/10171/6129/1/PIO%20G.%20ALVES%20DE%20SOUSA.pdf>

Ayán, Juan José (1991): *Introducción, traducción y notas en: Ignacio de Antioquía - Policarpo de Esmirna - Carta de la Iglesia de Esmirna*. Madrid, España: Ed. Ciudad Nueva.

Ayán, Juan José (2000). *Padres apostólicos*. Biblioteca de Patrística, Madrid, España: Ed. Ciudad Nueva.

Benedicto XVI (2006), *Homilía en la Solemnidad de todos los Santos*, recuperado el 20 de abril de 2016 en http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2006/documents/hf_ben-xvi_hom_20061101_all-saints.html

Benedicto XVI (2007): *Catequesis sobre los Padres de la Iglesia – San Ignacio de Antioquía*. Miércoles 14 de marzo de 2007, Recuperado el 18 de abril de 2016 en www.vatican.va

Biblia Jerusalén, Descleé De Brouwer, Ed. 2009.

Congregación para La Educación Católica (1989), *Instrucción Sobre El Estudio De Los Padres De La Iglesia En La Formación Sacerdotal*, recuperado en internet el 3 de junio de 2016 en www.vatican.va

Diccionario Manual de la Lengua Española Vox. © 2007 Larousse Editorial, S.L

Drobner, Hubertus (1999): *Manual de Patrología*, Barcelona, España: Herder.

Escrivá De Balaguer, J. (2001), *Es Cristo que pasa*, Madrid, España: Ed. Rialp.

Eusebio de Cesarea (1973): *Historia Eclesiástica*, Madrid, España: BAC.

Gonzales Raeta R. (2008). *Los Padres de la Iglesia, Fascículo VI: San Ignacio de Antioquía*, recuperado el 17 de abril de 2016 en www.autorescatolicos.org/misc13/robertojgonzalesraetaPI0010.pdf

Huber, Sigfrido (1945): *Las Cartas de San Ignacio de Antioquía y de San Policarpo de Esmirna: Carta a los Efesios*, Buenos Aires, Argentina: Descleé de Brouwer.

Huber, Sigfrido (1945): *Las Cartas de San Ignacio de Antioquía y de San Policarpo de Esmirna: Carta a los Magnesios*, Buenos Aires, Argentina: Descleé de Brouwer.

Huber, Sigfrido (1945): *Las Cartas de San Ignacio de Antioquía y de San Policarpo de Esmirna: Carta a los Tralianos*, Buenos Aires, Argentina: Descleé de Brouwer.

Huber, Sigfrido (1945): *Las Cartas de San Ignacio de Antioquía y de San Policarpo de Esmirna: Carta a los Romanos*, Buenos Aires, Argentina: Descleé de Brouwer.

Huber, Sigfrido (1945): *Las Cartas de San Ignacio de Antioquía y de San Policarpo de Esmirna: Carta a los Filadelfios*, Buenos Aires, Argentina: Descleé de Brouwer.

Huber, Sigfrido (1945): *Las Cartas de San Ignacio de Antioquía y de San Policarpo de Esmirna: Carta a los Esmirnianos*, Buenos Aires, Argentina: Descleé de Brouwer.

Huber, Sigfrido (1945): *Las Cartas de San Ignacio de Antioquía y de San Policarpo de Esmirna: Carta a Policarpo*, Buenos Aires, Argentina: Descleé de Brouwer.

Ignacio De Antioquía (s.f.). En Wikipedia. En Internet el 20 de junio de 2016, https://es.wikipedia.org/wiki/Ignacio_de_Antioqu%C3%ADa

Izquierdo, César (2002): *Teología Fundamental*, 3era ed. Pamplona, España: EUNSA.

Juan Pablo II (1992), *Catecismo de la Iglesia Católica*, Ciudad del Vaticano, Editrice Vaticana.

Juan Pablo II (1998): Carta Encíclica *Fides et Ratio*, en internet el 23 de junio de 2016 en www.vatican.va

Moreno-Martínez, J. (2000): "Los Padres de la Iglesia en los documentos sobre la formación sacerdotal". En Reinhardt, E. (Dir.), *Tempus Implendi Promissa: homenaje al Prof. Dr. Domingo Ramos-Lissón*, (pp. 845-864). Pamplona, España: EUNSA.

MUÑOZ, D. (2001): *La Carta De San Ignacio De Antioquía A Los Efesios Y Su Relación Con El Evangelio Y Las Cartas De San Juan*, en internet el 13 de abril de 2016 en <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4282572.pdf>

Quasten, Johannes (2004): *Patrología I*. Madrid, España: BAC.

Ramos Lissón, Domingo. (2009), *Patrología*, 3era ed., Pamplona, España: EUNSA.

Rius – Camps, Joseph (1997), “Las Cartas Auténticas de Ignacio, el Obispo de Siria”. *Revista Catalana de Teología* 2: 31 – 149, Barcelona, España.

Ruíz, Daniel (2002): *Padres Apostólicos y Apologistas*, Madrid, España: BAC.,

Trevijano Etchevarría, R. *Patrología*, Madrid, España: BAC.

ANEXOS

Encuesta realizada a los fieles

- Agosto de 2016 –

La presente encuesta es un instrumento que me sirvió para dar inicio a este trabajo de investigación. No es el resultado definitivo de la investigación, sino instrumento con la que se inició la misma. Con preguntas muy breves se pretende tener una percepción de la variable dependiente y llegar luego a dar a conocer a San Ignacio y sus escritos.

1) ¿Conoces a San Ignacio de Antioquía?

Sí

No

2) ¿Sabes hasta qué punto se comprometió con su fe?

Sí

No

3) ¿Vives con obras tu fe cristiana?

Sí

No

4) ¿Te gustaría conocer la Vida de San Ignacio de Antioquía?

Sí

No

Mapas de Referencia



Possible route San Ignacio de Antioquía a Roma



Antigua Asia Menor

Cartas de San Ignacio de Antioquía

Carta de San Ignacio a los Efesios

Ignacio, llamado también Teóforo, a la (iglesia) que ha sido bendecida en abundancia por la plenitud de Dios el Padre, que había sido preordenada para los siglos futuros para una gloria permanente e inmutable, unida y elegida en una verdadera pasión, por la voluntad del Padre y de Jesucristo nuestro Dios; a la iglesia que está en Efeso [de Asia], digna de toda felicitación: saludos abundantes en Cristo Jesús y en (su) gozo intachable.

I. He recibido con albricias, a Dios [vuestro] bien amado nombre, que lleváis por derecho natural, [con mente recta y virtuosa], por fe y amor en Cristo Jesús nuestro Salvador: siendo imitadores de Dios, y habiendo sido encendidos vuestros corazones en la sangre de Dios, habéis cumplido perfectamente la obra que os era apropiada; por cuanto oísteis que yo había emprendido el camino desde Siria, en cadenas, por amor del Nombre y esperanza comunes, y esperaba, por medio de vuestras oraciones, luchar con éxito con las fieras en Roma, para que, habiéndolo conseguido, pudiera tener el poder de ser un discípulo, vosotros sentisteis ansia de visitarme; siendo así que en el nombre de Dios os he recibido a todos vosotros en la persona de Onésimo, cuyo amor sobrepasa toda expresión y que es además vuestro obispo [en la carne], y ruego a Dios que lo améis según Jesucristo y que todos podáis ser como él; porque bendito sea Aquel que os ha concedido en conformidad con vuestros merecimientos el tener un obispo semejante.

II. Pero, en cuanto a mi consiervo Burrhus, que por la voluntad de Dios es vuestro diácono bendecido en todas las cosas, ruego que pueda permanecer conmigo para vuestro honor y el de vuestro obispo. Sí, y Crocus también, que es digno de Dios y de vosotros, a quien he recibido como una muestra del amor que me tenéis, me ha aliviado en toda clase de maneras —y así quiera el Padre de Jesucristo vivificarle— junto con Onésimo y Burrhus y Euplus y Fronto, en los cuales os vi a todos vosotros con los ojos del amor. Es por tanto apropiado que vosotros, en todas formas, glorificuéis a Jesucristo que os ha glorificado; para que estando perfectamente unidos en una sumisión, sometiendoos a vuestro obispo y presbítero, podáis ser santificados en todas las cosas.

III. No os estoy dando órdenes, como si yo fuera alguien que pudiera hacerlo. Porque aun cuando estoy en cadenas por amor del Nombre, no he sido hecho perfecto todavía en Jesucristo. [Porque] ahora estoy empezando a ser un discípulo; y os hablo como a mis condiscípulos. Porque yo debería ser entrenado por vosotros para la contienda en fe, exhortación, persistencia y longanimidad. Pero como el amor no me permite que quede en silencio con respecto a vosotros, por tanto me atreví a exhortaros, para que corráis en armonía con la mente de Dios; pues

Jesucristo, nuestra vida inseparable, es también la mente del Padre, así como los obispos establecidos hasta los extremos de la tierra están en la mente de Jesucristo.

IV. Por lo tanto es apropiado que andéis en armonía con la mente del obispo; lo cual ya lo hacéis. Porque vuestro honorable presbiterio, que es digno de Dios, está a tono con el obispo, como si fueran las cuerdas de una lira. Por tanto, en vuestro amor concorde y armonioso se canta a Jesucristo. Y vosotros, cada uno, formáis un coro, para que estando en armonía y concordes, y tomando la nota clave de Dios, podáis cantar al unísono con una sola voz por medio de Jesucristo al Padre, para que Él pueda oíros y, reconocer por vuestras buenas obras que sois miembros de su Hijo. Por tanto os es provechoso estar en unidad intachable, a fin de que podáis ser partícipes de Dios siempre.

V. Porque si en un período tan breve tuve tal trato con vuestro obispo, que no fue a la manera de los hombres sino en el Espíritu, cuánto más os felicito de que estéis íntimamente unidos a él como la Iglesia lo está con Jesucristo y como Jesucristo lo está con el Padre, para que todas las cosas puedan estar armonizadas en unidad. Que nadie se engañe. Si alguno no está dentro del límite del altar, carece de pan [de Dios]. Porque si la oración de uno y otro tiene una fuerza tan grande, ¡cuánto más la del obispo y la de toda la Iglesia! Por lo tanto, todo el que no acude a la congregación, con ello muestra su orgullo y se ha separado él mismo; porque está escrito: Dios resiste a los soberbios. Por tanto tengamos cuidado en no resistir al obispo, para que con nuestra sumisión podamos entregarnos nosotros mismos a Dios.

VI. Y en proporción al hecho de que un hombre vea que su obispo permanece en silencio, debe reverenciarle aún más. Porque a todo aquel a quien el Amo de la casa envía para ser mayordomo de ella, debe recibírsele como si fuera el que le envió. Simplemente, pues, deberíamos considerar al obispo como al Señor mismo. Ahora bien, Onésimo, de su propia iniciativa os alaba en gran manera por vuestra conducta ordenada en Dios, porque todos vivís en conformidad con la verdad, y no hay herejía alguna que halle albergue entre vosotros; es más, ni aun escucháis a nadie si habla de otras cosas excepto lo que se refiere a Jesucristo en verdad.

VII. Porque algunos son propensos a engaño malicioso sobre el Nombre, y lo propagan y hacen ciertas cosas indignas de Dios. A éstos tenéis que evitarlos como si fueran fieras; porque son perros rabiosos, que muerden a escondidas; contra los cuales deberíais estar en guardia, porque son difíciles de sanar. Sólo hay un médico, de la carne y del espíritu, engendrado y no engendrado, Dios en el hombre, verdadera Vida en la muerte, hijo de María e Hijo de Dios, primero pasible y luego impasible: Jesucristo nuestro Señor.

VIII. Que nadie os engañe, pues, y en realidad no estáis engañados, siendo así que pertenecéis totalmente a Dios. Porque cuando no tenéis deseo carnal establecido en vosotros con poder para atormentaros, entonces vivís verdaderamente según Dios. Yo me entrego a vosotros, y me dedico como una ofrenda para vuestra iglesia, efesios, que es famosa por todos los siglos. Los que son de

la carne no pueden hacer las cosas del Espíritu, ni tampoco pueden los que son del Espíritu hacer las cosas de la carne; del mismo modo que la fe no puede hacer las cosas de la infidelidad, ni la infidelidad las cosas de la fe. Es más, incluso las cosas que hacéis según la carne son espirituales; porque hacéis todas las cosas en Jesucristo.

IX. Pero me he enterado que ciertas personas pasaron entre vosotros de lejos, trayendo mala doctrina; a las cuales no permitisteis que sembraran semilla en vosotros, porque os tapasteis los oídos, para no tener que recibir la simiente que ellos sembraban; por cuanto vosotros sois piedras de un templo, preparadas de antemano para un edificio de Dios el Padre, siendo elevadas hacia lo alto por medio del motor (instrumento) de Jesucristo, que es la Cruz, y usando como cuerda el Espíritu Santo; en tanto que la fe es vuestro cabrestante, y el amor es el camino que lleva a Dios. Así pues, todos sois compañeros en el camino, llevando a vuestro Dios y vuestro santuario, vuestro Cristo y vuestras cosas santas, adornados de pies a cabeza en los mandamientos de Jesucristo. Y a mí también, tomando parte en la festividad, se me permite por carta estar en compañía de vosotros y regocijarme con vosotros, para que no pongáis vuestro amor en nada que sea según la vida de los hombres, sino sólo en Dios.

X. Y orad sin cesar por el resto de la humanidad (los que tienen en sí esperanza de arrepentimiento) para que puedan hallar a Dios. Por tanto, dejad que tomen lecciones por lo menos de vuestras obras. Contra sus estallidos de ira sed mansos; contra sus palabras altaneras sed humildes; contra sus vilipendios presentad vuestras oraciones; contra sus errores permaneced firmes en la fe; contra sus furores sed dulces. Y no sintáis celo de imitarles desquitándoos. Mostremos que somos sus hermanos con nuestra mansedumbre; pero seamos celosos en ser imitadores del Señor, emulándonos unos a otros por ser cada uno el que sufre la mayor injusticia, el que es más defraudado, el que es más destituido, para que no quede ni una brizna del diablo entre vosotros, sino que en toda pureza y templanza permanezcáis en Jesucristo con vuestra carne y con vuestro espíritu.

XI. Estos son los últimos tiempos. Por tanto seamos reverentes; temamos la longanimidad de Dios, para que no resulte en condenación contra nosotros. Porque o bien temamos la ira que ha de venir o amemos la gracia que está presente ahora —lo uno o lo otro—; siempre y cuando seamos hallados en Cristo Jesús como nuestra vida verdadera. Que nada relumbre ante vuestros ojos, aparte de Aquel en quien llevo mis cadenas, mis perlas espirituales, en las cuales quisiera levantarme de nuevo por medio de vuestras oraciones, de las cuales sea suerte poder participar siempre, para que pueda ser hallado en la compañía de los cristianos de Éfeso, que han sido siempre unánimes con los apóstoles por medio del poder de Jesucristo.

XII. Sé quién soy y a quiénes escribo. He sido condenado, pero he recibido misericordia; estoy en peligro, pero soy fortalecido y afianzado. Vosotros sois la ruta de aquellos que están en camino para morir en Dios. Estáis asociados en los misterios con Pablo, que fue santificado, que

obtuvo un buen nombre, que es digno de todo parabién; en cuyas pisadas de buena gana quisiera estar andando, cuando llegue a Dios; el cual en cada carta hizo mención de vosotros en Cristo Jesús.

XIII. Sed, pues, diligentes en congregaros con más frecuencia para dar gracias a Dios y para su gloria. Porque cuando os congregáis con frecuencia, los poderes de Satanás son abatidos; y sus asechanzas acaban en nada frente a la concordia de vuestra fe. No hay nada mejor que la paz, en la cual toda lucha entre las cosas del cielo y las de la tierra queda abolida.

XIV. Ninguna de estas cosas está escondida de vuestra vista si sois perfectos en vuestra fe y amor hacia Jesucristo, porque ellas son el comienzo y fin de la vida —la fe es el comienzo y el amor el fin—, y las dos halladas en unidad son (de) Dios, en tanto que todas las demás cosas siguen en pos de ellas hacia la verdadera nobleza (vida santa). Ninguno que profesa tener fe peca, y ninguno que tiene amor aborrece. El árbol es manifestado por su fruto; así también los que profesan ser de Cristo se manifiestan por medio de sus acciones. Porque la Obra no es una cuestión de profesar ahora, sino que se ve cuando uno es hallado (continuando) en el poder de la fe hasta el fin.

XV. Es mejor guardar silencio y ser, que hablar y no ser. Es bueno enseñar, si el que habla lo practica. Ahora bien, hay un maestro que habló y lo que dijo sucedió; sí, e incluso las cosas que hizo en silencio son dignas del Padre. El que posee la palabra de Jesús es capaz de prestar atención a su silencio, para que pueda ser hecho perfecto; para que por medio de su palabra pueda actuar y por medio de su silencio pueda ser conocido. No hay nada escondido del Señor, sino que incluso nuestros secretos están cerca de Él. Hagamos todas las cosas considerando que Él vive en nosotros, para que podamos ser sus templos, y Él mismo pueda estar en nosotros como nuestro Dios. Esto es así, y será manifestado a nuestra vista por el amor que debidamente le tenemos a Él.

XVI. No nos engañemos, hermanos. Los que corrompen las casas (familias) no van a heredar el reino de Dios. Así pues, si a los que hacen estas cosas según la carne se les da muerte, cuánto más si un hombre, con mala doctrina, corrompe la fe de Dios por la cual Jesucristo fue crucificado. Este hombre, habiéndose corrompido a sí mismo, irá al fuego que nunca se apaga; y lo mismo irán los que le escuchan y hacen caso de él.

XVII. Por esta causa recibió el Señor unguento sobre su cabeza, para que pueda soplar (instilar) incorrupción a la Iglesia. No seáis ungidos con el mal olor de la enseñanza del príncipe de este mundo, para que no se os lleve cautivos y os robe la vida que está puesta ante vosotros. Y ¿por qué no andamos prudentemente, recibiendo el conocimiento de Dios, que es en Jesucristo? ¿Por qué perecer en nuestra locura, no haciendo caso del don de gracia que el Señor ha enviado verdaderamente?

XVIII. Mi espíritu es cual un desecho por razón de la Cruz, que es una piedra de tropiezo para los que no creen, pero para nosotros salvación y vida eterna. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el que disputa? ¿En qué se glorían los que son llamados prudentes?, Porque nuestro Dios, Jesús el Cristo, fue concebido en la matriz de María según una dispensación de la simiente de David, pero también del Espíritu Santo; y nació y fue bautizado para que por su pasión pudiera purificar el agua.

XIX. Y escondidos del príncipe de este mundo fueron la virginidad de María y el que diera a luz, y asimismo la muerte del Señor —tres misterios que deben ser proclamados—, que fueron obrados en el silencio de Dios. ¿En qué forma fueron manifestados a las edades? Brilló una estrella en el cielo por encima de todas las demás estrellas; y su luz era inefable, y su novedad causaba asombro; y todas las demás constelaciones con el sol y la luna formaron un coro alrededor de la estrella; pero la estrella brilló más que todas ellas; y hubo perplejidad sobre la procedencia de esta extraña aparición que era tan distinta de las otras. A partir de entonces toda hechicería y todo encanto quedó disuelto, la ignorancia de la maldad se desvaneció, el reino antiguo fue derribado cuando Dios apareció en la semejanza de hombre en novedad de vida eterna; y lo que había sido perfeccionado en los consejos de Dios empezó a tener efecto. Por lo que todas las cosas fueron perturbadas, porque se echó mano de la abolición de la muerte.

XX. Si Jesucristo me considerara digno por medio de vuestra oración, y fuera la voluntad divina, en un segundo tratado, que intento escribiros, os mostraré más acerca de la dispensación de la cual he empezado a hablar, con referencia al nuevo hombre Jesucristo, que consiste en fe hacia Él y en amor hacia Él, en su pasión y resurrección, especialmente si el Señor me revelara algo. Congregaos en común, cada uno de vosotros por su parte, hombre por hombre, en gracia, en una fe y en Jesucristo, el cual según la carne fue del linaje de David, que es el Hijo del Hombre y el Hijo de Dios, con miras a que podáis obedecer al obispo y al presbiterio sin distracción de mente; partiendo el pan, que es la medicina de la inmortalidad y el antídoto para que no tengamos que morir, sino vivir para siempre en Jesucristo.

XXI. siento gran afecto hacia vosotros y por los que enviasteis a Esmirna para el honor de Dios; por lo cual también os escribo con agradecimiento al Señor, y teniendo amor a Policarpo lo tengo también a vosotros. Recordadme, tal como yo deseo que Jesucristo os recuerde. Orad por la iglesia que está en Siria, desde donde soy llevado preso a Roma — yo que soy el último de los fieles allí; aunque fui considerado digno de ser hallado para el honor de Dios—. Pasadlo bien en Dios el Padre y en Jesucristo nuestra esperanza común.

Carta de San Ignacio a los Magnesianos

Ignacio, llamado también Teóforo, a la (iglesia) que ha sido bendecida por la gracia de Dios el Padre en Cristo Jesús nuestro Salvador, en quien saludo a la iglesia que está en Magnesia junto al Meandro, y le envió abundantes saluciones en Dios el Padre y en Jesucristo.

I. Cuando me enteré del superabundante buen orden de vuestro amor en los caminos de Dios, me alegré y decidí comunicarme con vosotros en la fe de Jesucristo. Porque siendo contado digno de llevar un nombre piadoso, en estas cadenas que estoy llevando, canto la alabanza de las iglesias; y ruego que pueda haber en ellas unión de la carne y del espíritu que es de Jesucristo, nuestra vida siempre segura: una unión de fe y de amor preferible a todas las cosas, y —lo que es más que todas ellas— una unión con Jesús y con el Padre; en el cual, si sufrimos con paciencia todas las asechanzas del príncipe de este mundo y escapamos de ellas, llegaremos a Dios.

II. Por cuanto, pues, me fue permitido el veros en la persona de Damas vuestro piadoso obispo y vuestros dignos presbíteros Bassus y Apolonio y mi consiervo el diácono Socio, en quien de buena gana me gozo, porque está sometido al obispo como a la gracia de Dios y al presbiterio como a la ley de Jesucristo.

III. Sí, y os corresponde a vosotros también no tomaros libertades por la juventud de vuestro obispo, sino, según el poder de Dios el Padre, rendirle toda reverencia, tal como he sabido que los santos presbíteros tampoco se han aprovechado de la evidente condición de su juventud, sino que le han tenido deferencia como prudente en Dios; no ya a él, sino al Padre de Jesucristo, a saber, el Obispo de todos. Por tanto, por el honor de Aquel que os ha deseado, es apropiado que seáis obedientes sin hipocresía. Porque un hombre no engaña a este obispo que es visible, sino que intenta engañar al otro que es invisible; y en este caso debe contar no con carne sino con Dios, que conoce las cosas escondidas.

IV. Por tanto, es apropiado que no sólo seamos llamados cristianos, sino que lo seamos; tal como algunos tienen el nombre del obispo en sus labios, pero en todo obran aparte del mismo. Estos me parece que no tienen una buena conciencia, por cuanto no se congregan debidamente según el mandamiento.

V. Siendo así que todas las cosas tienen un final, y estas dos —vida y muerte— están delante de nosotros, y cada uno debe ir a su propio lugar, puesto que sólo hay dos monedas, la una de Dios y la otra del mundo, y cada una tiene su propia estampa acuñada en ella, los no creyentes la marca del mundo, pero los fieles en amor la marca de Dios el Padre por medio de Jesucristo, si bien a menos que aceptemos libremente morir en su pasión por medio de Él, su vida no está en nosotros.

VI. Siendo así, pues, que en las personas antes mencionadas yo os contemplé a todos vosotros en fe y os abracé, os aconsejo que seáis celosos para hacer todas las cosas en buena armonía, el

obispo presidiendo a la semejanza de Dios y los presbíteros según la semejanza del concilio de los apóstoles, con los diáconos también que me son muy caros, habiéndoles sido confiado el diaconado de Jesucristo, que estaba con el Padre antes que los mundos y apareció al fin del tiempo. Por tanto, esforzaos en alcanzar conformidad con Dios y tened reverencia los unos hacia los otros; y que ninguno mire a su prójimo según la carne, sino que os améis los unos a los otros siempre en Jesucristo. Que no haya nada entre vosotros que tenga poder para dividirlos, sino permaneced unidos con el obispo y con los que presiden sobre vosotros como un ejemplo y una lección de incorruptibilidad.

VII. Por tanto, tal como el Señor no hizo nada sin el Padre, [estando unido con Él], sea por sí mismo o por medio de los apóstoles, no hagáis nada vosotros, tampoco, sin el obispo y los presbíteros. Y no intentéis pensar que nada sea bueno para vosotros aparte de los demás: sino que haya una oración en común, una suplicación, una mente, una esperanza, un amor y un gozo intachable, que es Jesucristo, pues no hay nada que sea mejor que Él. Apresuraos a congregaros, como en un solo templo, Dios; como ante un altar, Jesucristo, que vino de un Padre y está con un Padre y ha partido a un Padre.

VIII. No os dejéis seducir por doctrinas extrañas ni por fábulas anticuadas que son sin provecho. Porque si incluso en el día de hoy vivimos según la manera del Judaísmo, confesamos que no hemos recibido la gracia; porque los profetas divinos vivían según Cristo Jesús. Por esta causa también fueron perseguidos, siendo inspirados por su gracia a fin de que los que son desobedientes puedan ser plenamente persuadidos de que hay un solo Dios que se manifestó a través de Jesucristo su Hijo, que es su Verbo que procede del silencio, el cual en todas las cosas agradó a Aquel que le había enviado.

IX. Así pues, si los que habían andado en prácticas antiguas alcanzaron una nueva esperanza, sin observar ya los sábados, sino moldeando sus vidas según el día del Señor, en el cual nuestra vida ha brotado por medio de Él y por medio de su muerte que algunos niegan —un misterio por el cual nosotros obtuvimos la fe, y por esta causa resistimos con paciencia, para que podamos ser hallados discípulos de Jesucristo, nuestro solo maestro—, si es así, ¿cómo podremos vivir aparte de Él, siendo así que incluso los profetas, siendo sus discípulos, estaban esperándole como su maestro por medio del Espíritu? Y por esta causa Aquel a quien justamente esperaban, cuando vino, los levantó de los muertos.

X. Por tanto, no seamos insensibles a su bondad. Porque si Él nos imitara según nuestros hechos, estaríamos perdidos. Por esta causa, siendo así que hemos pasado a ser sus discípulos, aprendamos a vivir como conviene al Cristianismo. Porque todo el que es llamado según un nombre diferente de éste, no es de Dios. Por tanto, poned a un lado la levadura vil que se había corrompido y agriado y echad mano de la nueva levadura, que es Jesucristo. Sed salados en Él, que ninguno entre vosotros se pudra, puesto que seréis probados en vuestro sabor. Es absurdo

hablar de Jesucristo y al mismo tiempo practicar el Judaísmo. Porque el Cristianismo no creyó (se unió) en el Judaísmo, sino el Judaísmo en el Cristianismo, en el cual toda lengua que creyó fue reunida a Dios.

XI. Ahora bien, digo estas cosas, queridos, no porque haya tenido noticias de que alguno entre vosotros las piense, sino que, como siendo menos que cualquiera de vosotros, quisiera que estuvierais en guardia en todo tiempo, para que no caigáis en los lazos de la doctrina vana; sino estad plenamente persuadidos respecto al nacimiento y la pasión y la resurrección, que tuvieron lugar en el tiempo en que Poncio Pilato era gobernador; porque estas cosas fueron hechas verdadera y ciertamente por Jesucristo nuestra esperanza; de cuya esperanza ninguno de vosotros se desvíe.

XII. Dejadme que me regocije a causa de vosotros en todas las cosas, si soy digno de ello. Porque aunque me hallo en prisiones, con todo no soy comparable a ninguno de vosotros que estáis en libertad, Sé que no sois engreídos; porque tenéis a Jesucristo en vosotros. Y, cuando os alabo, sé que por ello sentís más modestia; como está escrito: El justo se acusa a sí mismo.

XIII. Que vuestra diligencia sea, pues, confirmada en las ordenanzas del Señor y de los apóstoles, para que podáis prosperar en todas las cosas que hagáis en la carne y en el espíritu, por la fe y por el amor, en el Hijo y Padre en el Espíritu, en el comienzo y en el fin, con vuestro reverenciado obispo y con la guirnalda espiritual bien trenzada de vuestro presbiterio, y con los diáconos que andan según Dios. Sed obedientes al obispo y los unos a los otros, como Jesucristo lo era al Padre [según la carne], y como los apóstoles lo eran a Cristo y al Padre, para que pueda haber unión de la carne y el espíritu.

XIV. Sabiendo que estáis llenos de Dios, os he exhortado brevemente. Recordadme en vuestras oraciones, para que yo pueda llegar a Dios; y recordad también a la iglesia que está en Siria, de la cual no soy digno de ser llamado miembro. Porque tengo necesidad de vuestra oración unida y vuestro amor en Dios, para que se le conceda a la iglesia que está en Siria el ser reavivada por el rocío de vuestra ferviente suplicación.

XV. Los efesios de Esmirna os saludan, desde donde os estoy escribiendo. Están aquí conmigo para la gloria de Dios, como también estáis vosotros; y me han confortado en todas las cosas, junto con Policarpo, obispo de los esmirneanos. Sí, y todas las otras iglesias os saludan en el honor de Jesucristo. Pasadlo bien en piadosa concordia, y poseed un espíritu firme, que es Jesucristo.

Carta de San Ignacio a los Tralianos

Ignacio, llamado también Teóforo, a la que es amada por Dios el Padre de Jesucristo; a la santa iglesia que está en Tralles de Asia, elegida y digna de Dios, teniendo paz en la carne y el espíritu por medio de la pasión de Jesucristo, que es nuestra esperanza por medio de nuestra resurrección en Él; iglesia a la cual yo saludo también en la plenitud divina según la forma apostólica, y le deseo abundantes parabienes.

I. He sabido que tenéis una mente intachable y sois firmes en la paciencia, no como hábito, sino por naturaleza, según me ha informado Polibio vuestro obispo, el cual por la voluntad de Dios y de Jesucristo me visitó en Esmirna; y así me regocijé mucho en mis prisiones en Jesucristo, que en él pude contemplar la multitud de todos vosotros. Por tanto, habiendo recibido vuestra piadosa benevolencia de sus manos, di gloria, pues he visto que sois imitadores de Dios, tal como me habían dicho.

II. Porque cuando sois obedientes al obispo como a Jesucristo, es evidente para mí que estáis viviendo no según los hombres sino según Jesucristo, el cual murió por nosotros, para que creyendo en su muerte podamos escapar de la muerte. Es necesario, por tanto, como acostumbráis hacer, que no hagáis nada sin el obispo, sino que seáis obedientes también al presbiterio, como los apóstoles de Jesucristo nuestra esperanza; porque si vivimos en Él, también seremos hallados en Él. Y, del mismo modo, los que son diáconos de los misterios de Jesucristo deben complacer a todos los hombres en todas las formas. Porque no son diáconos de carne y bebida sino siervos de la Iglesia de Dios. Es propio, pues, que se mantengan libres de culpa como si fuera fuego.

III. De la misma manera, que todos respeten a los diáconos como a Jesucristo, tal como deben respetar al obispo como tipo que es del Padre y a los presbíteros como concilio de Dios y como colegio de los apóstoles. Aparte de ellos no hay ni aun el nombre de iglesia. Y estoy persuadido que pensáis de esta forma en lo que respecta a estas cuestiones; porque he recibido la muestra de vuestro amor, y la tengo conmigo, en la persona de vuestro obispo, cuyo comportamiento es una gran lección, cuya mansedumbre es poder; un hombre a quien creo que incluso los impíos prestan reverencia. Siendo así que os amo, os trato con blandura, aunque es posible que escriba de modo más estricto en su favor; pero no creí que tuviera competencia para hacerlo, y que, siendo un reo, os dé órdenes como si fuera un apóstol.

IV. Tengo muchos pensamientos profundos en Dios; pero procuro tener mesura, no sea que perezca a causa de mi jactancia. Porque ahora debería tener más miedo y no prestar atención a los que quisieran que me enorgulleciera; porque los que me halagan son para mí como un azote. Porque aunque deseo sufrir, con todo no sé seguro si soy digno de ello: porque la envidia del diablo verdaderamente muchos no la ven, pero contra mí está librando una guerra encarnizada. Así pues, ansío ser manso, con lo cual el príncipe de este mundo es reducido a la nada.

V. ¿No soy capaz de escribiros de cosas celestiales? Pero temo que pudiera causaros daño siendo vosotros aún niños. Así que tened paciencia conmigo, para que no os atragantéis no siendo aún capaces de ingerirlas. Porque yo mismo también, a pesar de que estoy en cadenas y puedo comprender cosas celestiales y las formaciones de los ángeles y las revistas de los príncipes, cosas visibles y cosas invisibles, yo mismo, no por esta razón soy un discípulo. Porque carecemos de muchas cosas, para que no nos falte Dios.

VI. Os exhorto, pues —aunque no yo, sino el amor de Jesucristo—, que toméis sólo el alimento cristiano, y os abstengáis de forraje extraño, que es herejía; porque estos hombres incluso mezclan veneno con Jesucristo, imponiéndose a los otros con la pretensión de honradez y sinceridad, como personas que administran una porción letal con vino y miel, para que uno no lo reconozca, y no tema, y beba la muerte con un deleite fatal.

VII. Estad, pues, en guardia contra estos hombres. Y será así ciertamente si no os envanecéis y si sois inseparables de [Dios] Jesucristo y del obispo y de las ordenanzas de los apóstoles. El que está dentro del santuario es limpio; el que está fuera del santuario no es limpio; esto es, el que hace algo sin el obispo y el presbiterio y los diáconos, este hombre no tiene limpia la conciencia.

VIII. No es, realmente, que haya sabido de alguna cosa así entre vosotros, pero estoy velando sobre vosotros siempre, como amados míos, porque veo con antelación los lazos del diablo. Por tanto armaos de mansedumbre y cubriós de la fe que es la carne del Señor, y el amor que es la sangre de Jesucristo. Que ninguno tenga inquina o rencor alguno contra su prójimo. No deis ocasión a los gentiles, para que no ocurra que por algunos necios la multitud de los píos sea blasfemada; porque Ay de aquel por cuya vanidad mi nombre es blasfemado delante de algunos.

IX. Sed sordos, pues, cuando alguno os hable aparte de Jesucristo, que era de la raza de David, que era el Hijo de María, que verdaderamente nació y comió y bebió y fue ciertamente perseguido bajo Poncio Pilato, fue verdaderamente crucificado y murió a la vista de los que hay en el cielo y los que hay en la tierra y los que hay debajo de la tierra; el cual, además, verdaderamente resucitó de los muertos, habiéndolo resucitado su Padre, el cual, de la misma manera nos levantará a nosotros los que hemos creído en El —su Padre, digo, nos resucitará—, en Cristo Jesús, aparte del cual no tenemos verdadera vida.

X. Pero si fuera como ciertas personas que no son creyentes, sino impías, y dicen que Él sufrió sólo en apariencia, siendo ellos mismos mera apariencia, ¿por qué, pues, estoy yo en cadenas? Y ¿por qué también deseo enfrentarme con las fieras? Si es así, muero en vano. Verdaderamente estoy mintiendo contra el Señor.

XI. Evitad, pues, estos viles retoños que producen un fruto mortal, que si uno lo prueba, al punto muere. Porque estos hombres no son plantados por el Padre; porque si lo fueran, se vería que son ramas de la cruz, y su fruto imperecedero —la cruz por la cual El, por medio de su pasión, nos

invita, siendo sus miembros—. Ahora bien, no es posible hallar una cabeza sin miembros, siendo así que Dios promete unión, y esta unión es Él mismo.

XII. Os saludo desde Esmirna, junto con las iglesias de Dios que están presentes conmigo; hombres que me han confortado en todas formas, tanto en la carne como en el espíritu. Mis cadenas, que llevo por amor a Jesucristo, os exhortan suplicando que yo pueda llegar a Dios; permaneced en vuestra concordia y en oración los unos con los otros. Porque os conviene a cada uno de vosotros, y de modo más especial a los presbíteros, el alegrar el alma de vuestro obispo en el honor del Padre [y en el honor] de Jesucristo y de los apóstoles. Ruego que me prestéis atención en amor, para que no sea yo testimonio contra vosotros por haberos escrito estas cosas. Y rogad, también, vosotros por mí, que tengo necesidad de vuestro amor en la misericordia de Dios, para que me sea concedida la suerte que ansío alcanzar, a fin de que no sea hallado reprobado.

XIII. El amor de los esmirneanos y los efesios os saluda. Recordad en vuestras oraciones a la iglesia que está en Siria; de la cual [además] no soy digno de ser llamado miembro, siendo el último de ellos. Pasadlo bien en Jesucristo, sometiendoos al obispo como al mandamiento, y del mismo modo al presbiterio; y cada uno de vosotros ame al otro con corazón indiviso. Mi espíritu es ofrecido por vosotros, no sólo ahora, sino también cuando llegue a Dios. Porque todavía estoy en peligro; pero el Padre es fiel en Jesucristo para satisfacer mi petición y la vuestra. Que podamos ser hallados intachables en Él.

Carta de San Ignacio a los Romanos

Ignacio, que es llamado también Teóforo, a aquella que ha hallado misericordia en la benevolencia del Padre Altísimo y de Jesucristo su único Hijo; a la iglesia que es amada e iluminada por medio de la voluntad de Aquel que quiso todas las cosas que son, por la fe y el amor a Jesucristo nuestro Dios; a la que tiene la presidencia en el territorio de la región de los romanos, siendo digna de Dios, digna de honor, digna de parabienes, digna de alabanza, digna de éxito, digna en pureza, y teniendo la presidencia del amor, andando en la ley de Cristo y llevando el nombre del Padre; iglesia a la cual yo saludo en el nombre de Jesucristo el Hijo del Padre; a los que en la carne y en el espíritu están unidos a cada uno de sus mandamientos, siendo llenos de la gracia de Dios sin fluctuación, y limpiados de toda mancha extraña; saluciones abundantes en Jesucristo nuestro Dios en su intachabilidad.

I. Por cuanto como respuesta de mi oración a Dios me ha sido concedido ver vuestros rostros piadosos, de modo que he obtenido aún más de lo que había pedido; porque llevando cadenas en Cristo Jesús espero saludaros, si es la divina voluntad que sea contado digno de llegar hasta el fin; porque el comienzo ciertamente está bien ordenado, si es que alcanzo la meta, para que pueda recibir mi herencia sin obstáculo. Porque temo vuestro mismo amor, que no me cause daño; porque a vosotros os es fácil hacer lo que queréis, pero para mí es difícil alcanzar a Dios, a menos que seáis clementes conmigo.

II. Porque no quisiera que procurarais agradar a los hombres, sino a Dios, como en realidad le agradáis. Porque no voy a tener una oportunidad como ésta para llegar a Dios, ni vosotros, si permanecéis en silencio, podéis obtener crédito por ninguna obra más noble. Porque si permanecéis en silencio y me dejáis solo, soy una palabra de Dios; pero si deseáis mi carne, entonces nuevamente seré un mero grito (tendré que correr mi carrera). [Es más], no me concedáis otra cosa que el que sea derramado como una libación a Dios en tanto que hay el altar preparado; para que formando vosotros un coro en amor, podáis cantar al Padre en Jesucristo, porque Dios ha concedido que (yo) el obispo de Siria se halle en el Occidente, habiéndolo llamado desde el Oriente. Es bueno para mí emprender la marcha desde el mundo hacia Dios, para que pueda elevarme a Él.

III. Nunca habéis recibido a nadie de mala gana; fuisteis los instructores de otros. Y mi deseo es que las lecciones que impartís como maestros las confirméis. Rogad, sólo, que yo tenga poder por dentro y por fuera, de modo que no sólo pueda decirlo, sino también desearlo; que pueda no sólo ser llamado cristiano, sino que lo sea de veras. Porque si resulto serlo, entonces puedo ser tenido como tal, y considerado fiel, cuando ya no sea visible al mundo. Nada visible es bueno. Porque Dios nuestro Dios Jesucristo, estando en el Padre, es el que es más fácilmente manifestado. La

obra no es ya de persuasión, sino que el Cristianismo es una cosa de poder, siempre que sea aborrecido por el mundo.

IV. Escribo a todas las iglesias, y hago saber a todos que de mi propio libre albedrío muero por Dios, a menos que vosotros me lo estorbéis. Os exhorto, pues, que no uséis de una bondad fuera de sazón. Dejadme que sea entregado a las fieras puesto que por ellas puedo llegar a Dios. Soy el trigo de Dios, y soy molido por las dentelladas de las fieras, para que pueda ser hallado pan puro [de Cristo]. Antes atraed a las fieras, para que puedan ser mi sepulcro, y que no deje parte alguna de mi cuerpo detrás, y así, cuando pase a dormir, no seré una carga para nadie. Entonces seré verdaderamente un discípulo de Jesucristo, cuando el mundo ya no pueda ver mi cuerpo. Rogad al Señor por mí, para que por medio de estos instrumentos pueda ser hallado un sacrificio para Dios. No os mando nada, cosa que hicieron Pedro y Pablo. Ellos eran apóstoles, yo soy un reo; ellos eran libres, pero yo soy un esclavo en este mismo momento. Con todo, cuando sufra, entonces seré un hombre libre de Jesucristo, y seré levantado libre en Él. Ahora estoy aprendiendo en mis cadenas a descartar toda clase de deseo.

V. Desde Siria hasta Roma he venido luchando con las fieras, por tierra y por mar, de día y de noche, viniendo atado entre diez leopardos, o sea, una compañía de soldados, los cuales, cuanto más amablemente se les trata, peor se comportan. Sin embargo, con sus maltratos paso a ser de modo más completo un discípulo; pese a todo, no por ello soy justificado. Que pueda tener el gozo de las fieras que han sido preparadas para mí; y oro para que pueda hallarlas pronto; es más, voy a atraerlas para que puedan devorarme presto, no como han hecho con algunos, a los que han rehusado tocar por temor. Así, si es que por sí mismas no están dispuestas cuando yo lo estoy, yo mismo voy a forzarlas. Tened paciencia conmigo. Sé lo que me conviene. Ahora estoy empezando a ser un discípulo. Que ninguna de las cosas visibles e invisibles sientan envidia de mí por alcanzar a Jesucristo. Que vengan el fuego, y la cruz, y los encuentros con las fieras [dentelladas y magullamientos], huesos dislocados, miembros cercenados, el cuerpo entero triturado, vengan las torturas crueles del diablo a asaltarme. Siempre y cuando pueda llegar a Jesucristo.

VI. Los confines más alejados del universo no me servirán de nada, ni tampoco los reinos de este mundo. Es bueno para mí el morir por Jesucristo, más bien que reinar sobre los extremos más alejados de la tierra. A Aquél busco, que murió en lugar nuestro; a Aquél deseo, que se levantó de nuevo [por amor a nosotros]. Los dolores de un nuevo nacimiento son sobre mí. Tened paciencia conmigo, hermanos. No me impidáis el vivir; no deseéis mi muerte. No concedáis al mundo a uno que desea ser de Dios, ni le seduzcáis con cosas materiales. Permitidme recibir la luz pura. Cuando llegue allí, entonces seré un hombre. Permitidme ser un imitador de la pasión de mi Dios. Si alguno le tiene a Él consigo, que entienda lo que deseo, y que sienta lo mismo que yo, porque conoce las cosas que me están estrechando.

VII. El príncipe de este mundo de buena gana me despedazaría y corrompería mi mente que mira a Dios. Que ninguno de vosotros que estéis cerca, pues, le ayude. Al contrario, poneos de mi lado, esto es, del lado de Dios. No habléis de Jesucristo y a pesar de ello deseéis el mundo. Que no haya envidia en vosotros. Aun cuando yo mismo, cuando esté con vosotros, os ruegue, no me obedezcáis; sino más bien haced caso de las cosas que os he escrito. [Porque] os estoy escribiendo en plena vida, deseando, con todo, la muerte. Mis deseos personales han sido crucificados, y no hay fuego de anhelo material alguno en mí, sino sólo agua viva que habla dentro de mí, diciéndome: Ven al Padre. No tengo deleite en el alimento de la corrupción o en los deleites de esta vida. Deseo el pan de Dios, que es la carne de Cristo, que era del linaje de David; y por bebida deseo su sangre, que es amor incorruptible.

VIII. Ya no deseo vivir según la manera de los hombres; y así será si vosotros lo deseáis. Deseadlo, pues, y que vosotros también seáis deseados (y así vuestros deseos serán cumplidos). En una breve carta os lo ruego; creedme. Y Jesucristo os hará manifiestas estas cosas (para que sepáis) que yo digo la verdad —Jesucristo, la boca infalible por la que el Padre ha hablado [verdaderamente]—. Rogad por mí, para que pueda llegar [por medio del Espíritu Santo]. No os escribo según la carne, sino según la mente de Dios. Si sufro, habrá sido vuestro (buen) deseo; si soy rechazado, habrá sido vuestro aborrecimiento.

IX. Recordad en vuestras oraciones a la iglesia que está en Siria, que tiene a Dios como su pastor en lugar mío. Jesucristo sólo será su obispo —El y vuestro amor—. Pero en cuanto a mí, me avergüenzo de ser llamado uno de ellos; porque ni soy digno, siendo como soy el último de todos ellos y nacido fuera de sazón; pero he hallado misericordia para que sea alguien si es que llego a Dios. Mi espíritu os saluda, y el amor de las iglesias que me han recibido en el nombre de Jesucristo, no como mero transeúnte: porque incluso aquellas iglesias que no se hallan en mi ruta según la carne vinieron a verme de ciudad en ciudad.

X. Ahora os escribo estas cosas desde Esmirna por mano de los efesios, que son dignos de todo parabién. Y Crocus también, un nombre que me es muy querido, está conmigo, y muchos otros también.

Por lo que se refiere a los que fueron antes que yo de Siria a Roma para la gloria de Dios, creo que ya habéis recibido instrucciones; hacedles saber que estoy cerca; porque ellos son todos dignos de Dios y de vosotros, y es bueno que renovéis su vigor en todas las cosas. Estas cosas os escribo el día 9º antes de las calendas de septiembre. Pasadlo bien hasta el fin en la paciente espera de Jesucristo.

Carta de San Ignacio a los Filadelfios

Ignacio, llamado también Teóforo, a la iglesia de Dios el Padre y de Jesucristo, que está en Filadelfia de Asia, que ha hallado misericordia y está firmemente afianzada en la concordia de Dios y se regocija en la pasión de nuestro Señor y en su resurrección sin vacilar, estando plenamente provista de toda misericordia; iglesia a la cual saludo en la sangre de Jesucristo, que es gozo eterno y permanente; más especialmente si son unánimes con el obispo y los presbíteros que están con él, y con los diáconos que han sido nombrados en conformidad con la mente de Jesucristo, a los cuales Él de su propia voluntad ha confirmado y afianzado en su Santo Espíritu.

I. He hallado que este obispo vuestro ostenta el ministerio que pertenece al bienestar común, no por sí mismo o por medio de hombres, ni para vanagloria, sino en el amor de Dios y el Padre y el Señor Jesucristo. Estoy maravillado de su longanimidad; cuyo silencio es más poderoso que el hablar de los otros. Porque está en consonancia y armonía con los mandamientos como una lira con sus cuerdas. Por lo cual mi alma bendice su mente piadosa, porque he visto que es virtuoso y perfecto—incluso su temperamento calmado y sereno, viviendo en toda tolerancia de piedad—.

II. Como hijos, pues, [de la luz] de la verdad, evitad las divisiones y las doctrinas falsas; y allí donde está el pastor, seguidle como ovejas. Porque muchos lobos engañosos con deleites fatales se llevan cautivos a los que corren en la carrera de Dios; pero, cuando estéis unidos, no hallarán oportunidades.

III. Absteneos de las plantas nocivas, que no son cultivadas por Jesucristo, porque no son plantadas por el Padre. No que haya hallado divisiones entre vosotros, pero sí filtración. Porque todos los que son de Dios y de Jesucristo están con los obispos; y todos los que se arrepientan y entren en la unidad de la Iglesia, éstos también serán de Dios, para que puedan vivir según Jesucristo. No os dejéis engañar, hermanos míos. Si alguno sigue a otro que hace un cisma, no heredará el reino de Dios. Si alguno anda en doctrina extraña, no tiene comunión con la pasión.

IV. Sed cuidadosos, pues, observando una eucaristía (porque hay una carne de nuestro Señor Jesucristo y una copa en unión en su sangre; hay un altar, y hay un obispo, junto con el presbiterio y los diáconos mis consiervos), para que todo lo que hagáis sea según Dios.

V. Hermanos míos, mi corazón rebosa de amor hacia vosotros; y regocijándome sobremanera velo por vuestra seguridad; con todo, no soy yo, sino Jesucristo; y el llevar sus cadenas aún me produce más temor, por cuanto aún no he sido perfeccionado. Pero vuestras oraciones me harán perfecto [hacia Dios], refugiándome en el Evangelio como la carne de Jesús, y en los apóstoles como el presbiterio de la Iglesia. Sí, y amamos a los profetas también, porque nos señalaron el Evangelio en su predicación y ponían su esperanza en Él y le aguardaban; y teniendo fe en Él fueron salvados en la unidad de Jesucristo, siendo dignos de todo amor y admiración como

hombres santos, aprobados por Jesucristo y contados juntos en el Evangelio de nuestra esperanza común.

VI. Pero si alguno propone el Judaísmo entre vosotros no le escuchéis, porque es mejor escuchar el Cristianismo de uno que es circuncidado que escuchar el Judaísmo de uno que es incircunciso. Pero si tanto el uno como el otro no os hablan de Jesucristo, yo los tengo como lápidas de cementerio y tumbas de muertos, en las cuales están escritos sólo los nombres de los hombres. Evitad, pues, las artes malvadas y las intrigas del príncipe de este mundo, no suceda que seáis destruidos con sus ardides y os debilitéis en vuestro amor. Sino congregaos en asamblea con un corazón indiviso. Y doy gracias a mi Dios que tengo buena conciencia de mis tratos con vosotros, y nadie puede jactarse, sea en secreto o en público, de que yo haya impuesto carga para ninguno, sea en cosas pequeñas o grandes. Sí, y ruego a Dios, para todos aquellos a quienes haya hablado, que no transformen mis palabras en testimonio en contra de ellos mismos.

VII. Porque aun cuando ciertas personas han deseado engañarme según la carne, con todo, el espíritu no es engañado, siendo de Dios; porque sabe de dónde viene y adónde va, y escudriña las cosas escondidas. Porque, cuando estuve entre vosotros, clamé, hablé en voz alta, con la voz propia de Dios: Prestad atención al obispo y al presbiterio y a los diáconos. Pese a ello, había algunos que sospechaban que yo decía esto porque conocía de antemano la división de algunas personas. Pero Aquel por quien estoy atado me es testigo de que no lo supe por medio de carne de hombre; fue la predicación del Espíritu que hablaba de esta forma: No hagáis nada sin el obispo; mantened vuestra carne como un templo de Dios; amad la unión; evitad las divisiones; sed imitadores de Jesucristo como Él mismo lo era de su Padre.

VIII. Yo hice, pues, mi parte, como un hombre amante de la unión. Pero allí donde hay división e ira, allí no reside Dios. Ahora bien, el Señor perdona a todos los hombres cuando se arrepienten, si al arrepentirse regresan a la unidad de Dios y al concilio del obispo. Tengo fe en la gracia de Jesucristo, que os librá de toda atadura; y os ruego que no hagáis nada en espíritu de facción, sino según la enseñanza de Cristo. Porque he oído a ciertas personas que decían: Si no lo encuentro en las escrituras fundacionales (antiguas), no creo que esté en el Evangelio. Y cuando les dije: Está escrito, me contestaron: Esto hay que probarlo. Pero, para mí, mi escritura fundacional es Jesucristo, la carta inviolable de su cruz, y su muerte, y su resurrección, y la fe por medio de Él; en la cual deseo ser justificado por medio de vuestras oraciones.

IX. Los sacerdotes también eran buenos, pero mejor es el Sumo Sacerdote al cual se encomienda el lugar santísimo; porque sólo a El son encomendadas las cosas escondidas de Dios; siendo Él mismo la puerta del Padre, por la cual entraron Abraham e Isaac y Jacob, y los profetas y los apóstoles y toda la Iglesia; y todas estas cosas se combinan en la unidad de Dios. Pero el Evangelio tiene una preeminencia singular en el advenimiento del Salvador, a saber, nuestro Señor Jesucristo, y su pasión y resurrección. Porque los amados profetas en su predicación le

señalaban a Él; pero el Evangelio es el cumplimiento y perfección de la inmortalidad. Todas las cosas juntas son buenas si creéis por medio del amor.

X. Siendo así que, en respuesta a vuestra oración y a la tierna simpatía que tenéis en Jesucristo, se me ha dicho que la iglesia que está en Antioquía de Siria tiene paz, os corresponde, como iglesia de Dios, el designar a un diácono que vaya allí como embajador de Dios, para que pueda darles el parabién cuando se congreguen y puedan glorificar el Nombre. Bienaventurado en Jesucristo es el que será considerado digno de este servicio; y vosotros seréis glorificados. Ahora, pues, si lo deseáis, no os será imposible hacer esto por el nombre de Dios; tal como las iglesias que están más cerca han enviado obispos, y otras presbíteros y diáconos.

XI. Pero, por lo que se refiere a Filón, el diácono de Cilicia, un hombre de buen nombre, que ahora también me sirve a mí en el nombre de Dios, junto con Rhaius Agathopus, uno de los elegidos que me sigue desde Siria, que se ha despedido de esta vida presente; éstos dan testimonio en favor vuestro —y yo mismo doy gracias a Dios por causa de vosotros, porque los recibisteis, como confío que el Señor os recibirá a vosotros—. Pero que los que los han tratado con desprecio sean redimidos (perdonados) por la gracia de Jesucristo. El amor de los hermanos que están en Troas os saluda; desde donde yo también os escribo por mano de Burrhus, que fue enviado conmigo por los efesios y los esmirneanos como marca de honor. El Señor los honrará, a saber, Jesucristo, en quien está puesta su esperanza en la carne, el alma y el espíritu, por la fe, el amor y la concordia. Pasadlo bien en Cristo Jesús, nuestra común esperanza.

Carta de San Ignacio a los Esmirniotas

Ignacio, llamado también Teóforo, a la iglesia de Dios el Padre y de Jesucristo el Amado, que ha sido dotada misericordiosamente de toda gracia, y llena de fe y amor y no careciendo de ninguna gracia, reverente y ostentando santos tesoros; a la iglesia que está en Esmirna, en Asia, en un espíritu intachable y en la palabra de Dios, abundantes saluciones.

I. Doy gloria a Jesucristo el Dios que os concede tal sabiduría; porque he percibido que estáis afianzados en fe inamovible, como si estuvierais clavados a la cruz del Señor Jesucristo, en carne y en espíritu, y firmemente arraigados en amor en la sangre de Cristo, plenamente persuadidos por lo que se refiere a nuestro Señor que Él es verdaderamente del linaje de David según la carne, pero Hijo de Dios por la voluntad y poder divinos, verdaderamente nacido de una virgen y bautizado por Juan para que se cumpliera en Él toda justicia, verdaderamente clavado en cruz en la carne por amor a nosotros bajo Poncio Pilato y Herodes el Tetrarca (del cual somos fruto, esto es, su más bienaventurada pasión); para que Él pueda alzar un estandarte para todas las edades por medio de su resurrección, para sus santos y sus fieles, tanto si son judíos como gentiles, en el cuerpo único de su Iglesia.

II. Porque Él sufrió todas estas cosas por nosotros [para que pudiéramos ser salvos]; y sufrió verdaderamente, del mismo modo que resucitó verdaderamente; no como algunos que no son creyentes dicen que sufrió en apariencia, y que ellos mismos son mera apariencia. Y según sus opiniones así les sucederá, porque son sin cuerpo y como los demonios.

III. Porque sé y creo que Él estaba en la carne incluso después de la resurrección; y cuando Él se presentó a Pedro y su compañía, les dijo: Poned las manos sobre mí y palpadme, y ved que no soy un demonio sin cuerpo. Y al punto ellos le tocaron, y creyeron, habiéndose unido a su carne y su sangre. Por lo cual ellos despreciaron la muerte, es más, fueron hallados superiores a la muerte. Y después de su resurrección Él comió y bebió con ellos como uno que está en la carne, aunque espiritualmente estaba unido con el Padre.

IV. Pero os amonesto de estas cosas, queridos, sabiendo que pensáis lo mismo que yo. No obstante, estoy velando siempre sobre vosotros para protegeros de las fieras en forma humana — hombres a quienes no sólo no deberíais recibir, sino, si fuera posible, ni tan sólo tener tratos [con ellos]; sólo orar por ellos, por si acaso se pueden arrepentir—. Esto, verdaderamente, es difícil, pero Jesucristo, nuestra verdadera vida, tiene poder para hacerlo. Porque si estas cosas fueron hechas por nuestro Señor sólo en apariencia, entonces yo también soy un preso en apariencia. Y ¿por qué, pues, me he entregado a mí mismo a la muerte, al fuego, a la espada, a las fieras? Pero cerca de la espada, cerca de Dios; en compañía de las fieras, en compañía de Dios. Sólo que sea en el nombre de Jesucristo, de modo que podamos sufrir juntamente con Él. Sufro todas las cosas puesto que Él me capacita para ello, el cual es el Hombre perfecto.

V. Pero ciertas personas, por ignorancia, le niegan, o más bien han sido negadas por Él, siendo abogados de muerte en vez de serlo de la verdad; y ellos no han sido persuadidos por las profecías ni por la ley de Moisés, ni aun en esta misma hora por el Evangelio, ni por los sufrimientos de cada uno de nosotros; porque ellos piensan también lo mismo con respecto a nosotros. Porque, ¿qué beneficio me produce [a mí] si un hombre me alaba pero blasfema de mi Señor, no confesando que Él estaba en la carne? Pero el que no lo afirma, con ello le niega por completo y él mismo es portador de un cadáver. Pero sus nombres, siendo incrédulos, no considero apropiado registrarlos por escrito; es más, lejos esté de mí el recordarlos, hasta que se arrepientan y regresen a la pasión, que es nuestra resurrección.

VI. Que ninguno os engañe. Incluso a los seres celestiales y a los ángeles gloriosos y a los gobernantes visibles e invisibles, si no creen en la sangre de Cristo [que es Dios], les aguarda también el juicio. El que recibe, que reciba. Que los cargos no envanezcan a ninguno, porque la fe y el amor lo son todo en todos, y nada tiene preferencia antes que ellos. Pero observad bien a los que sostienen doctrina extraña respecto a la gracia de Jesucristo que vino a vosotros, que éstos son contrarios a la mente de Dios. No les importa el amor, ni la viuda, ni el huérfano, ni el afligido, ni el preso, ni el hambriento o el sediento. Se abstienen de la eucaristía (acción de gracias) y de la oración, porque ellos no admiten que la eucaristía sea la carne de nuestro Salvador Jesucristo, cuya carne sufrió por nuestros pecados, y a quien el Padre resucitó por su bondad.

VII. Así pues, los que contradicen el buen don de Dios perecen por ponerlo en duda. Pero sería conveniente que tuvieran amor, para que también pudieran resucitar. Es, pues, apropiado, que os abstengáis de los tales, y no les habléis en privado o en público; sino que prestéis atención a los profetas, y especialmente al Evangelio, en el cual se nos muestra la pasión y es realizada la resurrección.

VIII. [Pero] evitad las divisiones, como el comienzo de los males. Seguid todos a vuestro obispo, como Jesucristo siguió al Padre, y al presbiterio como los apóstoles; y respetad a los diáconos, como el mandamiento de Dios. Que nadie haga nada perteneciente a la Iglesia al margen del obispo. Considerad como eucaristía válida la que tiene lugar bajo el obispo o bajo uno a quien él la haya encomendado. Allí donde aparezca el obispo, allí debe estar el pueblo; tal como allí donde está Jesús, allí está la iglesia universal. No es legítimo, aparte del obispo, ni bautizar ni celebrar una fiesta de amor; pero todo lo que él aprueba, esto es agradable también a Dios; que todo lo que hagáis sea seguro y válido.

IX. Es razonable, pues, que velemos y seamos sobrios, en tanto que tengamos [todavía] tiempo para arrepentimos y volvemos a Dios. Es bueno reconocer a Dios y al obispo. El que honra al obispo es honrado por Dios; el que hace algo sin el conocimiento del obispo rinde servicio al diablo. Que todas las cosas, pues, abunden para vosotros en gracia, porque sois dignos.

Vosotros fuisteis para mí un refrigerio en todas las cosas; que Jesucristo lo sea para vosotros. En mi ausencia y en mi presencia me amasteis. Que Dios os recompense; por amor al cual sufro todas las cosas, para que pueda alcanzarle.

X. Hicisteis bien en recibir a Filón y a Rhaius Agathopus, que me siguieron en la causa de Dios como ministros de [Cristo] Dios; los cuales también dan gracias al Señor por vosotros, porque les disteis refrigerio en toda forma. No se perderá nada para vosotros. Mi espíritu os es devoto, y también mis ataduras, que no despreciasteis ni os avergonzasteis de ellas. Ni tampoco Él, que es la fidelidad perfecta, se avergonzará de vosotros, a saber, Jesucristo.

XI. Vuestra oración llegó a la iglesia que está en Antioquía de Siria; de donde, viniendo como preso en lazos de piedad, saludo a todos los hombres, aunque yo no soy digno de pertenecer a ella, siendo el último de ellos. Por la voluntad divina esto me fue concedido, no que yo contribuyera a ello, sino por la gracia de Dios, que ruego pueda serme dada de modo perfecto, para que por medio de vuestras oraciones pueda llegar a Dios. Por tanto, para que vuestra obra pueda ser perfeccionada tanto en la tierra como en el cielo, es conveniente que vuestra iglesia designe, para el honor de Dios, un embajador de Dios que vaya hasta Siria y les dé el parabién porque están en paz, y han recobrado la estatura que les es propia, y se les ha restaurado a la dimensión adecuada. Me parece apropiado, pues, que enviéis a alguno de los vuestros con una carta, para que pueda unirse a ellos dando gloria por la calma que les ha llegado, por la gracia de Dios, y porque han llegado a un asilo de paz por medio de vuestras oraciones. Siendo así que sois perfectos, que vuestros consejos sean también perfectos; porque si deseáis hacer bien, Dios está dispuesto a conceder los medios.

XII. El amor de los hermanos que están en Troas os saluda; de donde también os escribo por la mano de Burrhus, a quien enviasteis vosotros a mí juntamente con los efesios vuestros hermanos. Burrhus ha sido para mí un refrigerio en todas formas. Quisiera que todos le imitaran, porque es un ejemplo del ministerio de Dios. La gracia divina le recompense en todas las cosas. Os saluda. Saludo a vuestro piadoso obispo y a vuestro venerable presbiterio [y] a mis consiervos los diáconos, y a todos y cada uno y en un cuerpo, en el nombre de Jesucristo, y en su carne y sangre, en su pasión y resurrección, que fue a la vez carnal y espiritual, en la unidad de Dios y de vosotros. Gracias a vosotros, misericordia, paz, paciencia, siempre.

XIII. Saludo a las casas de mis hermanos con sus esposas e hijos, y a las vírgenes que son llamadas viudas. Os doy la despedida en el poder del Padre. Filón, que está conmigo, os saluda. Saludo a la casa de Gavia, y ruego que esté firme en la fe y el amor tanto de la carne como del espíritu. Saludo a Alce, un nombre que me es querido, y a Daphnus el incomparable, y a Eutecnus, y a todos por su nombre. Pasadlo bien en la gracia de Dios.

Carta de San Ignacio a Policarpo

Ignacio, llamado también Teóforo, a Policarpo, que es obispo de la iglesia de Esmirna, o más bien que tiene por su obispo a Dios el Padre y a Jesucristo, saludos en abundancia.

I. Dando la bienvenida a tu mente piadosa que está afianzada como si fuera en una roca inconvencible, doy gloria sobremanera de que me haya sido concedido ver tu faz intachable, por la cual tengo gran gozo en Dios. Te exhorto por la gracia de la cual estás revestido que sigas adelante en tu curso y en exhortar a todos los hombres para que puedan ser salvos. Reivindica tu cargo con toda diligencia de carne y de espíritu. Procura que haya unión, pues no hay nada mejor que ella. Soporta a todos, como el Señor te soporta. Toléralo todo con amor, tal como haces. Entrégate a oraciones incesantes. Pide mayor sabiduría de la que ya tienes. Sé vigilante, y evita que tu espíritu se adormile. Habla a cada hombre según la manera de Dios. Sobrelleva las dolencias de todos, como un atleta perfecto. Allí donde hay más labor, hay mucha ganancia.

II. Si amas a los entendidos, esto no es nada que haya que agradecerse. Más bien somete a los más impertinentes por medio de la mansedumbre. No todas las heridas son sanadas por el mismo unguento. Suaviza los dolores agudos con fomentos. Sé prudente como la serpiente en todas las cosas e inocente siempre como la paloma. Por esto estás hecho de carne y espíritu, para que puedas desempeñar bien las cosas que aparecen ante tus ojos; y en cuanto a las cosas invisibles, ruega que te sean reveladas, para que no carezcas de nada, sino que puedas abundar en todo don espiritual. Los tiempos te lo requieren, como los pilotos requieren vientos, o un marino zarandeado por la tormenta (busca) un asilo, para poder llegar a Dios. Sé sobrio, como atleta de Dios. El premio es la incorrupción y la vida eterna, con respecto a la cual ya estás persuadido. En todas las cosas te soy afecto, yo y mis cadenas, que tú estimaste.

III. No te desmayes por los que parecen ser dignos de crédito y, pese a todo, enseñan doctrina extraña. Mantente firme como un yunque cuando lo golpean. A un gran atleta le corresponde recibir golpes y triunfar. Pero por amor de Dios hemos de soportar todas las cosas, para que El nos soporte a nosotros. Sé, pues, más diligente de lo que eres. Marca las estaciones. Espera en Aquel que está por encima de toda estación, el Eterno, el Invisible, que se hizo visible por amor a nosotros, el Impalpable, el Impasible, que sufrió por amor a nosotros, que sufrió en todas formas por amor a nosotros.

IV. Que no se descuide a las viudas. Después del Señor sé tú su protector. Que no se haga nada sin tu consentimiento; ni hagas nada tú sin el consentimiento de Dios, como no lo haces. Mantente firme. Que se celebren reuniones con más frecuencia. Dirígete a todos por su nombre. No desprecies a los esclavos, sean hombres o mujeres. Pero no permitas que éstos se engrían, sino que sirvan más fielmente para la gloria de Dios, para que puedan obtener una libertad mejor de Dios. Que no deseen ser puestos en libertad a expensas del pueblo, para que no sean hallados esclavos de su (propia) codicia.

V. Evita las malas artes, o más bien evita incluso la conversación o plática sobre ellas. Di a mis hermanas que amen al Señor y estén contentas con sus maridos en la carne y en el espíritu. De la misma manera encargo a mis hermanos en el nombre de Jesucristo que amen a sus esposas, como el Señor amó a la Iglesia. Si alguno puede permanecer en castidad para honrar la carne del Señor, que lo haga sin jactarse. Si se jacta, está perdido; y si llega a ser conocido más que el obispo, está contaminado. Es apropiado que todos los hombres y mujeres, también, cuando se casan, se unan con el consentimiento del obispo, para que el matrimonio sea según el Señor y no según concupiscencia. Que todas las cosas se hagan en honor de Dios.

VI. Prestad atención al obispo, para que Dios también os tenga en cuenta. Yo soy afecto a los que están sometidos al obispo, a los presbíteros y a los diáconos. Que me sea concedido el tener mi porción con ellos en la presencia de Dios. Laborad juntos los unos con los otros, luchad juntos, corred juntos, sufrid juntos, reposad juntos, levantaos juntos, como mayordomos y asesores y ministros de Dios. Agradad al Capitán en cuyo ejército servís, del cual también habéis de recibir la paga. Que ninguno sea hallado desertor. Que vuestro bautismo permanezca en vosotros como vuestro escudo; vuestra fe como vuestro yelmo; vuestro amor como vuestra lanza; vuestra paciencia como la armadura del cuerpo. Que vuestras obras sean vuestras garantías, para que podáis recibir los haberes que se os deben. Por tanto, sed pacientes unos con otros en mansedumbre, como Dios con vosotros. Que siempre pueda tener gozo de vosotros.

VII. Siendo así que la iglesia que está en Antioquía de Siria tiene paz, según se me ha informado, por medio de vuestras oraciones, ello ha sido una gran consolación para mí, puesto que Dios ha eliminado mi preocupación; si es posible, que a través del sufrimiento pueda llegar a Dios, para que sea tenido como discípulo, mediante vuestra intercesión. Te conviene, muy bienaventurado Policarpo, convocar un concilio piadoso y elegir a alguno entre vosotros, a quien tú quieras y que sea celoso también, y que sea digno de llevar el nombre de correo de Dios —para que se le nombre, digo, y que vaya a Siria y glorifique vuestro celoso amor para la gloria de Dios—. Un cristiano no tiene autoridad sobre sí mismo, sino que da su tiempo a Dios. Esta es la obra de Dios, y la vuestra también, cuando la terminéis; porque confío en la gracia divina que estáis dispuestos a hacer un acto benéfico que es apropiado para Dios. Conociendo el fervor de tu sinceridad, te he exhortado en una carta breve.

VIII. Como no he podido escribir a todas las iglesias debido a que parto súbitamente de Troas para Neápolis, según manda la voluntad divina, escribirás tú a las iglesias nombradas delante, como uno que conoce el propósito de Dios, con miras a que ellos hagan también lo mismo: que los que puedan, envíen mensajeros, y el resto canas por las personas enviadas por ti, para que puedan ser glorificados por un acto que siempre será recordado; porque esto es digno de ti. Saludo a todos por nombre, en especial a la esposa de Epítropo, con toda su casa y sus hijos. Saludo a Attalus, amado mío. Saludo también al que será designado para ir a Siria. La gracia será con él siempre, y con Policarpo que le envía. Mis mejores deseos siempre en nuestro Dios

Jesucristo, en quien permanecéis en la unidad y supervisión de Dios. Saludo a Alce, un nombre muy querido para mí. Pasadlo bien en el Señor.

Fuente: Huber, Sigfrido (1945): *Las Cartas de San Ignacio de Antioquía y de San Policarpo de Esmirna*, Buenos Aires, Argentina: Descleé de Brouwer.

